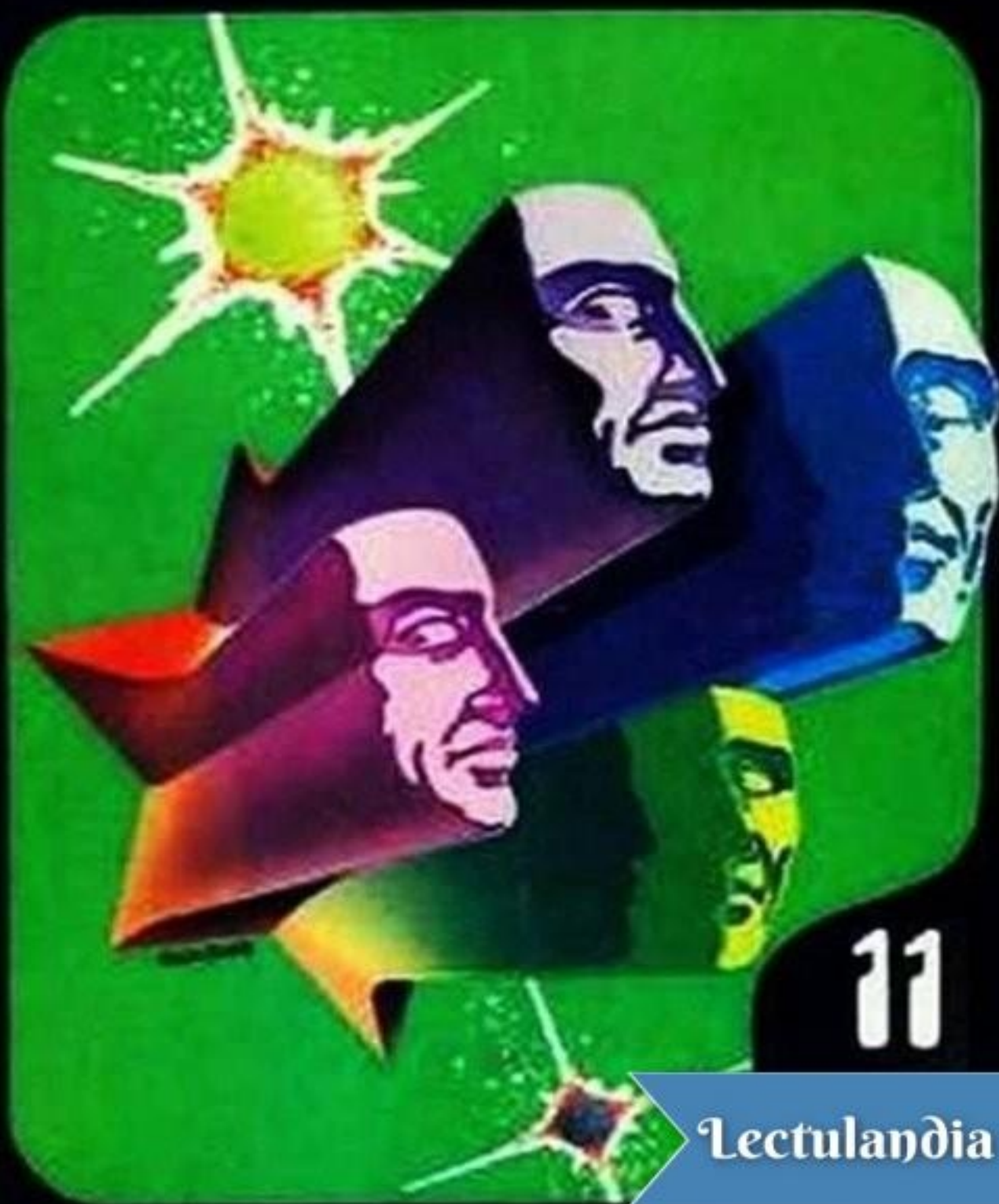


ISAAC ASIMOV

# ISAAC ASIMOV

Cuarta generación



11

Lectulandia

El gusto por la paradoja, un ácido humor que arranca de sus raíces chestertonianas, la lucidez y un fondo crítico que contrasta con el esquematismo —que no es más que una prueba de conservadurismo intelectual— de la novela de anticipación en sus versiones más comerciales, se manifiestan de nuevo en esta serie de relatos de Isaac Asimov, que es hoy, sin duda, la figura más renovadora dentro de un género que no siempre se ha caracterizado, pese a sus planteamientos de origen, por su eficacia revulsiva. La historia de *El brujo al día*, empeñado en hallar un producto capaz de solucionar químicamente las desavenencias matrimoniales, o el juego de lo absurdo cotidiano en *Eso llamado amor*, exposición pintoresca de los hábitos de relación sexual en un planeta insólito, son ejemplos de la peculiar concepción que Asimov tiene de la fabulación científica.

Lectulandia

Isaac Asimov

# Cuarta generación

Antologías de Ciencia Ficción Caralt - 11

ePub r1.1

Titivillus 30.01.15

Título original: *Nightfall and Other Stories*

Isaac Asimov, 1977

Traducción: Antonio-Prometeo Moya

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# ÍNDICE

**Cuarta generación** (Unto the Fourth Generation, 1959)

**Sobre los ángeles** (Breeds There a Man...?, 1951)

**Sally** (Sally, 1953)

**Rebelión** (Nobody Here But, 1953)

**El brujo al Día** (The Up-to-Date Sorcerer, 1958)

**Eso llamado amor** (What Is This Thing Called Love?, 1961)

# CUARTA GENERACIÓN

No mucho después de la aparición de *El brujo al día*,<sup>[1]</sup> Mr. Boucher se retiró como editor de *F & SF* y fue sucedido en el puesto por Robert P. Mills.

Mr. Mills procedió a hacerme el más grande favor que me aconteciera en toda mi vida de escritor desde que Mr. Campbell pulsara las cuerdas que dieron lugar a *Anochecer*.<sup>[2]</sup> Mr. Mills me instó a colaborar con una columna mensual para *F & SF* y yo así lo hice. Desde el número de noviembre de 1958, en que apareció mi primera columna, he venido haciéndolo mes tras mes y, mientras escribo estas líneas, estoy próximo a celebrar mi décimo aniversario como columnista mensual de la revista.

Todo cuanto he escrito, ficción y no ficción, para público adulto o juvenil, lo he hecho siempre con gusto y siempre que me he referido a Mr. Mills en tales artículos lo he hecho como el «Editor Bondadoso».

Como fuere, un día, mientras comíamos, Mr. Mills me dijo que había visto el nombre Lefkowitz en diferentes lugares y momentos de la jornada, lo que le parecía una curiosa coincidencia. ¿Podría yo fabricar una historia sobre ello? Con mi habitual desenvoltura, dije: «Claro», lo que ya me dio una pequeña idea.

El resultado fue un relato que sirvió al mismo tiempo como homenaje a Mr. Boucher. Mr. Boucher fue un católico ferviente (Debo decir «fue» porque Mr. Boucher murió en abril de 1968, para la aflicción de todos cuantos lo conocimos. Fue un hombre tan amable que mereció el cariño hasta de los autores que rechazó, incluso mientras los estaba rechazando, lo que ya supone una buena prueba de afecto). Y porque Mr. Boucher fue un católico sincero, hubo muy a menudo un ambiente de catolicismo en torno a *F & SF* mientras se mantuvo ésta bajo su liderazgo; ambiente de amabilidad y liberalidad, empero, que mostraba la clase de hombre que era.

De modo que pensé que, al tiempo que rendía tributo a la figura editorial de Mr. Boucher, podía probar fortuna con esa clase de ambiente. Claro que yo no soy el más indicado para plasmar un espíritu católico pues no lo soy. De manera que hice lo único que podía hacer y fue escribir un relato judío... la única historia judía que se me ha venido a las mientes escribir.

Así, la observación de Mr. Mills sobre Lefkowitz se convirtió en *Cuarta generación*.

A las diez de la mañana, Sam Marten pugnaba por salir del taxi intentando abrir la puerta, como siempre, con una mano, sujetando su cartera con la otra y buscando su monedero con la tercera. Pero como sólo tenía dos manos encontró la tarea demasiado trabajosa, de modo que, también como siempre, presionó la puerta con la rodilla y todavía peleaba por sacar su monedero cuando puso un pie en tierra.

El tráfico de Madison Avenue le pasó rozando. Un camión rojo deceleró de mala gana y arrancó con brío una vez la luz del semáforo cambió de color. Una blanca inscripción en su costado informaba a un mundo irresponsable que pertenecía a *F. Lewkowitz e hijos, Roperos al por mayor*.

*Levkowich*, pensó Marten sin darle mayor importancia y entonces pudo atrapar su monedero. Miró de soslayo al contador del taxi mientras sujetaba su cartera bajo un brazo. Un dólar con sesenta y cinco centavos; añadiría veinte centavos como propina, lo que le dejaría con una sola moneda de diez para cualquier emergencia: mejor partir un billete de cinco dólares.

—Tenga, cóbrese uno ochenta y cinco, compadre.

—Gracias —dijo el taxista con mecánico e insincero agradecimiento y devolvió el cambio.

Marten metió el cambio en el monedero, se guardó éste, cogió su cartera con una mano y se abrió paso entre el río humano que poblaba la acera hacia las puertas de vidrio del edificio que tenía ante sí.

¿*Levkowich*?, pensó de pronto y se detuvo. Un transeúnte arrugó el entrecejo mirándolo.

—Perdón —murmuró Marten, echando a andar de nuevo.

¿*Levkowich*? No era esto lo que la inscripción del camión decía. El nombre que había leído era *Lewkowitz*. ¿Por qué había él pensado *Levkowich*? Pase la confusión entre *w* y *v*, producto de sus clases de alemán, pero, ¿de qué otro lugar podía haber sacado el «*ich*»?

¿*Levkovich*? Se encogió de hombros finalmente, considerando que le estaba dando demasiada importancia.

Concentrarse en los negocios. Había ido allí por una cita-comida que tenía con un hombre, Naylor. Estaba allí para sacar provecho de un contrato y comenzar, a las veintitrés, el delicado asunto que culminaría, según su plan, con su matrimonio con Elisabeth en el plazo de dos años y que lo convertiría en padre de familia en la zona residencial en el plazo de diez.

Cruzó el vestíbulo decididamente y se dirigió hacia los ascensores, al tiempo que echaba una ojeada a los rótulos de la conserjería.

Uno de sus hábitos era contar las firmas del edificio que visitaba, lo que, sin entorpecer la marcha de sus asuntos, pensó para sí, le confería una impresión e propiedad, de conocimiento del entorno, cosa importante para un hombre cuyo trabajo se relacionaba con otros trabajos y otros hombres.

La que buscaba era *Kulin-etts*, palabra que le divertía. Una firma especializada en



la producción de artilugios menores para la cocina que había luchado virilmente por la obtención de un nombre que fuera significativo, femenino, coquetón... todo a la vez.

Su mirada siguió recorriendo los rótulos a medida que caminaba. Mandel, Lusk, Lippert Publishing Company (dos plantas para ella sola), Lafkowitz, Kulin-etts. Allí estaba, departamento 1024. Planta décima. Perfecto.

Se encaminó hacia la puerta del ascensor, se detuvo de pronto, dio media vuelta y regresó a la conserjería, quedándose boquiabierto.

¿Lafkowitz?

¿Qué clase de ortografía había ahora?

Estaba claro. Lafkowitz, Henry J., 701. Con «a». Mosqueante. Inútil.

¿Inútil? ¿Por qué inútil? Propinó una violenta sacudida a su cabeza como si deseara despejar alguna obnubilación. Maldita sea, ¿por qué se preocupaba ahora de si era correcta la ortografía o no? Se dio la vuelta, arrugó el entrecejo con ira y se apresuró en alcanzar la puerta de un ascensor, que se cerró justamente ante sus narices, proporcionándole cierto sinsabor.

Otra puerta se abrió al lado y se precipitó en el interior. Colocó su cartera bajo un brazo y se aprestó en adoptar la apariencia de un joven ejecutivo en su mejor momento. Se había hecho ya una idea de cómo podía ser Alex Naylor, con el que sólo se había comunicado a través del teléfono. Si se iba a preocupar por Lewkowitzes y Lafkowitzes...

El ascensor se detuvo en la séptima planta, se abrió la puerta y penetró un joven en mangas de camisa balanceando lo que parecía un cajón de escritorio lleno con tazas de café y bocadillos.

En aquel momento, justo cuando la puerta comenzaba a cerrarse, un vidrio decorado con negras letras centelleó ante los ojos de Marten. Decía: 701 - HENRY J. LEFKOWITZ - IMPORTADOR, palabras que desaparecieron progresivamente ante el inexorable advenimiento de la puerta del ascensor.

Marten se inclinó hacia delante, excitado. Estaba en un tris de decir: «Por favor, bájeme a la séptima planta».

Pero había otras personas en la jaula. Y, a fin de cuentas, no había el menor motivo para hacerlo.

Sin embargo, una sensación de intranquilidad se había adueñado de él. El rótulo de la conserjería estaba equivocado. No era con «a» sino con «e». Alguna imbecilidad propia de empleado analfabeto que había colocado las letras sobre el tablero con los pies.

Lefkowitz. Aunque todavía no estaba bien del todo, pensó.

De nuevo sacudió la cabeza. Dos veces ya. No estaba bien, ¿para qué?

El ascensor se detuvo en la décima planta y Marten salió de él.

Alex Naylor, de Kulin-etts, resultó ser un tipo canoso y desgachado de mediana edad, complexión ruda y sonrisa condescendiente. La palma de su mano era seca y

rugosa y la chocaba con considerable fuerza, al tiempo que ponía la izquierda sobre el hombro de Marten en algo que parecía acercarse a una ostentación del sentido de la camaradería.

—Estoy con usted en dos minutos —dijo—. ¿Qué le parece si comemos aquí en el edificio? Hay un excelente restaurante y un camarero que prepara los mejores aperitivos. ¿No le parece perfecto?

—Eficiente. Eficiente —dijo Marten, dando rienda suelta a un entusiasmo que se asemejaba a bailar un zapateado sobre una charca.

Fueron más bien diez que dos los minutos de espera y Marten aguardó con la inquietud del que se encuentra en un lugar extraño. Se puso a mirar la tapicería de las sillas y el pequeño cuchitril donde un joven operador telefónico se sentaba. Repasó los cuadros de las paredes y estuvo incluso tentado de hojear un periódico que había sobre la mesa cercana a él.

¿Qué pasaba que no pensaba en Lev...?

¡Al cuerno!

El restaurante era bueno, o habría sido bueno si Marten hubiera contado con toda su desenvoltura. Afortunadamente, no tenía necesidad de llevar el peso de la conversación. Naylor hablaba rápida y pesadamente, repasando el menú con ojos avisados y recomendándole los Huevos Benedict o bien comentándole la miserable situación del tráfico.

De vez en cuando intentaba Marten cambiar de posición para eludir así los imprevistos riesgos a que se abocaba su mente. Pero cada vez que lo intentaba, volvía de nuevo. Algo estaba equivocado. El nombre estaba equivocado.

Con un esfuerzo intentó romper aquella locura. Con un repentino giro verbal quiso llevar la conversación hacia el objeto de la llamada telefónica. Algo imprudente, sin embargo. No había una base apropiada; la transición resultó demasiado abrupta.

Pero la comida había sido buena, el postre a punto de servirse y Naylor aceptó el cambio amablemente.

Admitió su insatisfacción con los contratos existentes. Sí, había estado pensando en la firma de Mar-ten y, ciertamente, le parecía que, bueno, que era una oportunidad, una buena oportunidad y pensaba que...

Una mano se posó sobre el hombro de Naylor mientras un hombre pasaba tras él.

—¿Qué tal te va, Alex?

—Hola, Lefk —saludó sonriente Naylor—. ¿Qué tal los negocios?

—No me quejo. Ya puedes ver... —La voz desapareció en la distancia.

Marten no había escuchado. Sentía que sus rodillas le temblaban mientras se levantaba a medias.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó con ansiedad. Su voz sonó más perentoria

de lo que deseara.

—¿Quién? ¿Lefk? Jerry Lefkovitz. ¿Lo conoce usted? —Naylor observó con moderada sorpresa a su compañero de comida.

—No. ¿Cómo se deletrea su nombre?

—L, E, F, K, O, V, I, T, Z, creo. ¿Por qué?

—¿Con una «v»?

—Con «f»... Oh, claro, también hay una «v» —El rostro de Naylor había perdido parte de su buena compostura.

—Hay un Lefkowitz en el edificio —prosiguió Mar-ten—. Con una «w». ¿Sabe?, Lef-COW-itz.

—Vaya.

—Departamento 701. ¿No se trata del mismo?

—Jerry no trabaja en este edificio. Lo hace al otro lado de la calle. No conozco a ése que me señala usted. Como usted ve, es un edificio muy grande. No conozco a todos los inquilinos que lo habitan. ¿Qué ocurre con todo esto?

Marten sacudió la cabeza y se echó atrás en su asiento. Tampoco él sabía lo que estaba ocurriendo con todo esto. O, al menos, si lo sabía, no se atrevía a explicárselo. Podía decir: hoy me siento acosado por toda clase de Lefkowitzes.

—Estábamos hablando por lo de la llamada —dijo en cambio.

—Sí —dijo Naylor—. Bueno, como le he dicho, he estado considerando su compañía. Tengo que hablar con los muchachos de la producción, ya me comprende usted. Le haré saber los resultados.

—Perfecto —dijo Marten, profundamente deprimido. Naylor no le haría saber ningún resultado. Todo había salido mal.

Sin embargo, en medio y más allá de su depresión, todavía sentía aquella intranquilidad.

A la mierda con Naylor. Todo lo que Marten deseaba era romper esa intranquilidad y arreglarlo todo. (*Arreglar, ¿qué?* Pero la pregunta era apenas un susurro. Quienquiera que formulara la pregunta en su interior, su voz se iba diluyendo, apagando...)

La comida llegó a su término. Si se habían encontrado como camaradas, ahora se separaban como extraños.

Marten sintió únicamente alivio.

Sentía el latido de su corazón y, tambaleándose por entre las mesas, salió del fantasmal edificio para introducirse en la calle fantasmal.

¿Fantasmal? Madison Avenue a la una y veinte de la tarde, el sol todavía brillante y resplandeciente y diez mil hombres y mujeres poblándola.

Pero Martin experimentó la presencia de lo fantasmal. Apretó la cartera bajo su brazo y se dirigió desesperado hacia el norte. Un retazo de sentido común le advertía que tenía una cita a las tres en punto en la Calle 36. Pero nada importaba. Siguió adelante. Hacia el norte.

A la altura de la Calle 54 atravesó Madison y se dirigió hacia el oeste. Entonces se detuvo secamente y alzó la vista.

Había un rótulo sobre una ventana situada a la altura de tres pisos. Podía leerlo con toda claridad: A. S. LEFKOWICH, CONTADOR COLEGIADO.

Tenía una «f» y una «w», pero era el primer sufijo «ich» que veía. El primero. Giró sobre sus talones y se dirigió de nuevo al norte por la Quinta Avenida, | apresurándose a través de las calles irreales de una ciudad irreal, lanzado a la caza de algo, en tanto el bullicio que había en torno a él comenzaba a desaparecer.

Otro rótulo, esta vez sobre una ventana de una planta baja: M. R. LEFKOWICZ, DOCTOR EN MEDICINA.

Luego, otro en doradas letras semicirculares y foliáceas sobre el escaparate de una tienda de dulces: Jacob Levkow.

(Medio nombre, pensó abruptamente. ¿Por qué tiene que fastidiarme con medio nombre?)

Las calles estaban ahora vacías de todo lo que no fuera el clan de Lefkowitz, Levkowitz, Lefkowicz, destacándose en el vacío.

Advirtió el parque que tenía ante sí, sobresaliendo a medias por sus verdes inmóviles. Torció hacia el oeste. Un trozo de periódico flotó en una esquina de sus ojos, movimiento único en un mundo muerto. Amortiguó su marcha, se agachó, lo cogió y recuperó su paso.

Era una media página arrugada y estaba en yiddish.

No podía leerlo. No podía descifrar los manchados caracteres hebreos, ni habría podido leerlos aunque hubieran estado nítidos. Sin embargo, una palabra aparecía clara. Sobresalía en oscuros caracteres en el centro de la página, cada letra emergiendo con toda limpidez. Decía Lefkovitsch.

Abandonó el periódico a merced del viento y penetró en el vacío parque.

Los árboles todavía existían y las hojas pendían en extrañas actitudes. La luz del sol era un peso muerto sobre él que no le provocaba el menor calor.

Iba muy aprisa, aunque sus precipitados pies no levantaban la menor nube de polvo ni se inclinaban los tallos de la hierba que crecía a su alrededor y sobre los que pisaba.

Había un viejo sobre un banco; el único ser vivo en aquel parque desolado. Se cubría con una oscura gorra de paño con visera. Sobresaliendo bajo ella, se destacaban irregulares guedejas de pelo gris. Una barba canosa le llegaba hasta el primer botón de la raída chaqueta. Sus viejos pantalones exhibían remiendos y un pedazo de arpillera podía verse por entre lo que aún quedaba de sus zapatos.

Marten se detuvo. Tenía dificultades para respirar.

Sólo una palabra afloraba a sus labios y con ella formuló su pregunta:

—¿Levkovich?

Permaneció inmóvil mientras el viejo pugnaba por levantarse; sus ojos oscuros lo observaron detenidamente.

—Marten —suspiró—. Samuel Marten. Has venido.

Las palabras sonaron con el efecto de una doble exposición, pues al ser pronunciadas en inglés sintió Marten que lo que se vocalizaba era una lengua extranjera. Y cuando «Samuel» fue enunciado creyó distinguir oscuramente una remembranza de «Schmuel».

El viejo extendió sus manos y luego las retiró como si temiera tocarlo.

—No he visto sino infinidad de personas en el salvajismo de una ciudad efímera. Y había tantos Martin y Martine, tantos Morton y Merton. Mi fe comenzaba a resquebrajarse cuando finalmente cesé de buscar. Y entonces apareciste.

—En efecto, yo soy —dijo Marten—. Y usted es Phi-nehas Levkovich. ¿Por qué estamos aquí?

—Yo soy Phinehas ben Jehudah, llamado Levkovich por el ucuse del Zar que decretó nombres familiares para todos. Y estamos aquí porque heorado por ello. Cuando yo era ya un viejo, Leah, mi única hija, el único retoño de mi vejez, partió para América con su marido, dejó los *knuts* de lo viejo por la esperanza de lo nuevo. Y mis hijos murieron, y Sarah, la esposa de mi corazón, les siguió a la tumba y yo quedé solo. Y vino el tiempo en que también yo debía morir. Pero yo no había visto a Leah desde su partida hacia lejanas tierras y sus cartas nos llegaban muy raramente. Mi alma anhelaba poder ver a sus hijos; hijos de mi estirpe; hijos en los que mi alma descansaría y no moriría.

Su voz se mantenía uniforme y la sombra insonora que reptaba bajo sus palabras aparecía como el imponente oleaje de una antigua lengua.

—Fui escuchado y me fueron concedidas dos horas para contemplar al primer hijo de mi estirpe que nacería en una nueva tierra y un nuevo tiempo. Hijo de la hija de la hija de mi hija, ¿te he encontrado, pues, en medio del esplendor de esta ciudad?

—¿Por qué esta búsqueda? ¿Por qué no reunimos de una vez?

—Porque hay placer en la esperanza de toda pesquisa, hijo mío —dijo el viejo, radiante—, y también en todo encuentro. Se me dieron dos horas en las que yo podría ver, dos horas en las que yo debía encontrar... y he aquí que te he encontrado cuando ya parecía que no iba a verte en vida. —Su voz se volvió acariciante—: ¿Estás bien, hijo mío?

—Estoy bien, padre, ahora que te he encontrado —dijo Marten y cayó de rodillas—. Dame tu bendición, padre, que me acompañará por todos los días de mi vida y también recaerá sobre la mujer que tome por esposa y sobre los que nacerán de mi semilla y tuya.

Sintió que una anciana mano descansaba sobre su cabeza y escuchó a continuación un suave murmullo.

Marten se levantó.

Los ojos del anciano parecían mirar anhelantemente en su interior. ¿Perdían su poder de concentración?

—Ahora estoy en paz y me marcho junto con mis antepasados, hijo mío —dijo el anciano, y Marten quedó solo en el vacío parque.

Hubo entonces una instantánea revivificación de las cosas, el sol pareció retomar su fuerza, el viento su ímpetu, y todo pareció retroceder al primer momento, al momento inicial...

A las diez de la mañana, Sam Marten salió del taxi y forcejeó por sacar su monedero mientras el tráfico le pasaba rozando el costado.

Un rojo camión se detuvo y luego siguió avanzando. Un blanco rótulo anunciaba a un lado de la caja: *F. Lewkowiíz e Hijos, Roperos al por mayor.*

Marten no lo vio. De algún modo sabía que todo estaba en paz con él. De algún modo, como nunca anteriormente, sabía...

# **SOBRE LOS ÁNGELES**

El estallido de la bomba atómica, en 1945, hizo que fuera un poco más respetada la ciencia ficción. Después del horror de Hiroshima, nadie pudo volver a decir que los escritores de ciencia ficción eran sólo unos soñadores y unos chiflados, pues muchos de los motivos de sus relatos aparecieron entonces sintetizados en los titulares de los periódicos.

Supongo que tanto escritores como lectores de ciencia ficción se sintieron halagados, no por el efecto de la bomba atómica, por supuesto, sino por la cristalización, al menos, de un hecho que había sido hasta entonces tan científicamente ficticio.

Mi posición era también ambivalente. Aparte de los espantosos efectos de las explosiones nucleares y del sentimiento irracional de que cosas tales como las bombas atómicas estaban sólo en nosotros y no en el mundo real, llegué a creer también que la realidad debía operar sobre el género con algún efecto insensato.

Pienso que, hasta cierto punto, así fue. La nueva realidad desató la tendencia a crucificar a los escritores de ciencia ficción. Antes de 1945, el género había gozado de entera libertad. Todos sus argumentos y variantes temáticas permanecían inmaculados en la esfera de la fantasía y nosotros podíamos hacer lo que nos placiera. Pero, después de 1945, pareció hacerse necesario hablar sobre la tremebunda contemporaneidad, así como adaptar todo el infinito espectro de nuestros pensamientos a la reducida porción que había coincidido con la realidad.

De hecho, se asistió al nacimiento de lo que yo llamé tomorrow fiction: relatos de ciencia ficción que no pretendían ir más allá de lo que sería efectivo en los periódicos de la mañana siguiente.

Créanme, nada puede ser más aburrido que esos titulares en medio de la ciencia ficción. Como ejemplo, véase *On the Beach*, de Nevil Shute. Sin duda, en contraste con el público en general, para un verdadero adepto a este género debe ser como vino aguado. Uno se lo piensa y tal vez escriba una historia sobre una guerra nuclear... pero ahí se acaban los temas.

Me resistí a basar un relato en el presente, hasta que llegué a la consideración de que podía hacerlo sin parecer un devoto de la gacetilla tremendista y de sus tópicos. Quise escribir una historia que introdujera los elementos del mañana de modo que no quedaran anticuados para pasado mañana.

El resultado fue *Sobre los ángeles*, que, a pesar de su actualidad, es hoy día más ciencia ficción que en 1951, cuando fue escrita.



Mankiewicz, sargento de policía, hablaba por teléfono sin el menor entusiasmo. Su conversación se parecía a las detonaciones de un triquitraque.

—Entiendo —decía—. El tipo entró y dijo: «Méтанme en chirona porque quiero suicidarme».

»...Es lo mínimo que podía hacer. Esas fueron sus palabras. También a mí me sonó a chifladura.

»...Oiga, el tío responde a la descripción. Usted me pidió información y yo se la estoy proporcionando.

»...Exactamente, tiene esa cicatriz en la mejilla derecha y dijo llamarse John Smith. Aunque no dijo que era doctor, ni nada parecido.

»...Claro que es una farsa. Nadie se llama John Smith. No al menos en una comisaría.

»...Ahora está encerrado.

»...Sí, eso mismo.

»...Resistencia a un oficial, asalto y violencia, peligrosidad manifiesta. Estos son los tres cargos.

»...Me trae sin cuidado quién pueda ser.

»...De acuerdo. Lo tendré en cuenta.

Miró al oficial Brown y cubrió con la mano el emisor del teléfono. Más que una mano parecía un pie que pudiera cubrir totalmente el teléfono entero. Su cara hinchada parecía rojiza bajo una mata de pelo amarillo claro.

—¡Problemas! Sólo problemas en una comisaría de barrio. Acabaré reventando. Preferiría estar de ronda.

—¿Quién está al teléfono? —preguntó Brown. Acababa de entrar y no lo sabía. También pensaba que el mejor lugar para Mankiewicz era la ronda callejera.

—Oak Ridge. Larga distancia. Un tipo llamado Grant. Jefe de un departamento de no-sé-qué-logía, que ahora se dedica a buscar a alguien por setenta y cinco centavos el minu... ¿Oiga?

Mankiewicz volvió a centrarse en el teléfono.

—Oiga —dijo—, déjeme terminar. Quiero que usted lo entienda, pero si no le gusta puede enviar a alguien para que me lo cuente. El tipo no quiere ningún abogado. Lo único que desea es estar entre rejas y, hermano, eso es justo lo que he hecho.

»Bien, ¿me escucha? Llegó aquí ayer, se me acercó y dijo: “Oficial, quiero que me encierren porque quiero suicidarme”. Y yo le dije: “Señor, siento mucho que usted quiera suicidarse. No lo haga, porque si lo hace lo lamentará el resto de su vida”.

»...Se lo digo en serio. Le estoy reproduciendo con toda fidelidad lo que dije. No digo que fuera cosa divertida, pero, fíjese, yo ya tengo aquí bastantes problemas, si es que usted puede comprenderme. ¿Acaso cree que no tengo más que hacer que atender a los chiflados que entran y...?

»...“Deme esa oportunidad, ¿quiere?” dijo el tipo, y yo le contesté: “No puedo ponerle a usted entre rejas porque quiera suicidarse. Eso no es un delito”. Y él me repuso: “Pero si yo no quiero morir”. Así que le dije: “Mira, macho, lárgate de aquí”. Quiero decir que si un fulano quiere cometer suicidio, cojonudo, y que si no quiere, más cojonudo aún, pero lo que no aguanto es que me venga a lloriquear en el hombro.

»...Lo hago lo mejor que puedo, oiga. Entonces dijo él: “Si cometo un delito, ¿me encerrarán?”, a lo que repliqué: “Si le pescamos, si alguien le demanda y no paga usted fianza, claro que sí. Ahora, lárguese a cometerlo”. Así que, antes que pudiera pararle, cogió el tintero y me lo volcó por encima de la mesa.

»...¡Eso es! ¡Premio! ¿Por qué cree usted que uno de los cargos que tenemos contra él es “peligrosidad manifiesta”? La tinta se desparramó y resbaló hasta mis pantalones.

»...Sí, asalto y violencia también. Esperaba que tuviera bastante, pero luego me arreó una coz en la espinilla y me dio un sopapo en un ojo.

»...No estoy exagerando. ¿Quiere venir y verme la cara?

»...Irá ante el juez uno de estos días. El jueves, quizá.

»...Noventa días por lo menos, a no ser que los psiquiatras digan otra cosa. Para mí, que está en la lista de locos.

»...Oficialmente se llama John Smith. Es el nombre que dio.

»...No, señor, no puede salir sin las oportunas gestiones legales.

»...Como quiera, hágalo si quiere, compañero. Yo me limito a hacer mi trabajo.

Puso el brazo del teléfono sobre la horquilla, aguardó medio segundo y volvió a cogerlo, al tiempo que comenzaba a marcar un número.

—¿Gianetti? —dijo. Recibió la respuesta esperada y comenzó a hablar—: ¿Qué es la CEA? He estado hablando por teléfono con un tipo y decía...

»...No, no me estoy choteando, cara de mono. Si me estuviera choteando te lo diría. De verdad. ¿Qué? ¿Qué es una sopa de letras?

Escuchó un rato, dijo «gracias» y colgó otra vez.

Ahora parecía haber palidecido.

—El primer tipo —le dijo a Brown— era el jefe de la Comisión para la Energía Atómica. Todo el camino entre Oak Ridge y Washington debe estar cubierto de insultos.

Brown estiró los pies.

—Tal vez el FBI vaya tras ese tal John Smith. Quizá sea uno de esos científicos de ahora. —Se sintió motivado a filosofar—: Hay que proteger los secretos atómicos de esos tipos. Las cosas fueron de puta madre mientras el general Groves se guardaba para sí lo que se sabía sobre la bomba atómica. Pero luego se metieron por medio los científicos esos, con que...

—Ah, cállate ya.

El doctor Oswald Grant mantenía los ojos clavados en la línea blanca que dividía la carretera, mientras conducía el auto como si se tratara de su enemigo. Siempre lo hacía así. Era alto y seco, con una eterna expresión de retraimiento en el rostro. Cada vez que giraba bruscamente, pegaba las rodillas al volante y los nudillos de sus manos se volvían pálidos como la leche.

El inspector Darrity, con las piernas cruzadas y la suela del zapato izquierdo contra la portezuela, permanecía sentado en el asiento contiguo. Cuando apartara el pie, dejaría una grosera mancha. Jugaba con un cortaplumas pasándoselo de una mano a otra. Poco antes, lo había utilizado para rectificar las casuales irregularidades de sus uñas, pero en una repentina curva estuvo a punto de cortarse un dedo, de modo que acabó por desistir.

—¿Qué sabe usted sobre ese Ralson? —dijo.

Los ojos del doctor Grant se apartaron momentáneamente de la carretera para volver en seguida a ella.

—Le conozco desde que se doctoró en Princeton. Es un hombre muy brillante.

—¿Sí? ¿Brillante? ¿Por qué será que ustedes, los hombres de ciencia, siempre se describen los unos a los otros como «brillantes»? ¿Acaso no los hay mediocres?

—Muchos. Yo soy uno de ellos. No ocurre lo mismo con Ralson. Pregunte a quien quiera. Pregunte a Oppenheimer. O a Bush. Era el más joven de los observadores de Alamogordo.

—De acuerdo. Un tipo brillante. ¿Qué hay de su vida privada?

—Nunca supe nada.

—Usted le conoce desde Princeton. ¿Cuántos años hace de eso?

Se dirigían hacia el norte por la carretera de Washington y durante dos horas apenas habían cruzado la palabra. Grant sentía ahora el cambio de atmósfera y la tenaza de la ley en torno a su cerviz.

—Se graduó en el 43.

—Entonces le conoce desde hace ocho años.

—Exacto.

—¿Y no sabe nada de su vida íntima?

—La vida privada de un hombre es asunto de él, inspector. No era muy sociable. Muchos son como él. Trabajan bajo presiones y, cuando tienen tiempo libre, no se preocupan por desarrollar los conocimientos del laboratorio.

—¿Perteneció a alguna organización que usted conociera?

—No.

—¿Dijo algo en alguna ocasión que pudiera considerarse como deslealtad?

—¡No! —exclamó Grant. Hubo un rato de silencio.

Luego, dijo Darrity:

—¿En qué medida es Ralson importante para la investigación atómica?

Grant se encorvó sobre el volante.

—En la medida de cualquier hombre. Puedo asegurarle a usted que nadie es

indispensable, pero, al parecer, Ralson ha sido siempre único. Posee mentalidad de ingeniero.

—¿Qué es eso?

—Es un matemático a fin de cuentas, y sería inútil buscar en él otra cosa que no fueran matemáticas. Pero es capaz de resolver incógnitas que llevarían la vida entera de cualquier otro matemático. En su terreno no hay nadie como él. En cierta ocasión tuvimos un problema que debíamos resolver contra reloj. Todos estuvimos en babia hasta que llegó Ralson, se puso a cavilar y dijo: «¿Por qué no lo intentamos de tal y cual manera?». Luego se marchó. Ni siquiera le interesó ver si daba resultado su fórmula. Aunque siempre daba resultado. ¡Siempre! Quizá hubiéramos encontrado la solución nosotros mismos, pero con seguridad nos habría llevado meses de trabajo extra. Ignoro cómo lo hace. Ni siquiera vale la pena preguntárselo. Te mira y dice: «Era obvio», y a continuación se marcha. Claro que es obvio, pero sólo después de que él te lo demuestre.

El inspector le había dejado hablar sin interrupción y, cuando advirtió que había acabado, dijo:

—¿Diría usted que, mentalmente, era un tipo extraño? Excéntrico, vaya.

—Cuando alguien es un genio, ¿espera usted que sea normal?

—Quizá no. Pero, ¿qué dosis de anormalidad poseía este genio en particular?

—No solía hablar mucho. Y a veces no quería trabajar.

—¿Se quedaba en casa o se iba de pesca, en su lugar?

—No. Siempre acudía a los laboratorios, pero se quedaba sentado en su escritorio. A veces se pasaba semanas en esta actitud. Cuando te acercabas y le decías algo, no te respondía, e incluso, ni te miraba.

—¿Abandonó alguna vez, en el sentido amplio de esta palabra, su trabajo?

—¿Antes de ahora? ¡Jamás!

—¿Proclamó en alguna otra ocasión su vocación suicida? ¿Que sólo entre rejas se sentiría a salvo?

—No.

—¿Está usted seguro de que John Smith es Ralson?

—Casi seguro. Tiene una quemadura química en su mejilla derecha que no deja lugar a dudas.

—Muy bien. Veremos eso y luego hablaré con él para juzgar por mí mismo.

En esta ocasión, el silencio abandonó la suspicacia y el agobio. El doctor Grant continuó persiguiendo la serpeante línea de la carretera y el inspector Darrity arqueando levemente el cortaplumas entre sus manos.

El carcelero escuchó por el audífono y luego alzó la vista hacia sus visitantes.

—Podemos traerle aquí, inspector.

—No —dijo el doctor Grant moviendo la cabeza negativamente—. Vayamos nosotros hasta él.

—¿Sería e<sup>^</sup>o normal en Ralson, doctor Grant? ¿Esperaría de él que atacara a un

guardia que intentara sacarle de su celda?

—No sabría decirle.

El carcelero abrió la mano, mostrando la palma callosa. Su delgada nariz se arrugó un poco.

—No hemos hecho nada con él a causa del telegrama que vino de Washington, pero, francamente, no tiene por qué estar aquí. Me sentiré muy contento cuando desaparezca de mi vista.

—Le veremos en su celda —dijo Darrity.

Echaron a andar por el abrupto pasillo. Su paso fue acogido con miradas vacías y desprovistas de interés.

—¿Ha permanecido *aquí* todo el tiempo?

Darrity no respondió.

El guardia, que caminaba delante de ellos, se detuvo.

—Ésta es la celda.

—¿Es ése el doctor Ralson? —dijo Darrity.

El doctor Grant observó la figura que yacía en el catre. Cuando llegaron, el hombre permanecía inerte, pero ahora acababa de levantar una ceja y parecía querer arrinconarse contra el muro. Su cabello era fino y rufo, la cara menuda y los ojos eran de un tono azul pálido. En su mejilla derecha se podía ver una mancha rosada que se extendía un poco hacia abajo.

—Es Ralson—dijo el doctor Grant.

El guardia abrió la puerta e hizo ademán de entrar, pero el inspector Darrity le hizo desistir con un gesto. Ralson les miraba en silencio. Había encogido las piernas y puesto los pies sobre el catre. Su nuez de Adán se agitaba como si tragara saliva.

—¿El doctor Elwood Ralson? —dijo Darrity.

—¿Qué quiere? —La voz resultó de un sorprendente barítono.

—¿Querría usted venir con nosotros, por favor? Tenemos algunas preguntas que hacerle.

—¡No! Déjeme en paz.

—Doctor Ralson —dijo Grant—, he venido hasta aquí para pedirle que se reincorpore al trabajo.

Ralson se quedó mirando al científico. En sus ojos pareció relampaguear algo más que el miedo.

—Hola, Grant —dijo, y se puso en pie—. Escuche, he estado pidiendo mi traslado a una celda acolchada. ¿Podría usted interceder por mí en esa gestión? Usted me conoce, Grant. No me atrevería a pedir nada que no considerara necesario. Ayúdeme. No puedo permanecer entre estas duras paredes. Me inducen a... reventar... —Golpeó con la palma el muro que se levantaba tras el catre.

Darrity le miró pensativamente. Sacó su cortaplumas y exhibió su brillante hoja. Morosamente, repasó con la punta la uña de su pulgar.

—¿Aceptaría ver a un médico? —dijo.

Ralson no respondió. Su mirada seguía el brillo de la hoja metálica, mientras sus labios se entreabrían. Su respiración se volvió agitada.

—¡Aparte eso!

—Apartar, ¿qué? —dijo atónito Darrity.

—El cuchillo. No lo ponga delante de mí. No lo soporto.

—¿Por qué no? —dijo Darrity, sin cumplir los deseos de Ralson—. ¿Qué tiene usted que decir al respecto? Es un buen cuchillo.

Ralson avanzó. Darrity retrocedió y, blandiendo el cuchillo en el aire, sujetó de un zarpazo la muñeca del otro.

—¿Qué le ocurre, Ralson? ¿Qué persigue?

Grant inició una protesta, pero la voz de Darrity la interrumpió.

—¿Qué es lo que quiere usted, Ralson?

Ralson intentó avanzar, pero el otro le tenía sujeto.

—Déme el cuchillo —dijo Ralson.

—¿Para qué, Ralson? ¿Qué quiere hacer con él?

—Por favor. Tengo que... —Su voz se hizo suplicante—. Debo dejar de vivir.

—¿Quiere usted morir?

—No. Pero no tengo otra salida.

Darrity le soltó. Ralson retrocedió y se tumbó en el catre, quedando inmóvil. Lentamente, Darrity comenzó a introducir la hoja del cortaplumas en su estuche. Ralson se llevó las manos a la cara. Sus hombros temblaban, aunque ninguna otra parte de su cuerpo se movía.

Desde el corredor llegó ruido de voces, como si los otros presos estuvieran haciendo alguna protesta. El guardia salió a la puerta y gritó hacia el pasillo: «¡Basta!».

—Esto es todo, guardia —dijo Darrity.

Se secó las manos con un gran pañuelo de color blanco.

—Creo que debemos traer un médico —añadió.

El doctor Gottfried Blaustein era pequeño y sombrío y hablaba con acento austríaco. Sólo le faltaba la perilla para completar la usual caricatura de un psiquiatra. Sin embargo, iba correctamente afeitado y pulcramente vestido. Contemplaba atentamente a Grant, como almacenando algunas observaciones y deducciones. Solía hacer esto automáticamente con todo el mundo.

—Usted me proporciona una especie de retrato. Me describe a un hombre de gran talento, tal vez incluso un genio. Me dice que siempre se sintió a disgusto con la gente, que nunca encajó del todo en el ambiente del laboratorio, pero que, a pesar de ello, obtuvo grandes éxitos. ¿Existe algún otro ambiente donde hubiera encajado?

—No comprendo.

—No siempre tenemos la suerte de toparnos en el trabajo con el tipo ideal de

compañeros o con la disciplina donde necesariamente se desarrolla nuestra vida. A menudo nos resarcimos de ello tocando un instrumento, o yendo de viaje, o asociándonos a algún club. En otras palabras, uno crea un nuevo tipo de sociedad en el que sentirse más como en casa. No es necesario que mantenga afinidad con la ocupación ordinaria. Es una forma de escapismo y no precisamente anormal. —Sonrió y añadió luego—: Yo, por ejemplo, colecciono sellos y soy miembro muy activo de la Sociedad Americana de Filatélicos.

Grant negó con la cabeza.

—Ignoro lo que él hacía fuera de sus horas de trabajo. Y dudo que se dedicara a lo mencionado por usted.

—Ya. Bien, eso sería más bien triste. Uno encuentra en ello descanso y diversión que, por otro lado, uno debe encontrar en alguna parte, ¿no le parece?

—¿Ha hablado ya con el doctor Ralson?

—¿Sobre sus problemas? No.

—¿No va a hacerlo?

—Oh, sí. Pero sólo ha estado aquí una semana. Hay que darle ocasión para que se recupere. Cuando llegó se encontraba en un alto grado de excitación. Casi deliraba. Déjelo a su aire y verá cómo se acostumbra a su nuevo ambiente. Entonces le haré preguntas.

—¿Cree usted que será capaz de reintegrarse al trabajo?

—¿Cómo puedo saberlo? —Blaustein sonrió—. Ni siquiera sé cuál es su enfermedad.

—¿Podría usted apartarlo al menos de esa obsesión suicida que le arrastra y continuar la cura mientras normaliza su trabajo?

—Quizá. Pero no puedo aventurar una opinión sin haber tenido antes varias entrevistas.

—¿Cuánto cree usted que durará esto?

—En estos asuntos, doctor Grant, nadie puede decirlo.

El doctor Grant juntó sus manos como en una ruda plegaria.

—Haga entonces lo que le parezca mejor. Esto es bastante más importante de lo que usted pueda imaginar.

—Tal vez. Pero, ¿sería tan gentil de ayudarme, doctor Grant?

—¿Cómo?

—¿Puede usted proporcionarme cierta información que sin duda se considera alto secreto?

—¿Qué clase de información?

—Me gustaría saber la incidencia suicida entre los científicos nucleares, a partir de 1945. Asimismo, cuántos han cambiado su disciplina por otra de la misma gran área científica, o bien cuántos han abandonado la ciencia por completo.

—¿Tiene eso que ver con Ralson?

—¿No piensa usted que pueda tratarse de un malestar laboral?

—Bien... hay muchos que han dejado sus empleos, naturalmente.

—¿Por qué naturalmente, doctor Grant?

—Debe usted saberlo, doctor Blaustein. La atmósfera en las modernas investigaciones atómicas está salpicada de urgencias y papeleo. Se trabaja con el gobierno; se trabaja con los militares. No se puede hablar sobre el trabajo; hay que estar al tanto de lo que se dice. Naturalmente, si uno obtiene la posibilidad de ingresar en una universidad, donde tú mismo te fijas horario, haces el propio trabajo, y puedes escribir en los periódicos contra las subvenciones a la Comisión de la Energía Atómica y contra las convenciones a puerta cerrada, entonces la aceptas.

—Y en tal caso, abandona para siempre su especialidad.

—Siempre hay aplicaciones fuera de las militaristas. Claro, se puede marchar uno por muy distintas razones. En cierta ocasión, me dijo un hombre que no podía conciliar el sueño por las noches. Afirmaba que, nada más apagar la luz, escuchaba cien mil aullidos provenientes de Hiroshima. Lo último que oí de él fue que estaba de dependiente en una tienda de camisas.

—¿Y nunca oyó usted unos cuantos aullidos?

—No es nada grato saber que al menos una parte de la responsabilidad ante las destrucciones atómicas está sobre uno mismo.

—¿Qué sentía Ralson ante eso?

—Nunca hizo el menor comentario al respecto.

—En otras palabras, si Ralson sentía alguna responsabilidad, no gozó jamás, como el resto de ustedes, de una válvula de escape.

—Sospecho que no.

—Y por entonces ya se hacían investigaciones nucleares, ¿no?

—Por supuesto.

—¿Qué haría usted, doctor Grant, si sintiera que *tiene* que hacer algo que *no puede* hacer?

—No lo sé.

—Algunos se matan a sí mismos.

—Usted quiere decir que es eso lo que le ocurre a Ralson.

—No sé. No lo sé. Hablaré con el doctor Ralson esta noche. No puedo prometer nada, claro, pero le haré saber a usted lo que sea posible hacer.

—Gracias, doctor. —Grant se levantó—. Intentaré suministrarle la información que me ha pedido.

El aspecto de Elwood Ralson había mejorado durante la semana que llevaba en el sanatorio del doctor Blaustein. Su cara había engordado y algo de su decaimiento había desaparecido. Iba sin corbata y no llevaba cinturón. Sus zapatos no tenían cordones.

—¿Cómo se siente, doctor Ralson? —dijo Blaustein.



—Descansado.

—¿Ha sido bien tratado?

—No me quejo, doctor.

La mano de Blaustein tanteó en busca del abridor de cartas con el que solía distraer su abstracción, pero sus dedos sólo hallaron el vacío. Había sido escondido, naturalmente, junto con aquellas otras cosas cortantes. Sobre el escritorio sólo había papeles.

—Siéntese, doctor Ralson —dijo Blaustein—. ¿Cómo encuentra usted sus propios síntomas?

—¿Se refiere a lo que usted llamaría mis impulsos suicidas? Su empeoramiento y su mejoría dependen de mis pensamientos, creo. Pero están siempre sobre mí. No hay nada en lo que pueda usted ayudarme.

—Quizás esté usted en lo cierto. Hay muchas cosas en las que no puedo ser útil. Pero me gustaría saber la medida de mi influencia en lo que respecta a usted. Usted es un hombre importante...

Ralson bufó.

—¿No lo considera usted así? —preguntó Blaustein.

—No. No hay hombres importantes, sólo bacterias individuales importantes.

—No le entiendo.

—No esperaba menos de usted.

—Sin embargo, me parece que tras su declaración debe haber algo más. Sería realmente del más grande interés el que me dijera usted algo de eso.

Por vez primera, Ralson sonrió. No era una sonrisa complacida. Las ventanas de su nariz estaban pálidas.

—Es divertido observarle a usted, doctor —dijo—.

Maneja usted su terreno con tanta minuciosidad. Está usted obligado a escucharme con ese aire de interés y atención simpática tan característicos. Sin duda podría decirle el absurdo más rematado, contando por su parte con la más cordial de las atenciones.

—¿No piensa usted que mi interés puede ser real, aunque sólo sea por pura profesionalidad?

—No, la verdad.

—¿Por qué no?

—No tengo interés en discutirlo.

—¿Preferiría volver a su habitación?

—Si no le molesta... ¡No! —Había comenzado a levantarse, pero la repentina negación rechazó lo que su propio gesto indicaba. Se sentó de nuevo—. ¿Por qué he de rechazar servirme de usted? No me gusta hablar con la gente. Es estúpida. No ve nada claro. Observa lo evidente durante horas y no consigue averiguar nada. Si hablara con ella, no me entendería, perdería la paciencia, se reiría. Sin embargo, usted debe escuchar. Es su trabajo. Aunque lo crea, no puede usted interrumpirme para

decirme que estoy loco.

—Me será grato escuchar cuanto tenga a bien decirme.

Ralson aspiró profundamente.

—Hace un año ahora que sé algo que muy poca gente sabe. Tal vez, algo que no sepa ninguna persona *viva*. ¿Sabía usted que los avances de la cultura humana tienen lugar de manera brusca? Una ciudad de treinta mil hombres libres suministró más genios artísticos y literarios en el curso de dos generaciones que una nación de millones en un siglo bajo circunstancias ordinarias. Me refiero a la Atenas de Pericles.

»Hay otros ejemplos. La Florencia de los Medici, la Inglaterra isabelina, la España de los emires de Córdoba. El auge de los reformadores sociales entre los israelitas de los siglos octavo y séptimo antes de Cristo. ¿Sabe a lo que me refiero?

Blaustein asintió con la cabeza.

—Veo que la historia es lo que le interesa.

—¿Por qué no? No creo que haya nada que restrinja mi interés y lo obligue a detenerse sólo en las investigaciones nucleares y mecánicas.

—Por supuesto que no. Por favor, prosiga.

—Al principio pensé que, acerca de la verdadera interioridad de los ciclos históricos, podía aprender más si consultaba a un especialista. Tuve algunas discusiones con un historiador profesional. ¡Qué pérdida de tiempo!

—¿Cómo se llamaba ese historiador profesional?

—¿Qué importa eso?

—Seguramente no importa si usted prefiere considerarlo confidencial. ¿Qué le dijo?

—Me dijo que yo estaba equivocado; la historia parecía caminar sólo en espasmos. Dijo que tras intensos estudios sobre las grandes civilizaciones de Egipto y Sumeria nada emergía repentinamente de la nada, sino, por el contrario, sobre las bases de una subcivilización hiperdesarrollada. Afirmó que la Atenas de Pericles se había levantado sobre una Atenas prepericlea, de menores logros, pero sin la cual la edad de Pericles no habría tenido lugar.

»Le pregunté por qué no había surgido una Atenas postpericlea de más elevadas cumbres todavía y me dijo que Atenas había sido arruinada por una plaga y una larga guerra con Esparta. Le pregunté sobre otros brotes culturales y siempre apareció la guerra como causa de su destrucción o, por lo menos, como su complemento. Y era igual en todas partes. La verdad estaba allí; no había más que verla y tomarla, pero no lo hizo.

Ralson miró al techo y añadió con voz cansada:

—A menudo, vienen al laboratorio y me dicen: «Ralson, ¿qué diablos harías tú con estos o aquellos elementos?» Y me muestran los instrumentos y los intrincados diagramas, y yo les digo: «Parece fácil. ¿Por qué no hacéis así y así? Hasta un niño lo entendería».

Y entonces tengo que marcharme porque no puedo soportar la expresión atónita de sus estúpidas caras. Más tarde vienen y me dicen: «Funcionó, Ralson. ¿Cómo te las ingeniaste?» No puedo explicárselo a ellos, doctor; sería como explicarles que el agua es húmeda. Pues bien, yo no podía explicárselo al historiador. Y tampoco puedo explicárselo a usted. Es una pérdida de tiempo.

—¿Le gustaría regresar a su habitación?

—Sí.

Una vez salió Ralson, Blaustein se sentó pensativo. Automáticamente, sus dedos corrieron al cajón superior de la derecha de su escritorio y encontraron el abrecartas. Jugueteeó con él.

Por último, cogió el teléfono y marcó un número.

—Aquí Blaustein —dijo—. Hay un historiador profesional que fue consultado por el doctor Ralson en el pasado, probablemente hace poco más de un año. No sé su nombre. Ni siquiera sé si estuvo conectado con una universidad. Si usted puede dar con él, me gustaría verlo.

Thaddeus Milton, doctor en filosofía, se pasó la mano por su cabello grisáceo.

—Estuvieron aquí y yo dije que, en efecto, había tenido un par de encuentros con ese hombre. Sin embargo, mi conexión con él fue muy pequeña. De hecho, no pasó de unas cuantas conversaciones de índole profesional.

—¿Cómo vino hasta usted?

—Me escribió una carta; por qué a mí en lugar de a otros, es algo que ignoro. Yo había escrito una serie de artículos para un periódico semipedagógico y de factura semipopular. Sin duda, aquello llamó su atención.

—Ya... ¿Sobre qué trataban los artículos?

—Consideraban la validez de la aproximación cíclica a la historia. Esto es, si uno puede afirmar con propiedad que una civilización particular debe seguir leyes de crecimiento y decadencia en sentido análogo a los términos que aplicamos al desarrollo de los individuos.

—He leído a Toynbee, doctor Milton.

—Bien, sabe entonces a lo que me refiero.

—Y cuando el doctor Ralson consultó con usted, ¿hizo referencia a esa aproximación cíclica a la historia?

—Bueno, en cierto modo, quizá sí. Claro, él no era un historiador y algunas nociones suyas sobre las tendencias culturales eran más bien dramáticas y... lo que yo llamaría... sensacionalistas. Perdóneme, doctor, si le hago una pregunta tal vez impropia. ¿Es el doctor Ralson alguno de sus pacientes?

—El doctor Ralson no se encuentra bien y está a mi cuidado. Esto, y cuanto digamos aquí, es confidencial, por supuesto.

—Claro. Lo comprendo. No obstante, su respuesta me aclara algo. Algunas de sus ideas rayaban lo irracional. Siempre permanecía penosamente absorto, según me pareció, en la relación entre lo que él llamaba «brotes culturales» y calamidades de

uno u otro tipo. Tales relaciones han sido observadas con frecuencia. La mayor vitalidad de una nación puede tener lugar junto a la mayor inseguridad nacional. Holanda es un ejemplo típico. Sus grandes artistas, estadistas y exploradores pertenecen más o menos al siglo XVII, cuando estaba enzarzada en lucha mortal con la mayor potencia europea de la época, España. En aquellos momentos estaba construyendo un imperio en el lejano Oriente y había seguido las costas nórdicas de Sudamérica, el extremo sur de África y el valle del Hudson de Norteamérica. Sus fletes competían con los de Inglaterra. Y luego, una vez estuvo asegurada su salud política, declinó.

»Bien, como le digo, esto no es anormal. Los grupos, al igual que los individuos, escalarían extraños riscos en respuesta a un desafío lo mismo que vegetarían en ausencia de reto. Donde el doctor Ralson pareció abandonar el camino de la cordura, sin embargo, fue al insistir en lo que no era sino confusión de causa y efecto. Declaró que no eran los tiempos de guerra y de peligro los que estimulaban los «brotes culturales», sino más bien lo contrario. Proclamó que en cada ocasión un grupo de hombres mostraba excesiva habilidad y vitalidad y la guerra devenía necesaria para destruir la posibilidad de un desarrollo extremo.

—Entiendo —dijo Blaustein.

—Me temo que opté por reírme de él. Hacia el final de la última de nuestras entrevistas, me preguntó si no consideraba curioso el hecho de que una especie tan improbable como la humana estuviera dominando sobre la tierra, toda vez que sólo la inteligencia contaba a su favor. Entonces me eché a reír. Quizá no debí haberlo hecho, pobre tipo.

—Fue una reacción natural —dijo Blaustein—, pero no debo robarle más tiempo a usted. Ha sido usted de una gran ayuda.

Se dieron la mano y Thaddeus Milton abandonó el despacho.

—Bien —dijo Darrity—, he ahí los informes sobre los suicidios recientes entre personal científico. ¿Ha deducido usted alguna cosa?

—Debería preguntarle eso a usted —dijo Blaustein—. Seguro que el FBI no ha dejado ese terreno por cubrir.

—Puede apostar la deuda nacional si lo desea. Esos tipos son suicidas. No hay error al respecto. Otra gente ha estado investigando lo mismo en otro departamento. La proporción es cuatro veces mayor de la normal, tomando en consideración edad, posición social, posición económica, etc.

—¿Y con los científicos ingleses?

—Exactamente lo mismo.

—¿Y los de la Unión Soviética?

—¿Quién podría decirlo? —El investigador se inclinó hacia delante—. Doctor, usted no irá a pensar que los soviéticos disponen de una especie de rayo que obliga a

la gente a suicidarse, ¿no? Ciertamente es sospechoso que los únicos afectados sean los hombres dedicados a la investigación atómica.

—¿Usted cree? Quizá no. Los físicos nucleares deben tener sobre ellos tensiones peculiares. Es difícil de decir sin un estudio completo.

—¿Se refiere usted a los complejos resultantes? —preguntó Darrity cautelosamente.

—La psiquiatría ha llegado a ser demasiado popular —dijo Blaustein—. Todo el mundo habla de complejos y neurosis, de psicosis y compulsiones y qué sé yo qué más. Mientras unos duermen tranquilos, otros sienten complejos de culpabilidad. Si pudiera hablar a cada uno de los que intentaron suicidarse, tal vez sabría algo.

—Ha hablado con Ralson.

—Sí, he hablado con Ralson.

—¿Ha acabado con complejo de culpa?

—No en particular. Con su historial, no me sorprenden sus mórbidas relaciones con la muerte. Cuando tenía veinte años, vio morir a su madre bajo las ruedas de un automóvil. Su padre se consumió lentamente a causa del cáncer. Aunque el efecto de aquellas experiencias sobre sus problemas presentes no está claro.

Darrity cogió su sombrero.

—Bien, espero que consiga algo masticable. Hay algo grande, más grande que la bomba de hidrógeno. No sé cómo puede haber algo más grande que eso, pero así parece.

Ralson insistió:

—He pasado mala noche, doctor.

—Espero —dijo Blaustein— que las entrevistas no le molesten.

—Bueno, quizá se trate de eso. Me han obligado a pensar de nuevo sobre mi objeto. Y cuando lo hago, las cosas se vuelven malas. ¿Puede usted imaginar lo que es sentirse parte de una cultura bacteriana, doctor?

—Nunca lo he pensado. Para una bacteria, supongo, debe tratarse de lo más normal.

Ralson no pareció haberle oído. Lentamente, estaba diciendo:

—Una cultura en la que la inteligencia está siendo estudiada. Estudiamos toda clase de cosas tanto como nos permiten nuestras relaciones genéticas. Cogemos moscas frutales para ver qué ocurre al realizar cruces genéticos, por ejemplo, las de ojos rojos con las de ojos blancos. No me preocupa en absoluto la cuestión del color de los ojos, pero a partir de aquí elaboramos nuestros principios genéticos. ¿Entiende lo que digo?

—Por supuesto.

—Incluso en los seres humanos podemos seguir ciertas características físicas. Están los labios de los Habs-burgo y la hemofilia que comenzó con la reina Victoria y

se propagó entre los Borbones españoles y los Romanov. Podemos, incluso, descubrir la debilidad mental de los Jukeses y los Kallikaks. Se puede aprender algo al respecto en las altas escuelas de biología. Pero no se pueden criar seres humanos de la misma forma que moscas fruteras. Los humanos viven demasiado. Llevaría siglos obtener conclusiones. Es una pena no tener una raza especial de hombre capaz de reproducirse en semanas, ¿eh?

Esperó alguna respuesta, pero Blaustein se limitó a sonreír.

—Pues bien. Creo que eso seríamos nosotros para otro grupo de seres cuya vida se midiera por milenios.

Para sus conceptos, nuestra velocidad de reproducción sería alarmante. Nosotros seríamos seres de vida corta y ellos podrían estudiar en nosotros cosas como la aptitud musical, la inteligencia científica, etc. Ninguna de estas cosas les interesaría más que otra, de la misma manera que a nosotros no nos interesa más el ojo azul que el rojo, ni tampoco les interesaría por la cosa misma, como tampoco nosotros nos interesamos por los ojos blancos de las moscas en tanto que ojos blancos.

—Eso es ciertamente interesante —dijo Blaustein.

—No sólo interesante. Es verdadero. Es obvio para mí y no me preocupa lo que pueda parecerle a usted. Mire a su alrededor. Mire el planeta Tierra. ¿Qué clase de animal ridículo es el hombre, que se proclama señor tras la caída de los dinosaurios? Seguro, somos inteligentes, aunque, ¿qué es la inteligencia? Pensamos que es algo importante porque la poseemos. Si el Tirano-sauro hubiera seleccionado las cualidades que, según él, eran necesarias para asegurar el dominio de las especies, éstas serían el tamaño y la fuerza. Y tendría toda la razón.

»La inteligencia en sí misma no es más de lo que puede atribuírsele después de considerar el conjunto de los valores de la supervivencia. El elefante, aunque más inteligente, es un miserable si lo comparamos con el gorrión. El perro puede salvarse, siempre que se lo considere bajo la dirección del hombre, pero ni remotamente es tan autoeficaz como la mosca casera, contra la que toda mano humana tiende a levantarse. Tomemos los primates como un grupo. Los pequeños se encogen de miedo frente a sus enemigos, en tanto que los grandes arrastran una cadena de fracasos cuando intentan algo más que sostener apenas sus propios cuerpos. Los babuinos son los mejores, no en virtud de su cerebro, sino de sus caninos.

Una brillante película de sudor cubría la frente de Ralson.

—Y uno puede ver —prosiguió— que el hombre ha tenido cola. Generalmente, el primate goza de corta vida. Es obvio, los mayores viven más. Esto es una regla general en la vida animal. Sin embargo, el ser humano tiene una vida dos veces más larga que la de los otros grandes monos; considerablemente larga si la comparamos con el gorila que inmediatamente le sigue. Maduramos más tarde. Como si hubiéramos sido cuidadosamente criados para vivir un poco más, de modo que el ciclo de nuestra vida tenga que transcurrir más lentamente.

Se abalanzó hacia Blaustein y agitó los puños ante su rostro.

—Mil años han transcurrido, pero fue ayer...

Blaustein apretó impulsivamente un botón.

Por un momento, Ralson luchó contra el ordenanza vestido de blanco que había entrado. Luego se resignó a ser conducido.

Blaustein le lanzó una mirada, agitó la cabeza y descolgó el teléfono.

Llamó a Darrity.

—Inspector, usted sabe muy bien que esto puede llevarnos mucho tiempo.

Escuchó, luego sacudió la cabeza.

—Lo sé —dijo después—. No minimizo la urgencia.

La voz en el auricular era lejanamente timbrante:

—Doctor, la está usted minimizando. Le enviaré al doctor Grant. Él le explicará la situación.

El doctor Grant preguntó por el estado de Ralson, después pidió que le dejara verlo. Blaustein negó amablemente con la cabeza.

—He sido enviado aquí para explicarle a usted el estado actual de las investigaciones atómicas —dijo Grant.

—Siempre que logre entenderlo, ¿no?

—Espero que sí. Es una medida de desesperación. Tendré que rogarle...

—Ni una palabra sobre eso. Lo sé perfectamente. Esa inseguridad por parte de ustedes es un mal síntoma. Ustedes debieran saber que esas cosas no pueden permanecer ocultas.

—Uno vive rodeado de secretos. Y esto se hace contagioso.

—Exactamente. ¿Cuál es el secreto?

—Es... bueno, al menos debe ser una defensa contra la bomba atómica.

—¿Y eso es un secreto? Sería mejor que fuera borrado de todas las bocas.

—Por el amor del cielo, no. Escúcheme, doctor Blaustein. Se encuentra sólo sobre el papel. Casi otro E —  $me^2$ . No puede ser llevado a la práctica. No sería oportuno esperar la decepción de nuestra parte. Por otro lado, si se supiera que *casi* hemos obtenido un medio de defensa, surgiría irremediablemente el deseo de comenzar una guerra antes de perfeccionar esa defensa.

—No lo creo así. Pero proseguiremos con su empeño. ¿Cuál es la verdadera naturaleza de esa defensa? A no ser que se trate únicamente de mera fanfarronada...

—De ninguna manera. No estoy fanfarroneando.

Sólo intento convencerle a usted de que necesitamos a Ralson, ¡y pronto!

—Bien, cuéntemelo y participaré de tan gran secreto. Me sentiré como un miembro del Gabinete.

—Algo más que eso, doctor Blaustein. Escuche, permítame explicárselo en lenguaje sencillo. Los logros militares pretenden igualar las armas de defensa y de ataque. Tiempo atrás pareció una premisa irrefutable la tipificación de la guerra basada en armas ofensivas, basada en la construcción del cañón más poderoso. Pero la defensa se puso al día. El caballero medieval dotado de armadura devino operario

de unidad blindada y el castillo de piedra se convirtió en búnquer. Todo ha quedado igual, como puede comprobar, con la única excepción de que han aumentado cuantitativamente y no menos en calidad...

—Muy bien. Lo explica usted muy claramente. Con la bomba atómica también se producen nuevos aumentos cuantitativos y cualitativos, ¿no? Los blindajes quedan anticuados ante tamaña arma.

—Exacto. Ya no podemos engrosar los muros de protección. No hay ya materiales lo bastante resistentes. Debemos abandonar todo tipo de materiales. Ante un ataque atómico, debemos protegernos atómicamente. Tenemos que usar la energía; es decir, un campo de fuerza.

—Y, dígame —preguntó Blaustein con condescendencia—, ¿qué es un campo de fuerza?

—Quisiera poder explicárselo. En pocas palabras se trata de una simple ecuación sobre un papel. La energía puede ser canalizada como si creara un muro de inercia inmaterial, al menos en teoría. En la experiencia no sabemos lo que puede resultar.

—¿Un muro imposible de ser atravesado? ¿Ni siquiera por los átomos?

—Ni siquiera por bombas atómicas. El único límite de su fuerza sería el cúmulo de energía que nosotros podríamos verter en el interior. En teoría podría fabricarse impermeable a la radiación. Los rayos gamma rebotarían en él. Lo que planeamos es una gigantesca pantalla que se ubicara permanentemente en torno a las ciudades; con la mínima fuerza, sin usar prácticamente energía. A la menor alarma, la intensidad sería aumentada al máximo. Todo esto es posible teóricamente.

—¿Y por qué deben tener ustedes a Ralson?

—Porque es el único capaz de llevarlo a la práctica, si es que en efecto puede dar algún resultado en el terreno empírico. Cada minuto cuenta. Usted no desconoce la situación internacional. La defensa atómica *debe* existir antes de la guerra atómica.

—¿Está usted seguro de Ralson?

—Estoy tan seguro de él como jamás podría estarlo de cualquier otra cosa. Es un hombre sorprendente, doctor Blaustein. Siempre da en el clavo. Nadie sabe lo que él en su campo.

—Algún tipo de intuición, ¿no? —dijo el psiquiatra con aparente molestia—. Una especie de raciocinio que va más allá de las ordinarias capacidades humanas. ¿Me equivoco?

—No pretendo saber lo que es en realidad.

—Permítame entonces que hable nuevamente con él. Se lo haré saber.

—Bueno. —Grant se levantó dispuesto a marcharse. Pero entonces, como dominado por alguna idea repentina, añadió—: Debo decirle, doctor, que si usted no obtiene nada, la Comisión planea quitarle de las manos a Ralson.

—¿E intentararlo con otro psiquiatra? Si ése es su deseo, claro, no voy a interferir. En mi opinión, sin embargo, no es una práctica recomendable la que pretende una cura acelerada.



—No podemos prolongar su tratamiento mental. Simplemente deberá volver a trabajar.

—No tengo más remedio que disentir, doctor Grant. No obtendrán ustedes nada de él. Sería su muerte.

—De ninguna manera obtendríamos nada de él.

—Pero, al menos, mi sugerencia ofrece una alternativa, ¿no?

—Así lo espero. Y, a propósito, no mencione el hecho de sacar a Ralson de aquí.

—No lo haré, y gracias por la advertencia. Hasta la vista, doctor Grant.

—Me comporté como un loco la última vez, ¿no cree, doctor? —dijo Ralson con el rostro contraído.

—¿Quiere decir que no cree realmente en lo que dijo entonces?

—¡Sí creo! —Sus músculos temblaron ante la violencia de la afirmación.

Se dirigió hacia la ventana y Blaustein giró su silla para no perderle de vista. Había rejillas en la ventana. No podía saltar. El cristal era irrompible.

La tarde estaba muriendo y las estrellas comenzaban a aparecer. Ralson las contempló fascinado y luego se volvió hacia Blaustein y, con un dedo apuntando a la noche, dijo:

—Cada una de ellas es una incubadora. Mantienen las temperaturas al punto deseado. Diferentes experimentos; diferentes temperaturas. Y los planetas que orbitan a su alrededor conforman descomunales culturas, conteniendo diferentes mezclas de nutrición y diferentes formas de vida. Los experimentadores también son economistas, doquiera estén y quienesquiera sean. Han cultivado muchos tipos de formas vitales en este tubo de ensayo particular. Los dinosaurios en eras tropicales y nosotros entre los glaciares. Mueven los soles arriba y abajo y nosotros intentamos trazar una física del fenómeno. ¡Física! —exclamó, contrayendo los labios en una mueca risueña.

—¡Magnífico! —dijo el doctor Blaustein—, pero no es posible que el sol pueda ser movido arriba y abajo a voluntad.

—¿Cómo que no? Es lo que hace un elemento calentado en un horno. ¿Cree usted que las bacterias saben la causa del calor que sienten? ¿Quién sabe? Tal vez tengan sus propias teorías al respecto. Quizá posean cosmogonías sobre catástrofes cósmicas, en las que el choque entre bulbos de luz haya originado sus universos. Quizá piensen que en algún lugar debe haber un benéfico creador que les proporcionó alimentos y calor y que les dijo: «¡Creced y multiplicaos!».

»Nos criamos como ellas. Obedecemos soterradas leyes de la naturaleza, que sólo son nuestra interpretación particular de las incomprensibles fuerzas que actúan sobre nosotros.

»Y ahora hete aquí el más gran experimento jamás soñado. Apenas tiene doscientos años de genealogía. Alguien desarrolló una tensión para su aplicación

mecánica en la Inglaterra del dieciocho, creo. En lo que llamamos Revolución Industrial. Comenzó siendo vapor, siguió con la electricidad, luego con los átomos. Fue un experimento interesante, pero no se midió su proporción. Por lo que ahora parece imperar una frenética urgencia por finalizarlo.

—¿Y cómo sería el plan que lo finalizara? ¿Tiene usted alguna idea al respecto? —dijo Blaustein.

—Me está usted preguntando... Mire a su alrededor, contemple el mundo. ¿Todavía puede preguntarse cómo va a acabar nuestra era tecnológica? Todo el mundo teme una guerra atómica y haría cualquier cosa por impedirla, pero también teme que una guerra atómica sea inevitable.

—En otras palabras, los experimentadores propiciaron esta situación y desencadenarán una guerra atómica queramos o no, para dar término a la era tecnológica en la que estamos y comenzar de nuevo, ¿no?

—Sí. Es lógico. Cuando esterilizamos un instrumento, ¿saben los gérmenes de dónde viene el calor asesino? ¿O qué lo ha causado? De alguna manera pueden los experimentadores caldear nuestros ánimos; de alguna manera pueden manejarnos más allá de nuestra comprensión.

—Dígame —dijo Blaustein—, ¿es ésa la razón por la que quiere usted morir? ¿Porque considera que la destrucción de la civilización es inminente e imposible de detener?

—No quiero morir. Pero debo hacerlo —dijo Ralson. Sus ojos evidenciaban tortura—. Doctor, si tuviera usted un cultivo de gérmenes altamente peligrosos y necesitados de atento control, ¿no debería poner un agar común impregnado de, digamos, penicilina, en un círculo a cierta distancia del centro de inoculación? Cualquier germen que se alejara demasiado del centro moriría. Usted no tendría nada en particular contra los gérmenes individuales que resultaran muertos; ni siquiera tendría por qué saber qué gérmenes se han alejado en primer lugar. Todo sería puramente automático.

»Doctor, hay un anillo de penicilina en torno a nuestros cerebros. Cuando nos extraviamos, cuando penetramos los significados de nuestra propia existencia, nos internamos en el cerco de penicilina y debemos morir sin remedio. Eso sucede muy lentamente... pero sucede.

Sonrió con tristeza. Luego añadió:

—¿Puedo volver ahora a mi habitación, doctor?

Aproximadamente al mediodía de la siguiente jornada, el doctor Blaustein visitó a Ralson en su habitación. Era un cuarto pequeño y desprovisto de accesorios. Las paredes estaban acolchadas y decoradas en gris. Dos pequeñas ventanas se veían en lo alto, demasiado alto para estar al alcance de una mano normal. El paciente estaba acostado en el suelo acolchado. Nada metálico había en la habitación, nada que

podría ser utilizado para atentar contra la vida corporal. Hasta las uñas de Ralson habían sido cortadas al máximo.

—¡Hola! —exclamó Ralson levantándose.

—Hola, doctor Ralson. ¿Puedo hablar con usted?

—¿Aquí? No tengo asiento que ofrecerle.

—Está bien así. Permaneceré en pie. Suelo trabajar sentado y conviene a mis posaderas el dejar un rato esta posición. Doctor Ralson, he estado pensando toda la noche pasada en lo que me dijo ayer y los días anteriores.

—Y ahora va a aplicarme un tratamiento que me liberará de lo que usted imagina desengaños.

—No. Sólo quiero hacerle algunas preguntas y quizás extraer algunas consecuencias de sus teorías que... ¿se ha olvidado usted de mí?... Quizá no ha pensado en eso.

—¿Ah?

—Mire, doctor Ralson, desde el momento en que usted me ha explicado sus teorías, ¿sabe?, también yo sé lo que sabe usted y, sin embargo, no siento impulsos suicidas.

—Crear es algo más que un acto intelectual, doctor. Es necesario creer con toda su fuerza interna, cosa que usted no hace.

—¿No cree que quizá se trate de un fenómeno de adaptación?

—¿Qué quiere decir?

—Usted no es realmente un biólogo, doctor Ralson.

Y aunque usted sea un brillante, muy brillante adelantado en física, no puede pensar apropiadamente acerca de los cultivos bacterianos que usó como analogía. Sepa usted que es posible criar linajes bacterianos capaces de resistir a la penicilina y casi a cualquier veneno bactericida.

—¿Y bien?

—Los experimentadores que nos cultivaron han estado trabajando con la humanidad durante muchas generaciones, ¿no? Y este linaje particular que han estado cultivando desde hace dos siglos no muestra ningún signo de moribundia espontánea. Más bien es un linaje vigoroso y muy infectivo. Los más viejos linajes fueron confinados en ciudades pequeñas o en reducidas áreas y duraron sólo una generación o dos. Éste, en cambio, está expandido por todo lo ancho del mundo. Es un linaje *muy* infeccioso. ¿No ha pensado que puede haber desarrollado inmunidad a la penicilina? En otros términos, los métodos usados por los experimentadores para aniquilar el cultivo no tienen por qué funcionar demasiado bien, ¿no?

—Están funcionando en mí —dijo Ralson.

—Usted quizá sea un no resistente. O bien ha almacenado una alta dosis de penicilina. Considere a la gente que intenta detener la inminencia de la guerra atómica, la estabilización de cualquier forma de gobierno mundial, la duración de la paz. El esfuerzo ha aumentado estos últimos años y los resultados no han sido

precisamente desastrosos.

—Eso no detendrá la guerra atómica que se avecina.

—No, pero quizá todo cuanto se requiera sea únicamente un poco más de esfuerzo. Los abogados de la paz no se suicidan. Muchos son los humanos que resultan inmunes ante los experimentadores. ¿Sabe usted lo que están haciendo en los laboratorios?

—No quiero saberlo.

—*Debe* saberlo. Intentan inventar un campo de fuerza que pueda detener la bomba atómica. Doctor Ral-son, si yo estoy cultivando una virulenta y patológica bacteria, contra toda precaución acabaré provocando una plaga. Podemos resultar bacterias para ellos, pues les resultamos peligrosos también; de lo contrario, no nos eliminarían tan cuidadosamente después de cada experimento.

»Pero no son muy rápidos, ¿no? Para ellos un milenio es un día, ¿no? Para cuando adviertan que nos hemos salido del cultivo, que estamos más allá de la penicilina, será demasiado tarde para detenernos. Ellos nos han conducido hasta el átomo y si nosotros, al menos, somos capaces de remediar lo que, pese a nosotros, existe en nosotros, iremos incluso más allá que los experimentadores.

Ralson se puso en pie. Pequeño como era, sobrepasaba a Blaustein en una pulgada y media.

—¿De veras están trabajando en un campo de fuerza?

—Al menos intentan aproximarse. Y lo necesitan a usted.

—No. No puedo.

—Lo necesitan en la medida en que usted es capaz de advertir lo que, dificultoso para ellos, es obvio para usted. Recuérdelo... de su ayuda depende el éxito o la derrota de los experimentadores.

Ralson caminó unos pasos sin rumbo fijo, contemplando fijamente las vacías paredes acolchadas.

—Pero ese fracaso debe existir. Si construyen un campo de fuerza, sobrevendrá la muerte de todos cuantos existan antes de la coronación del proyecto.

—Algunos serán posiblemente inmunes, ¿no? En cualquier caso, la presencia de la muerte será irremisible. Al menos ellos intentan algo.

—Haré lo posible por ayudarles —dijo Ralson.

—¿Aún quiere suicidarse, doctor?

—Sí.

—Pero no lo intentará, ¿eh?

—No lo *intentaré*, doctor. —Sus labios temblaron—. Tendré que estar bajo observación.

Blaustein subió las escaleras y presentó su pase al guardia del vestíbulo. Había sido ya supervisado en la otra puerta, pero, como si tamaña circunstancia no hubiera

surtido efecto, su pase, su firma, incluso él mismo, fueron revisados de nuevo. Un momento después, el guardia se retiró a su pequeña caseta e hizo una llamada telefónica. La respuesta pareció satisfacerle. Blaustein tomó asiento y, en medio minuto, se encontró arriba y estrechando la mano al doctor Grant.

—Hasta el presidente de los Estados Unidos tendría problemas para entrar aquí, ¿no? —dijo Blaustein.

El larguirucho físico sonrió.

—Está usted en lo cierto, siempre que se le ocurra venir sin avisar.

Tomaron un ascensor que les elevó doce pisos. La oficina, a la que le condujo Grant, tenía ventanas que daban a tres fachadas distintas. La habitación era a prueba de ruidos y ventilada con aire acondicionado. Los muebles aparecían inmaculadamente limpios.

—Caramba —dijo Blaustein—, esto parece la oficina del presidente de un consejo de directores. La ciencia se está convirtiendo en asunto de grandes finanzas.

—Sí —dijo Grant azorado—, lo sé, pero el dinero del gobierno fluye con excesiva facilidad y es difícil convencer a un congresista de que el trabajo es más importante que el decorado donde se ejecuta.

Blaustein tomó asiento y comprobó su comodidad.

—El doctor Elwood Ralson ha accedido regresar al trabajo.

—Maravilloso —dijo Grant—. Estaba esperando que dijera usted eso. Y esperaba que éste fuera el motivo por el que usted deseaba verme. —Como inspirado por la buena nueva, Grant ofreció un cigarro a Blaustein, que no lo aceptó.

—No obstante —dijo Blaustein—, sigue siendo un hombre enfermo. Deberá ser tratado con mucho cuidado y no sólo en los detalles superficiales.

—Claro. Naturalmente.

—No es tan sencillo como usted pueda pensar. Quisiera decirle alguna cosa sobre los problemas de Ralson a fin de que pueda comprender la esencia de su delicadeza.

Comenzó a hablar y Grant escuchó al principio con atención, luego con asombro.

—Pero a ese hombre le falta un tornillo, doctor Blaustein. Nos será completamente inútil. Está loco.

—Depende de lo que usted categorice como «loco» —murmuró Blaustein—. Es una palabra desafortunada, no la utilice. Está poseído por los desengaños, es innegable. Si éstos afectarán su talento, es algo que no puede saberse.

—Lo que sí es cierto es que un hombre insano no podría...

—Por favor. Por favor. No permita que caigamos en una larga discusión sobre la definición psiquiátrica de lo normal y lo patológico. Está dominado por los desengaños, pero, al menos en lo cotidiano, no les prestaría demasiada atención. Creo haber llegado a entender que la habilidad particular de nuestro hombre descansa en su manera de dar con la solución de los problemas que parecen estar más allá de la comprensión ordinaria. ¿Me equivoco?

—No. Eso *debe* admitirse.

—¿Cómo podemos usted y yo juzgar entonces la verdad o el error de sus conclusiones? Permítame preguntarle, ¿tiene usted últimamente impulsos suicidas?

—No, por supuesto.

—¿Y otros científicos de aquí?

—No, claro que no.

—Le sugeriré, sin embargo, que mientras prosigan las investigaciones sobre el campo de fuerza, los científicos involucrados sean observados aquí y en su casa. Incluso podría ser una buena idea el que ni siquiera tuvieran que marchar a casa. Algunas oficinas podrían ser adaptadas para operar como dormitorios...

—Dormir en el lugar de trabajo. Nunca obtendrá usted consentimiento.

—Oh, sí. Si no les cuenta usted la verdadera razón y afirma que se trata de razones de seguridad, aceptarán. «Razones de seguridad» es una frase mágica estos días, ¿no? Ralson debe ser observado más que ningún otro.

—Claro.

—Pero todo esto es de segundo orden. Hay algo que debe hacerse para conciliar mi conciencia, en caso de que las teorías de Ralson sean correctas. Por lo pronto, no las creo. *Son* desengaños, pero, una vez sean superados, será necesario preguntarse por las causas de esos desengaños. ¿Qué hay en la cabeza de Ralson, en su historial, en su vida, que lo ha obligado a formular esa forma particular de desilusión? No se puede responder a esto con sencillez. Descubrir la respuesta debe ser tarea de años de psicoanálisis. Y mientras la respuesta no sea descubierta, Ralson no estará curado.

»Aunque, mientras tanto, podemos exponer quizá inteligentes conjeturas. Tuvo una infancia desgraciada, lo que, de una u otra forma, lo ha conducido a enfrentarse a la muerte de manera poco agradable. Por añadidura, jamás fue capaz de trabar amistad con otros niños, ni, al crecer, con otros hombres. Siempre se mostró irreconciliable con el modo lento de pensar de sus contemporáneos. Cualquiera que sea la diferencia existente entre su cerebro y el de los otros, ha levantado una muralla entre él y la sociedad, muralla tan fuerte como el campo de fuerza en que ustedes trabajan. Por razones similares, ha sido incapaz de encontrar gratificación en una vida sexual normal. Nunca se ha casado, nunca ha tenido idilios.

»Es fácil advertir que ha buscado compensaciones en el terreno del pensamiento, en el que otros hombres son inferiores a él. Y esta inferioridad es cierta, al menos en lo que respecta a lo estrictamente mental. El ser humano tiene, sin embargo, muchas facetas y Ralson no ofrece la misma superioridad en todas. Nadie es superior a nadie en todas las facetas humanas. Otros más dispuestos a ocuparse de lo que es inferior, no aceptarían su afectada postura preeminente. Le encontrarían extraño, incluso risible, lo que conduciría a Ralson a un estado de compulsión por demostrar lo miserable que es la especie humana. ¿Y qué otra cosa mejor que comparar a la humanidad con un cultivo de bacterias manejado por seres superiores? Sus impulsos suicidas no serían sino un intento de romper todos sus lazos con lo que hay en él de parentela humana; detener la identificación que lo enlaza con la miserable especie

que él ha creado en su mente. ¿Lo ve claro?

—Pobre tipo —asintió Grant.

—Sí, es una pena. Se ha preocupado por defender su propia infancia... Bien, será mejor para el doctor Ralson no tener ninguna clase de contacto con los hombres de este lugar. Está demasiado enfermo para incorporarse a ellos. Usted debe cuidarse de ser el único hombre que Ralson vea y hable. El doctor Ralson está de acuerdo con eso. Al parecer, piensa que usted no es tan estúpido como el resto.

—Debo considerarlo una flor —sonrió Grant ampliamente.

—Tiene que ser cuidadoso, obviamente. No discutirá con él otra cosa que su trabajo propiamente dicho. Si le proporciona voluntariamente alguna información sobre sus teorías, cosa que dudo, guárdelas para usted y déjelo hablar. Y mantenga siempre alejado de él cualquier cosa cortante o puntiaguda. No le permita acercarse a las ventanas. Procure no perderle de vista. Compréndalo y tome precauciones. Dejo mi paciente a su cuidado, doctor Grant.

—Lo haré lo mejor que pueda, doctor Blaustein.

Durante dos meses, Ralson vivió en un rincón de la oficina de Grant y éste vivió con él. Las ventanas habían sido cubiertas con rejilla metálica y los muebles de madera trasladados. Sólo se habían dejado algunos cojines de sofá. Ralson hacía sus cavilaciones sobre la almohada y sus cálculos sobre una tabla acolchada puesta sobre cojines.

En la puerta, por la parte de fuera, rezaba un permanente «No entrar». La comida era dejada en el exterior. La adjunta sala de reunión fue requisada para uso privado y se suprimió la puerta de comunicación entre ambas. Grant se afeitaba con máquina eléctrica. Se ocupaba de que Ralson tomara sus somníferos cada noche y no se dormía hasta comprobar que el otro ya lo había hecho.

Los informes siempre eran llevados a Ralson. Los leía mientras Grant le observaba a la chita callando.

Luego los dejaba a un lado y se quedaba mirando al techo con una mano sobre los ojos.

—¿Ocurre algo? —preguntaba Grant.

Ralson movía la cabeza de izquierda a derecha.

—Mire —decía Grant—, recorreremos el edificio durante el cambio de turno. Es importante que usted vea algunas de las maquetas experimentales que hemos instalado.

Y así lo hacían, vagabundeando a través de los iluminados y vacíos edificios como si fueran fantasmas, cogidos de la mano. Siempre cogidos de la mano. El apretón de Grant era insistente. Pero después de cada incursión, Ralson seguía moviendo la cabeza de izquierda a derecha.

Había comenzado a escribir por lo menos media docena de veces; en cada ocasión

había garabateado unos cuantos signos para luego abandonarlos sobre uno de los cojines.

Hasta que, un día, comenzó a escribir nuevamente y cubrió media página sin dificultad. Automáticamente, se aproximó Grant. Ralson alzó la mirada y cubrió la hoja de papel con mano temblorosa.

—Llame a Blaustein —dijo.

—¿Qué?

—He dicho que llame a Blaustein. Tráigalo aquí. ¡Ya!

Grant cogió el teléfono.

Ralson estaba escribiendo ahora con celeridad, deteniéndose tan sólo para pasarse el dorso de la mano por la frente, que se había humedecido.

Alzó de nuevo la mirada y su voz sonó como un rugido.

—¿Ya ha venido?

—No está en su oficina —dijo Grant. Parecía apenado.

—Llámele a su casa. Llámele dondequiera que esté. Use el teléfono en vez de jugar con él.

Grant lo usó; Ralson cogió un nuevo folio.

Cinco minutos después, Grant dijo:

—Ya viene. ¿Qué ocurre? Parece usted enfermo.

Ralson pudo hablar sólo entrecortadamente y con precipitación:

—No hay tiempo... No puedo hablar...

Estaba escribiendo, trazando diagramas, fórmulas, todo ello con asombrosa velocidad. Mientras pensaba parecía dirigir el movimiento de sus manos, luchando con ellas.

—¡Dicte! —urgió Grant—. Yo escribiré.

Ralson se dirigió hacia él. Sus palabras fueron ininteligibles. Sujetó su muñeca con la otra mano, aferrándola como si se tratara de un pedazo de madera, y luego cayó inerte sobre sus papeles.

Grant los apartó de debajo del cuerpo y apoyó a Ralson sobre los almohadones. La desesperanza hizo mella en él hasta que llegó Blaustein.

—¿Qué ocurre? —preguntó Blaustein al hacerse cargo de la situación de una ojeada.

—Creo que aún vive —dijo Grant, aunque antes de terminar la frase, ya había comprobado Blaustein semejante eventualidad. Luego, le contó cuanto había sucedido.

Blaustein se sirvió de una aguja hipodérmica y luego esperaron. Cuando los ojos de Ralson se abrieron, estaban en blanco. Ralson gimió.

Blaustein se inclinó sobre él.

—Ralson.

Las manos de Ralson tantearon a ciegas y se aferraron al psiquiatra.

—Doctor —dijo—, lléveme de aquí.



—Lo haré. Ahora mismo. Ya ha terminado usted con el campo de fuerza, ¿no?

—Está en las notas. Grant, está en las notas.

Grant cogió los papeles y los leyó dubitativamente. Ralson dijo débilmente:

—No está *todo* ahí. Es todo lo que he podido escribir. Tendrá usted que descifrarlo. ¡Sáqueme de aquí, doctor!

—Espere —dijo Grant. Luego, susurró con rapidez a Blaustein—: ¿No puede dejarlo aquí hasta que comprobemos esto? No puedo descifrar la mayor parte. La escritura es ilegible. Pregúntele si piensa que dará resultado.

—¿Preguntarle? —dijo Blaustein con énfasis—. ¿No es acaso el único que lo sabe siempre?

—Pregúnteme lo que sea —dijo Ralson, intentando escuchar desde los almohadones sobre los que estaba echado. De repente, sus ojos se habían abierto desmesuradamente y relampagueaban.

Se volvieron hacia él.

—*Ellos* no desean un campo de fuerza. ¡*Ellos!* ¡Los experimentadores! Hasta donde alcanza mi noción de lo verdadero, las cosas quedan igual. Aunque no he aplicado ese pensamiento... ese pensamiento que yace en estas notas... no lo he aplicado porque treinta segundos antes me sentí... me sentí... doctor...

—¿Qué es? —dijo Blaustein.

—Estoy hundido en la penicilina —dijo Ralson susurrando otra vez—. Puedo sentirme a mí mismo sumergido e inmerso, como nunca hasta ahora. Nunca he estado tan dentro... tan profundamente dentro. He aquí cómo supe que yo tenía razón. Sáqueme.

Blaustein se enderezó.

—Tendré que sacarlo de aquí, Grant. No hay opción. Si puede usted descifrar lo que Ralson ha escrito ahí, perfecto. Y si no puede, lamento no serle de utilidad. Este hombre no puede seguir trabajando en ese campo de fuerza sin peligro de morir. ¿Comprende?

—Pero —dijo Grant— se muere de algo imaginario.

—Perfecto. Dígalo así, si quiere. Pero, como fuere, morirá sin remedio, ¿no?

Ralson estaba de nuevo inconsciente y no oía nada de cuanto los otros decían. Grant le miró sombríamente.

—Bueno —dijo luego—, lléveselo entonces.

Diez de los más importantes personajes del Instituto contemplaban con gesto hosco el paso de las diapositivas a través de la pantalla iluminada. Con el ceño fruncido. Grant los miró con persistencia.

—Pienso que la idea es bastante simple —dijo—. Ustedes son matemáticos, son ingenieros. Los garabatos pueden parecer ilegibles, pero dan al menos una idea de lo que esconden. El significado, cualquiera que éste sea, se encuentra en la escritura, por

disparatada que pueda parecer. La primera página es bastante clara. Constituirá una buena guía. Cada uno estudiará una página distinta una y otra vez. Extraerán una posible versión de lo que supongan puede ser esto. Trabajarán independientemente. No quiero consultas.

—¿Cómo sabe usted —dijo uno de los presentes— que significa *algo*, Grant?

—Porque son las notas de Ralson.

—¡*Ralson!* Yo pensé que estaba...

—Usted pensó que estaba enfermo —dijo Grant. Tenía que hablar sobre lo que podía comentarse subterráneamente—. Lo sé. Y está enfermo. Ésa es la escritura de un hombre que ha estado cerca de la muerte. Es lo último que obtendremos de Ralson, por siempre jamás. Como fuere, en esos garabatos se encuentra la respuesta al problema del campo de fuerza. Si no damos con ella, derrocharemos diez años en encontrarla por otros caminos.

Cada cual marchó a su trabajo. La noche llegó y pasó. Pasaron dos noches. Tres noches...

Grant supervisaba los resultados. Movía la cabeza.

—Aceptaré su palabra de que todo esto es autocon-sistente. Pero no puedo decir que lo entiendo.

Lowe, que en ausencia de Ralson había sido rápidamente considerado como el mejor ingeniero nuclear del Instituto, murmuró:

—No está del todo claro para mí. Si sirve, no nos ha dejado explicaciones del porqué.

—No tuvo tiempo para explicaciones. ¿Puede usted construir el generador tal como él lo describe?

—Puedo intentarlo.

—¿Tendrá presente las otras versiones de las notas?

—Las otras, definitivamente, no son autoconsisten-tes.

—¿Lo verificará todo por lo menos dos veces?

—Claro.

—¿Comenzará entonces la construcción?

—Daré comienzo al trabajo. Aunque, francamente, debo decirle que soy pesimista.

—Lo sé. Yo también.

Los planes de trabajo se pusieron en marcha. Hal Ross, el mecánico más veterano, fue puesto al frente de la construcción y su sueño desapareció como por ensalmo. A cualquier hora del día o de la noche podía encontrársele allí, resaltando por su cráneo completamente calvo.

Sólo una vez había hecho preguntas.

—¿Qué es eso, doctor Lowe? Nunca vi nada igual. ¿Para qué sirve?

—Usted sabe dónde se encuentra, Ross. Sabe que aquí no se pueden hacer preguntas. No vuelva a hacerlas.

Ross no volvió a preguntar. Estaba aprendiendo a no amar la estructura en vías de construcción. La consideró fea y antinatural. Sin embargo, permaneció con ella.

Blaustein telefoneó un día.

—¿Cómo está Ralson? —preguntó Grant.

—No muy bien. Quiere asistir a las pruebas del proyector de campo diseñado por él.

—Supongo que deberíamos acceder —dijo Grant, dudando—. Es suyo a fin de cuentas.

—Yo tendría que ir con él.

Grant no pareció del todo complacido.

—Puede ser peligroso, ¿sabe? Incluso para una prueba piloto deberemos poner en juego tremendas energías.

—No será más peligroso para nosotros que para ustedes —dijo Blaustein.

—Muy bien. La lista de espectadores debe pasar a través de la Comisión y el FBI, pero yo les introduciré a ustedes.

Blaustein miró a su alrededor. El proyector de campo estaba encuadrado en el centro de un grandioso laboratorio de pruebas, cuyos utensilios habituales habían sido despejados. No había conexión visible con la pila de plutonio que servía como fuente energética, pero, por el zumbido que el psiquiatra escuchaba a su alrededor, —lo había sabido sin tener que preguntárselo a Ralson— dedujo que la conexión se realizaba por abajo.

Al principio, los espectadores habían rodeado la máquina y hablado en jerga incomprensible, pero ahora habían iniciado el despeje. La galería estaba atestada. Al menos, había tres hombres con uniforme de general y toda una cohorte de militares de menor graduación. Blaustein eligió un espacio vacío, el mejor teniendo en cuenta el estado de Ralson.

—¿Sigue pensando usted que le conviene asistir?

Hacía bastante calor en el laboratorio, pero Ralson iba en camisa de cuello vuelto. No había mucha diferencia, pensó Blaustein. Aunque dudó que fuera reconocido por algún antiguo conocido.

—Asistiré —dijo Ralson.

Blaustein se sintió confortado. Él quería ver la prueba. Se volvió al sonar una nueva voz.

—Hola, doctor Blaustein.

Por un momento no logró emplazar aquella voz, pero luego dijo:

—Ah, inspector Darrity. ¿Qué hace usted aquí?

—Ni más ni menos que lo que está imaginando. —Señaló a los espectadores—. Por muchos controles que haya, uno no está nunca seguro de que el trigo está puro de cizaña. En una ocasión estuve tan cerca de Klaus Fuchs como ahora lo estoy de usted. —Tomó su cortaplumas e hizo algunas cabriolas en el aire con incontestable destreza.

—Ah, claro. ¿Dónde encontrará uno la seguridad perfecta? ¿Qué hombre puede controlar siquiera su propio inconsciente? Y usted permanecerá ahora cerca de mí, ¿no?

—Debo hacerlo también —sonrió Darrity—. Usted estaba ansioso por estar aquí, ¿no es cierto?

—No por mí mismo, inspector. Y, por favor, aparte la navaja.

Darrity se volvió sorprendido hacia donde señalaba el gesto de Blaustein. Se guardó el cuchillo y observó por segunda vez al compañero de Blaustein. Silbó por lo bajo.

—Hola, doctor Ralson —dijo.

—Hola —graznó Ralson.

Blaustein no se sorprendió por la reacción de Darrity. Ralson había perdido veinte libras desde su ingreso en el sanatorio. Su rostro estaba amarillento y arrugado; el rostro de un hombre repentinamente convertido en sesentón.

—¿Comenzará pronto la prueba? —preguntó Blaustein.

—Parece que va a comenzar ahora —dijo Darrity.

Se volvió y se inclinó sobre la baranda. Blaustein tomó por el codo a Ralson y comenzó a conducirlo hacia un lugar más cercano, pero Darrity, advirtió con suavidad.

—Quédese aquí, doctor. No quiero verle dar vueltas por ahí.

Blaustein dirigió su mirada por todo el laboratorio. Los hombres estaban casi petrificados. Pudo reconocer a Grant, alto y desvaído, que movía lentamente una mano para encenderse un cigarrillo; luego, por algún olvido mental, se llevó el mechero y el cigarrillo al bolsillo. Los jóvenes situados en los paneles de control esperaban en tensión.

Hubo entonces un leve murmullo y un fuerte olor a ozono llenó el aire.

—¡Mire! —exclamó Ralson.

Blaustein y Darrity siguieron la indicación de su dedo. El proyector parecía llamear. Como si el aire, que mediaba entre ellos y el proyector, se hubiera inflamado. Una bola de hierro descendió ondulando pendularmente y empezó a pasar a través del área inflamada.

—Se está retrasando, ¿no? —dijo Blaustein con excitación.

—Están midiendo el peso de elevación —asintió Ralson— para calcular la pérdida de ímpetu. ¡Idiotas! *Afirmé* que funcionaría. —Estaba hablando con evidente dificultad.

El péndulo se detuvo en su ondulación. La inflamación en torno al proyector

subió en intensidad y la esfera de hierro continuó su descenso.

Se repitió una y otra vez y en cada ocasión el movimiento de la esfera fue demorado por más de una sacudida. Produjo un sonido claramente audible al golpear el área inflamada. Y, por fin, *rebotó*. Al principio débilmente, como si fuera argamasa. Luego, con fuerza, como si se tratara de acero.

Recogieron el péndulo. El proyector podía verse tras el haz que lo rodeaba.

Grant dio una orden y el olor a ozono se volvió violentamente cortante e hiriente. Hubo un grito entre los observadores; cada cual gesticulaba ante su vecino. Una docena de dedos señalaban.

Blaustein, tan excitado como el resto, se inclinó sobre la baranda. Allí, donde estaba el proyector, se veía ahora tan sólo un inmenso espejo semiesférico. Era perfecta y hermosamente límpido. Uno podía verse en su superficie y Blaustein se distinguió como un hombrecillo sentado en un palco curvado por los extremos. Pudo ver las luces fluorescentes reflejadas como manchas de relampagueante iluminación. Era maravillosamente irresistible.

—Mire, Ralson —dijo—. Es energía reflexiva. Ondas de luz reflexivas como un espejo. Ralson...

Se volvió:

—¡Ralson! —gritó a continuación—. Inspector, ¿dónde está Ralson?

—¿Qué? —Darrity vaciló—. No le he visto.

Miró frenéticamente a su alrededor.

—Bueno —añadió el inspector—, no habrá ido muy lejos. No hay forma de salir de aquí ahora. Le encontrará en alguna parte. —Pero luego, echando mano a su bolsillo, exclamó—: ¡Caramba! Mi navaja ha desaparecido.

Blaustein le encontró. Estaba en la pequeña oficina que pertenecía a Hal Ross. Había abandonado el palco, pero, claro, bajo las circunstancias, había sido una deserción. El propio Ross no era siquiera un observador. Un mecánico veterano no necesita observar. Pero su oficina había cumplido perfectamente las veces de escenario para el asalto final de la larga lucha contra el suicidio.

Blaustein se detuvo en la puerta un momento. Luego salió. Alcanzó a ver a Darrity cuando salía de una oficina similar situada a cien pies más abajo de la plataforma de observación. Le hizo una seña y Darrity echó a correr hacia él.

El doctor Grant estaba temblando, presa de la excitación. De cada uno de los dos cigarrillos consumidos apenas había dado dos largas chupadas, aplastándolos en seguida. Estaba ahora encendiendo el tercero.

—Posiblemente, sea mejor de lo que ninguno de nosotros podía esperar —estaba diciendo—. Mañana haremos la prueba del cañoneo. Ahora estoy seguro de los resultados. Nos saltaremos las armas pequeñas y comenzaremos con las situadas al nivel del lanzagra-nadas. O quizá no. Será necesario construir una estructura especial

de prueba para cuidar de los problemas del rebote.

Apagó su tercer cigarrillo.

—Tendremos que intentar —dijo un general— un bombardeo atómico, literalmente.

—Claro. Ya han sido tomadas las disposiciones para construir una ciudad piloto en Eniwetok. Podríamos construir un generador en el lugar y arrojar la bomba. Tiene que haber animales en el interior.

—¿Y usted piensa realmente que la fuerza del campo será tan poderosa que detendrá la bomba?

—No exactamente eso, general. No habrá ningún campo perceptible, hasta que la bomba no sea arrojada. La radiación de plutonio dotará de energía al campo antes de la explosión, mientras, nosotros permanecemos aquí hasta el final. He aquí la esencia de todo.

—Mire —dijo un profesor de Princeton—, yo también veo desventajas. Cuando el campo esté en pleno funcionamiento, todo aquello de lo que proteja dejará de existir, por ejemplo, el sol, la luz natural. Además, me da en la nariz que el enemigo puede adoptar la táctica de arrojarnos proyectiles radiactivamente inofensivos a fin de mantener el campo en continuo funcionamiento. Por último, constituiría una terrible molestia y un gasto incalculable de pilas de plutonio.

—Las molestias —dijo Grant— pueden remediarse. Esas pequeñas dificultades serán subsanadas, estoy seguro, ahora que el problema principal ha sido resuelto.

El observador británico se había abierto paso hasta Grant y ahora le estrechaba la mano.

—A partir de ahora, me sentiré mejor en Londres. No puedo ser útil, pero me gustaría que su gobierno me permitiera ver los planos completos. Me han maravillado por su ingeniosidad. Ahora parece obvio, claro, pero ¿cómo nadie había pensado en ello?

—Esa pregunta —dijo Grant sonriendo— se ha planteado otras veces respecto de los proyectos del doctor Ralson...

Se volvió, al sentirse rozado en el hombro por una mano.

—¡Doctor Blaustein! —exclamó—. Casi lo tenía olvidado. Justamente quería hablar con usted.

Condujo a un rincón al pequeño psiquiatra y le dijo al oído:

—Escuche, ¿puede convencer a Ralson para que venga a hablar con esta gente? Se trata de su triunfo.

—Ralson ha muerto —dijo Blaustein.

—¡Qué!

—¿Puede dejar usted a esta gente por un rato?

—Sí... sí... Caballeros, ¿pueden ustedes excusarme por unos minutos?

Salió tras Blaustein.

Los hombres del FBI habían ocupado el lugar. Para evitar intrusiones, habían

acordonado la puerta de la oficina de Ross. En la parte de fuera estaba la cuchicheante masa discutiendo la respuesta a Alamogordo que acababan de presenciar. En el interior, ignorado de todos, estaba la muerte del contestador. La barrera de pistoleros se abrió para permitir el paso de Grant y Blaustein. Una vez pasaron éstos, la barrera volvió a cerrarse.

Grant mantuvo el lienzo levantado durante un rato.

—Su apariencia es apacible —dijo.

—Yo diría... feliz —dijo Blaustein.

—El arma suicida —dijo Darrity, pálido— fue mi propia navaja. Fue una negligencia mía; lo haré constar en el informe tal cual.

—No, no —dijo Blaustein—, eso sería inexacto. Era mi paciente y estaba bajo mi responsabilidad. En cualquier caso, no habría vivido otra semana más. Desde que inventó el proyector, se había convertido en un hombre agonizante.

—¿Ha de pasar todo esto a los ficheros del FBI? —dijo Grant—. ¿No podemos dejar caer el olvido sobre su locura?

—Me temo que no, doctor Grant —dijo Darrity.

—Le he contado la historia completa —dijo Blaustein con tristeza.

Grant miró a uno y otro.

—Hablaré con el director —dijo—. Iré hasta el presidente, si es necesario. No veo necesidad de mencionar locura o suicidio. Conseguiré plena publicidad como inventor del proyector de campo. Es lo único que podemos hacer por él. —La expresión de su boca anunciaba resolución.

—Dejó una nota —dijo Blaustein.

—¿Una nota?

Darrity sacó un pedazo de papel y comentó:

—Los suicidas lo hacen siempre. Esta es la única razón por la que el doctor me habló sobre lo que realmente mató a Ralson.

La nota estaba dirigida a Blaustein y decía:

«Como había previsto, el proyector funciona. El convenio ha expirado. Ustedes lo han conseguido y ya no me necesitan para nada más. De modo que me voy. Ya no tiene por qué entristecerse por el destino de los hombres, doctor. Estaba usted en lo cierto. Nos han cultivado durante demasiado tiempo; nos han dado demasiadas oportunidades. Ahora estamos fuera de cultivo y no serán capaces de detenernos. Lo sé. Es todo cuanto puedo decir. Que lo sé».

Había firmado con su nombre rápidamente y luego, en una esquina inferior, había garrapateado una línea fuera de lugar:

«A condición de que bastantes hombres sean resistentes a la penicilina».

Grant hizo un gesto para coger el papel, pero Darrity extendió la mano con premura.

—Para los archivos, doctor —dijo.

Grant se lo devolvió.

—¡Pobre Ralson! —exclamó—. Murió creyendo en toda esa basura.

—Así fue —asintió Blaustein—. Ralson tendrá un gran funeral, imagino, y las noticias sobre su invento serán publicadas sin la menor alusión a la locura o al suicidio. Pero los hombres del gobierno estarán interesados en sus locas teorías. Tal vez no sean tan dementes, ¿no, Mr. Darrity?

—Eso es ridículo, doctor —dijo Grant—. Ningún otro científico en activo ha manifestado tanta inquietud sobre todo esto.

—Dígaselo, Mr. Darrity —dijo Blaustein.

—Ha habido otro suicidio —dijo Darrity—. No, no se trata de ningún científico. De nadie con graduación. Ocurrió esta mañana y nosotros investigamos porque pensamos que podría haber alguna conexión con la prueba de hoy. No pareció haber ninguna y lo dejamos hasta que la prueba fue llevada a cabo. Sólo ahora parece que hay una conexión efectiva.

»El que murió era un tipo con esposa y tres chicos. No tenía ninguna razón para morir. No había la menor enfermedad mental en su historia. Se arrojó a las ruedas de un coche. Tenemos testigos y es cierto que ése fue su propósito. No murió instantáneamente y pudo ser atendido por un médico. Estaba terriblemente destrozado, pero aún pudo balbucir algunas palabras: “Me siento mucho mejor ahora”, dijo y, acto seguido, murió.

—Pero, ¿quién era? —gruñó Grant.

—Hal Ross. El tipo que dirigió la construcción del proyector. El que tenía su oficina justamente aquí.

Blaustein se acercó a la ventana. El cielo de la tarde comenzaba a oscurecer y a presagiar el brillo de las estrellas.

—Ese hombre nada sabía sobre las opiniones de Ralson —dijo—. Nunca había hablado con él. Mr. Darrity me lo dijo. Los científicos son probablemente resistentes como un conjunto dado. O se obligan a apartarse de la profesión o son apartados de cualquier forma. Ralson fue una excepción, un sensible a la penicilina que insistió en quedarse. Usted ha visto lo que le ocurrió. Pero, ¿y acerca de los otros? ¿Aquellos otros que han quedado en los caminos de la vida, donde no hay una constante selección de los hombres sensitivos? ¿Cuántos, entre toda la humanidad, son resistentes a la penicilina?

—¿Cree usted en Ralson? —preguntó Grant horrorizado.

—No lo sé.

Blaustein miró las estrellas.

¿Incubadoras?



# SALLY

Al mencionar la consulta psicoanalítica en la introducción a *Alternativas*,<sup>[3]</sup> sin duda me referí a los colegas que analizan relatos según la moda freudiana.

Dados un molde freudiano de pensamiento y la suficiente ingenuidad, creo posible trasladar cualquier serie de palabras (racional, irracional o absurda) hasta el simbolismo sexual y ponerse luego a parlotear marisabidillamente sobre el inconsciente del escritor.

Lo he dicho otras veces y volveré a decirlo. No sé lo que es mi inconsciente, ni me importa. Ni siquiera tengo la seguridad de poseer uno.

Me han contado que los contenidos del inconsciente de uno pueden alterar su personalidad, la que sólo puede enderezarse mediante el preciso estudio de los factores mentales ocultos bajo la guía de un analista.

Quizá sea así, pero lo único que considero digno de tratamiento psicoanalítico es mi compulsión a escribir. Quizá si vacunara mi mentalidad y expulsara tal compulsión, emplearía más tiempo durmiendo al sol o jugando al golf, o lo que suele hacer la gente que no tiene nada mejor que hacer.

Claro que, vistos los resultados, no quiero tal cosa, gracias. Lo sé todo acerca de mi compulsión, me gusta e intento conservarla. La oportunidad de dormir al sol y de jugar al golf se la reservo al que quiera aceptarla.

De modo que espero que nadie se ponga a psicoanalizar mis relatos y me venga con una completa explicación de mis compulsiones, recuerdos y neurosis y espere además que me muestre lacrimosamente agradecido. No estoy en el mercado. No me interesa el significado oculto de mis historias. Si alguien lo encuentra, que se quede con él.

Esto me condujo a *Sally*. Es bien sabido que el varón estadounidense ama su coche con pasión pseudosexual, y, ¿quién soy yo para ser un no-estadounidense?

Cualquiera que lea *Sally* puede advertir que siento una profunda atracción por la heroína de la historia, lo que seguramente refleja algo de mi propia vida. Hacia el final del relato Sally hace algo que permitirá al freudiano aficionado sostener un día de campaña (Encuéntrenlo ustedes mismos, no es muy difícil). El simbolismo sexual está a la orden del día y el psicoanalista podrá reírse a gusto para sí mismo con lo que sin duda está seguro existe en mi inconsciente.

Sólo que se habrá equivocado de medio a medio, porque nada ha sido deslizado por mi inconsciente. Todo fue introducido cuidadosa y deliberadamente por mi conciencia, y ello porque así lo quise.

Sally bajaba por la carretera del lago y yo la saludé con la mano y la llamé por su nombre. Siempre me gusta ver a Sally. Me gusta ver a todo el mundo, pero Sally es la cosa más linda de los alrededores. Ni que decir tiene que no discutiré sobre esto.

Al ver mi saludo, ella apretó el paso. Nada indecoroso. Nunca hacía nada parecido. Simplemente su aceleración evidenciaba su alegría de verme.

Me volví hacia el hombre que se encontraba a mi lado.

—Es Sally —dije.

Me sonrió y asintió.

Me lo había traído la señora Hester.

—Este es el señor Gellhorn, Jake —dijo ella—. Recuerda que te envió una carta solicitándote una entrevista.

Lo que quería era hablar. Tengo un millón de cosas que hacer en la Granja y una de ellas consiste en no gastar mi tiempo con el correo. He aquí por qué tengo a la señora Hester. Vive en las cercanías, me atiende sin aturdirme y le gusta Sally. A algunas personas no.

—Encantado de verlo, señor Gellhorn —dije.

—Raymond J. Gellhorn —dijo y me alargó una mano.

Era un tipo grande, media cabeza más alto que yo y también más ancho. Tendría aproximadamente la mitad de mi edad, la treintena. Su cabello era negro, echado hacia atrás y raya en medio. Exhibía un delgado bigote. Su mandíbula inferior era excesivamente sobresaliente bajo las orejas y le hacía parecer como si tuviera paperas. En una película de televisión haría a las mil maravillas el papel de villano, de modo que yo asumí el papel de héroe. Sirvió para mostrar que no siempre se equivoca la televisión en la selección de papeles.

—Soy Jacob Folkers —dije—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Sonrió amablemente. Su sonrisa era inmensa, amplia, salpicada de immaculados dientes.

—Me gustaría hablarle de su Granja, si no le molesta.

Oí cómo Sally llegaba hasta donde estábamos y, de espaldas, le tendí una mano. Se aproximó hasta ella y pude sentir en mi palma el duro y brillante esmalte de su cálido guardabarros.

—Un hermoso automóvil —dijo Gellhorn.

Era una forma de decirlo. Sally era un convertible 2045, con un motor positrónico Hennis-Carleton y chasis Armat. Poseía las líneas más puras y delicadas que jamás viera en ningún otro modelo. Durante cinco años había sido mi favorita y llevaba en su interior cuantas cosas fuera capaz de soñar. En todo ese tiempo ningún ser humano había estado sentado detrás de su volante.

Ni una sola vez.

—Sally —dije palmoteándola con gentileza—, te presento al señor Gellhorn.

El ronroneo del motor de Sally se excitó un poco. Escuché cuidadosamente esperando algún golpeteo. Poco antes había estado escuchando el ruido del motor de

casi todos los coches y al cambiarle la gasolina no había protestado lo más mínimo. Sally era tan suave esta vez como los colores que la cubrían.

—¿Pone usted nombre a todos sus coches? —preguntó Gellhorn.

Hubo un tono divertido en su voz y a la señora Hester no le gusta la gente cuyo tono evidencia alguna chanza particular contra la Granja. De modo que ella dijo cortante:

—Por supuesto. Los coches tienen personalidad real, ¿verdad, Jake? Los sedanes son todos varones y los convertibles hembras.

—¿Los guardan ustedes —dijo Gellhorn sonriendo— en garajes separados, señora?

La señora Hester se quedó mirándolo.

—Ahora —prosiguió Gellhorn, dirigiéndose a mí—, quisiera preguntarle, señor Folkers, si podríamos hablar a solas.

—Eso depende —dije—. ¿Es usted periodista?

—No, señor. Soy agente de ventas. Nada de cuanto hablemos tiene por qué hacerse público. Le aseguro que mi interés es estrictamente privado.

—Caminemos un poco por la carretera. Hay allí un banco en el que podemos sentarnos.

Echamos a andar. La señora Hester se alejó. Sally se deslizó suavemente tras nosotros.

—No le importa que Sally nos siga, ¿verdad? —dije.

—No, no. Ella no puede repetir cuanto digamos, ¿no cree? —Se rió de su propia broma, se giró y frotó la rejilla de Sally.

Sally aceleró su motor y Gellhorn apartó la mano rápidamente.

—No suele tratar con extraños —expliqué.

Nos sentamos en el banco situado bajo un gran roble y desde allí contemplamos la carretera privada en torno al pequeño lago. Era el momento más caluroso del día y los coches abundaban, divisando por lo menos hasta treinta de ellos. Incluso a esta distancia podía ver que Jeremiah estaba practicando sus acrobacias habituales, moviéndose a hurtadillas a espaldas de algún severo modelo más viejo, para después adelantarlos con roncós rugidos. Dos semanas antes había lanzado fuera del asfalto a un viejo Angus y me había visto obligado a desconectar su motor durante dos días.

Mucho me temo que aquello no había servido de nada y parecía que no se podía hacer nada al respecto. De entrada, Jeremiah es un modelo deportivo, y tal especie se calienta rápidamente los cascos.

—Bien, señor Gellhorn —dije—. ¿Podría decirme por qué quiere la información? No obstante, él se mantenía mirando a su alrededor.

—Este es un lugar asombroso, señor Folkers —dijo.

—Preferiría que me llamara Jake. Todo quisque lo hace.

—De acuerdo, Jake. ¿Cuántos coches tiene aquí?

—Cincuenta y uno. Cada año conseguimos uno o dos más. Un año obtuvimos

cinco. Todavía no hemos perdido ninguno. Todos se encuentran en perfecto estado. Tenemos hasta un modelo 2015 Mat-O-Mot en perfectas condiciones de funcionamiento. Un automático original. Fue el primero de cuantos aquí hay.

El bueno y viejo Matthew. Ahora se pasaba en el garaje casi todo el tiempo, aunque era el abuelito de todos los coches de motor positrónico. Fueron tiempos en que sólo los ciegos veteranos de guerra, estadistas y parapléjicos tenían acceso a los coches de conducción automática. Pero mi jefe era Samson Harridge, un tipo lo bastante rico como para conseguir uno. Fui su chófer por aquellos días.

El recuerdo me hizo sentirme viejo. Puedo recordar los tiempos en que no había aún ningún automóvil con cerebro capaz de encontrar el camino de casa. Fui chófer de muertos conglomerados de maquinaria que a cada minuto exigían la mano del hombre en sus controles. Máquinas tales solían matar cada año miles de personas.

Los coches automáticos eliminaron esa posibilidad. Un cerebro positrónico puede reaccionar mucho más velozmente que un cerebro humano, naturalmente, y permite que los conductores no estén continuamente al tanto de los controles. Uno se sube al auto, pulsa el lugar de destino y se deja llevar.

Ahora lo damos por sentado, pero recuerdo cuando fueron emitidas las primeras leyes que apartaban los viejos vehículos de las autopistas para dejar paso únicamente a los automáticos. Señor, qué batallas. Las leyes fueron llamadas de todo, desde comunistas hasta fascistas, pero las autopistas se vaciaron y las muertes por accidente automovilístico cesaron y la gente fue incorporándose poco a poco a la nueva modalidad.

Claro, los automáticos eran de diez a cien veces más caros que los manuales, y no había muchos que pudieran conseguir un vehículo privado. La industria automovilística se especializó en la fabricación de autobuses automáticos. Uno tenía opción a llamar a una compañía y obtener en cosa de minutos una parada particular en la puerta de su casa y un vehículo que lo llevaría adonde quisiera ir. Claro, uno tenía que embarcarse entonces con otra gente que coincidiera con la propia ruta, pero aquello no importaba demasiado.

El caso fue que Samson Harridge tenía un coche privado y yo lo conducía siempre. Por entonces no era todavía Matthew. Aún no sabía que iba a convertirse en el decano de la Granja algún día. Tan sólo sabía que suplía gran parte de mi trabajo y yo lo odiaba por eso.

—¿No me necesita usted para nada más, señor Harridge? —dije.

—¿Qué estás tramando, Jake? No pensarás que voy a confiar en un artilugio como ése, ¿eh? Permanecerás ante los mandos.

—Pero si funcionan por sí mismos, señor Harridge —dije—. Explora la carretera, reacciona debidamente ante los obstáculos, seres humanos y otros coches, y recuerda las rutas que debe seguir.

—Eso dicen. Eso dicen. Por eso mismo permanecerás sentado tras el volante por si algo va mal.

Curioso y divertido cómo puede llegar a gustarle a uno un coche. En poco tiempo ya lo llamaba Matthew y empleaba todo mi tiempo en limpiarlo. Un cerebro positrónico permanece en las mejores condiciones cuando se obtiene el dominio de su chasis todo el tiempo, lo que significa que vale la pena mantener lleno el tanque del gas a fin de hacer girar el motor lentamente día y noche. Al cabo de un rato y según el ruido del motor, yo era capaz de decir cómo se sentía Matthew.

También Harridge, a su modo, le cogió afición a Matthew. No tenía a nadie sobre quien volcar su cariño. Había sobrevivido a (o divorciado de) tres esposas y sobrevivido a cinco hijos y tres nietos. Así que, cuando murió, no fue muy sorprendente que hubiera convertido su hacienda en una Granja para Automóviles Retirados, conmigo al frente y Matthew como primer miembro de una distinguida dinastía.

Aquello cambió el rumbo de mi vida. Nunca contraí matrimonio. Uno no puede compartir el matrimonio con el cuidado de los automáticos.

Los periódicos pensaron que era divertido, pero después de un tiempo cesaron de cachondearse. Hay cosas sobre las que uno no puede bromear. Tal vez uno no pueda darse el lujo de tener un automático o tal vez ni se le ocurra, pero desde mi perspectiva uno puede llegar a amarlos. Han trabajado duramente y con afecto. Y a menudo uno ve cómo un hombre sin corazón los maltrata.

Así, si observo que un coche no ha obtenido un buen trato, me las arreglo para que el propietario lo deje en la Granja.

Le expliqué esto a Gellhorn.

—¡Cincuenta y un coches! Eso representa mucho dinero.

—Lo mínimo, cincuenta mil por automático, inversión original —dije—. Valen ahora mucho dinero. He hecho cosas por ellos.

—Debe costar mucho dinero sostener la Granja.

—Cierto. La Granja no es una organización rentable, lo que nos proporciona una disminución de tasas y, claro, los nuevos automáticos que entran tienen embargados por lo común los fondos en depósito. No obstante, los costes siempre están en alza. Tengo que conservar el lugar, asfaltar nuevos terrenos y reparar los ya asfaltados; también está la gasolina, el aceite, las averías y otros chismes. Todo esto incrementa los gastos.

—Debe usted emplear mucho tiempo en ello.

—Así ha sido, señor Gellhorn, durante treinta y tres años.

—No parece que haya obtenido usted mucho de esto.

—¿Usted cree? Me sorprende, señor Gellhorn. He obtenido a Sally y a cincuenta otros. Mírela.

Yo estaba sonriendo. Pero no podía remediarlo. Sally era tan limpia que casi hería con su limpieza. Algún insecto o alguna mota de polvo debía haberse estrellado contra su parabrisas y Sally estaba ahora remediándolo.

Un pequeño tubo sobresalía y lanzaba tergosol contra el cristal. Se desparramó

rápidamente sobre la superficie de silicona y al instante saltaron los rodillos secadores, deslizándose sobre el parabrisas y forzando al agua a deslizarse hasta los canales inferiores que la arrastraban hasta el suelo. Ni una mínima partícula de agua quedó sobre el capó que brillaba con tonos de manzana verde. El tubo de detergente y los rodillos retrocedieron y acabaron por desaparecer.

—Nunca vi que un automático hiciera eso —dijo Gellhorn.

—Supongo que no —dije—; es una particularidad que he impuesto a nuestros coches. Son limpios ante todo. Siempre vigilan sus cristales. Les gusta hacerlo. Incluso he conseguido que Sally se dé brillo con surtidores de cera. Se pulimenta todas las noches hasta que uno puede verse reflejado y afeitarse sobre cualquier porción de su superficie. Cuando puedo malgastar el dinero, lo hago con el resto de las chicas. Los convertibles son muy vanidosos.

—Puedo indicarle cómo tener dinero para malgastar, si es que le interesa.

—Nunca viene mal. ¿Cómo?

—¿No es obvio, Jake? Usted dijo que cualquiera de sus coches vale como mínimo cincuenta mil. Seguro que por muchos de ellos obtendría incluso hasta sesenta mil.

—¿Usted cree?

—Sólo falta que se decida a vender unos cuantos.

—Creo que no se ha dado usted cuenta —dije negando con la cabeza—, pero yo no quiero vender ninguno. Pertenecen a la Granja, no a mí.

—El dinero iría a parar a la Granja.

—Los artículos de la constitución de la Granja estipulan que los coches deben recibir cuidado perpetuo. No pueden ser vendidos.

—¿Qué hay entonces sobre los motores?

—No comprendo.

Gellhorn cambió de postura y su voz se volvió confidencial.

—Escúcheme, Jake, permítame explicarle la situación. Un gran mercado se abre para los automáticos privados con la condición de que se abaraten un poco. ¿Cierto?

—Eso no es ningún secreto.

—Y el noventa y cinco por ciento de lo que incrementa los costos se encuentra en el motor, ¿cierto? Ahora bien, sé dónde podemos conseguir un suministro de carrocerías. Y también sé dónde podemos vender los automáticos a buen precio, a veinte o treinta mil los modelos más baratos y quizá a cincuenta o sesenta los mejores. Todo cuanto yo necesito es el motor. ¿Ve la solución?

—No, señor Gellhorn. —La veía pero no quería venderle nada.

—Es sencillísima. Usted tiene cincuenta y uno. Usted es un experto mecánico, Jake. Debe serlo. Usted puede desenganchar un motor y ubicarlo en otro coche de manera que nadie advirtiera la diferencia.

—Eso es poco ético.

—Usted no perjudicaría a los coches. Les estaría haciendo un favor. Utilice sus

coches más viejos. Utilice ese viejo Mat-O-Mot.

—Mire, escuche, poco a poco, señor Gellhorn. Motores y carrocerías no son dos cosas separadas. Componen una unidad. Los motores son usados por y para sus propias carrocerías. No serían felices en otro coche.

—Perfecto, ésa es una cuestión. Es una cuestión muy buena, Jake. Sería como tomar su propio cerebro y trasladarlo a cualquier otro cráneo. ¿Me equivoco?

—No creo que lo hiciera. No.

—Pero, ¿y si cogiera su cerebro y lo pusiera en el cuerpo de un joven atleta? ¿Qué me dice a eso, Jake? Usted ya no volverá a ser joven. Si se le presentara la oportunidad, ¿no le gustaría recuperar veinte años? Eso es lo que les ofrezco a unos cuantos de sus motores positrónicos. Serán puestos en nuevas carrocerías modelo 2057. La más moderna construcción.

Me reí.

—Eso no tiene mucho sentido, señor Gellhorn. Algunos de nuestros coches pueden ser viejos, pero están muy bien cuidados. Nadie los ha conducido. Han seguido su propio camino. Se han *retirado*, señor Gell-horn. No me gustaría poseer un cuerpo de veinte años si ello significara cavar zanjas por el resto de mi nueva vida sin tener nunca bastante para comer... ¿Qué te parece a ti, Sally?

Las dos puertas de Sally se abrieron y se cerraron con fuerte trallazo.

—¿Qué es eso? —dijo Gellhorn.

—Es la manera de reírse de Sally.

Gellhorn se esforzó por sonreír. Para mí que lo juzgaba como una mala pasada.

—Sea juicioso, Jake. Los coches están *hechos* para ser conducidos. Probablemente no serán felices si no se les conduce.

—Sally no ha sido conducida en cinco años. Y a mí me parece muy feliz —dije yo.

—Lo dudo.

Se puso entonces en pie y caminó lentamente hacia Sally.

—Hola, Sally. ¿Te gustaría ser conducida?

El motor de Sally lanzó un bufido y retrocedió.

—No la toque, señor Gellhorn —dije—. Su timidez puede resultar peligrosa.

Dos sedanes se encontraban en la carretera a unas cien yardas más allá. Se habían detenido. Quizá, a su manera, observaban. No era yo lo que les llamaba la atención. Aparté de ellos la mirada y la deposité de nuevo sobre Sally.

—Cálmate, Sally —dijo Gellhorn. Cargó entonces y aferró la manija de la portezuela. No se movió, por supuesto.

—Se abrió hace un minuto —dijo Gellhorn.

—Cierre automático —dije—. Sally ha conseguido un cierto sentido de intimidad.

Gellhorn lo dejó estar y luego dijo lenta y deliberadamente:

—Un coche con sentido de la intimidad no iría por ahí con la capota bajada.



Retrocedió tres o cuatro pasos y luego, rápida, precipitadamente, sin que yo pudiera hacer nada por impedirlo, se lanzó, volteó sobre la puerta y penetró de un salto en el interior del coche. Cogió a Sally completamente por sorpresa: mientras penetraba, apagó el encendido antes que ella pudiera colocar la capota en su lugar.

Por vez primera en cinco años el motor de Sally dejó de funcionar.

Creo que grité, pero ya Gellhorn había accionado el funcionamiento «manual». El motor volvió a entrar en acción. Sally volvió a estar viva aunque sin libertad de movimientos.

Gellhorn avanzó por la carretera. Los sedanes todavía estaban allí. Se giraron y apartaron no muy velozmente. Supongo que aquello era un rompecabezas para ellos.

Uno era Giuseppe, de las factorías de Milán, y el otro se llamaba Steve. Siempre estaban juntos. Eran nuevos en la Granja, pero lo bastante veteranos como para saber que nuestros coches no son conducidos por chóferes.

Gellhorn siguió avanzando y cuando los sedanes se dieron cuenta por último de que Sally no iba a decelerar, de que *no podía* decelerar, ya era demasiado tarde para nada que no fuera desesperado.

Se lanzaron uno contra cada costado de Sally, y Sally se pasó por entre ambos como un rayo. Steve rompió la baranda de la orilla del lago y rodó hasta un montón de hierba apenas a seis pulgadas del borde del agua. Giuseppe zumbó hasta la cuneta deteniéndose finalmente entre sacudidas.

Llevé a Steve hasta la autopista. Intentaba descubrir alguna posible avería causada por la baranda, cuando regresó Gellhorn.

Gellhorn abrió la portezuela de Sally y dio unos pasos fuera. Inclínándose luego, desconectó el encendido por segunda vez.

—Creo que Sally habrá sacado una buena lección.

Contuve mis impulsos.

—¿Por qué arremetió contra los sedanes? —dijo—. No había razón para ello.

—Seguí esperando que se volvieran.

—Y lo hicieron. Uno tuvo que lanzarse contra una baranda.

—Lo siento, Jake —dijo—. Pensé que iban a ser más rápidos. Usted sabe lo que es eso. He ido en muchos autobuses, pero sólo dos o tres veces en un automático. Incluso le diré que ésta es la primera vez que conduzco uno. Creo que lo que ha visto se lo ha demostrado, ¿no? Como le digo, Jake, no tenemos más que ir al veinte por ciento por debajo de los precios usuales para encontrar un buen mercado, obteniendo, claro está, un noventa por ciento de beneficios.

—¿Cómo nos lo partiríamos?

—Mitad y mitad. Yo correré todos los riesgos, recuérdelo.

—De acuerdo. Ya lo he estado escuchando a usted. Ahora escúcheme usted a mí. —Alcé la voz porque estaba ya demasiado ofuscado para mantener mi sentido de la educación—. Cuando se permitió apagar el motor de Sally, le hizo usted daño. ¿Cómo le sentaría ser coceado inadvertidamente? Porque eso y no otra cosa es lo que

hizo a Sally al apagarla.

—Exagera, Jake. Los autobuses automáticos eran apagados todas las noches.

—Claro, y he ahí por qué no quiero a ninguno de mis chicos y chicas dentro de sus flamantes carrocerías modelo 2057: porque no sé qué trato recibirán. Los autobuses necesitan grandes reparaciones casi cada dos años en sus circuitos positrónicos. Los circuitos del viejo Matthew no han sido tocados en veinte años. ¿Qué puede usted ofrecerles que pueda compararse a eso?

—Bueno, usted está ahora excitado. Supongo que volverá a pensárselo una vez se haya calmado y entonces querrá volver a verme.

—Ya he pensado cuanto tenía que pensar. Si vuelvo a verlo por aquí llamaré a la policía.

Su boca se endureció.

—Espere un minuto, so anticuado.

—Ni un minuto ni nada. Esta es una propiedad privada y le estoy ordenando que se largue.

—Bueno, adiós entonces —dijo encogiéndose de hombros.

—La señora Hester lo acompañará hasta el límite de la propiedad —dije—. Haga de su adiós una despedida definitiva.

Pero no fue definitiva. Lo volví a ver al cabo de dos días. Dos días y medio, mejor dicho, porque la primera vez que lo vi era mediodía y un poco después de medianoche cuando lo vi de nuevo.

Me senté en la cama y encendí la luz, frotándome los ojos hasta percatarme de lo que estaba ocurriendo. Cuando me percaté no hubo exceso de explicaciones. Antes bien, no hubo la menor explicación. Llevaba una pistola en la mano derecha, el extremo del cañón apenas visible dentro de sus dedos cerrados. Sabía que todo cuanto tenía que hacer era aumentar la presión de su mano y yo quedaría reventado.

—Vístase, Jake —dijo.

No me moví. Tan sólo me lo quedé mirando.

—Escuche, Jake, sé cuál es la situación. Lo visité hace un par de días, recuérdelo. Sé que no hay vigilantes, ni alambradas electrificadas ni señales de alarma. Nada.

—No necesito nada de eso —dije—. Si nada le ha impedido entrar nada le impide salir, señor Gellhorn. Es lo que yo haría si fuera usted. Este lugar puede ser muy peligroso.

Se rió brevemente.

—Y lo es para quien está frente a una pistola.

—Sí —dije—, ya veo que tiene una.

—Entonces, muévase. Mis hombres esperan.

—No, señor Gellhorn. No, en tanto usted no me diga lo que quiere; y ni siquiera entonces.

—Anteayer le hice una propuesta.

—La respuesta sigue siendo no.

—Hay algo que añadir ahora a la propuesta. He venido hasta aquí con algunos hombres y un autobús automático. Tiene usted la oportunidad de venir conmigo y desconectar veinticinco motores positrónicos. No importa cuáles fueren esos veinticinco. Los trasladaremos al autobús y nos los llevaremos. Una vez sean utilizados, procuraré que usted obtenga su parte del dinero.

—Supongo que usted me dará su palabra de que será así.

Su actitud no fue la de un hombre que se enfrenta al sarcasmo.

—Se la doy.

—No —dije.

—Si insiste en negarse, lo haremos a nuestro modo. Desconectaré los motores por mí mismo, sólo que desconectaré los cincuenta y uno. Todos.

—No es fácil desconectar un motor positrónico, señor Gellhorn. ¿Es usted experto en robots? Y aunque lo fuera, usted sabe que esos motores han sido modificados por mí.

—Ya sé eso, Jake. Y a decir verdad no soy ningún experto. Puedo estropear algunos al intentar sacarlos. He ahí porqué tendré que desconectar los cincuenta y uno si usted no coopera. Porque al terminar puedo muy bien encontrarme sólo con veinticinco servibles. Los primeros que coja serán los que más sutran. Y el primero de todos será Sally.

—No puedo creer que hable usted en serio, señor Gellhorn —dije.

—Muy en serio, Jake —dijo con un gesto de su mano—. Si quiere ayudarnos, protegerá a Sally. De lo contrario, se verá expuesta a correr serios peligros. Lo siento.

—Iré con usted —dije—, pero quiero advertirle de nuevo. Se verá en líos, señor Gellhorn.

Sin duda pensó que la situación era divertida. Se reía tranquilamente cuando bajamos juntos las escaleras.

Un automatobús esperaba fuera de la carretera que llevaba hasta los garajes compartimentados. A su lado se veía la sombra de tres hombres, que encendieron linternas cuando nos aproximamos.

—He traído al viejo —dijo Gellhorn en voz baja—. Vamos. Dadle a los mandos y comencemos.

Uno de los otros se agachó sobre el panel de control y pulsó las oportunas instrucciones. Nos deslizamos por la carretera, seguidos por el sumiso automatobús.

—No podrá entrar en el garaje —dije—. La puerta no es lo bastante grande. Nunca hemos tenido autobuses, sólo coches privados.

—De acuerdo —dijo Gellhorn—. Dejadlo a un lado del camino y mantenedlo fuera de la vista.

Cuando estuvimos a diez yardas del garaje pude ya oír el ronroneo de los motores.

Por lo común descendían el ruido cuando entraba en el garaje. Pero esta vez no lo hicieron. Pienso que advertían la presencia de extraños, pensamiento corroborado por el repentino aumento del ruido una vez se hicieron visibles las caras de Gellhorn y los otros tres.

Mientras caminábamos por el interior del garaje las luces se encendieron automáticamente. Gellhorn no pareció molestarse por el ruido de los coches, pero los otros tres hombres daban la sensación de mostrarse sorprendidos y a disgusto. Tenían aspecto de matones a sueldo, aspecto que no resultaba de la suma de sus caracteres físicos propiamente, sino más bien de detalles como la mirada cauta y la faz perruna. Me los tenía muy vistos, de modo que no lo sentí por ellos.

—Condenación —dijo uno de ellos—, están dándole al gas.

—Mis coches siempre lo hacen —dije.

—No esta noche —dijo Gellhorn—. Apáguelos.

—No es cosa fácil, señor Gellhorn —dije.

—¡Venga! —dijo.

Su pistola me apuntaba directamente.

—Le repito, señor Gellhorn —dije—, que mis coches han sido bien tratados mientras han permanecido en la Granja. Han sido tratados así y se resentirían de serlo de otra forma.

—Tiene un minuto —dijo—. Suélteme sus conferencias en cualquier otro momento.

—Estoy tratando de explicárselo. Mis coches pueden entender cuanto les digo. Un motor positrónico aprendería a hacerlo con tiempo y paciencia. Mis coches lo han aprendido. Sally entendió su propuesta de hace un par de días. Recordará usted que ella se rió cuando le pedí su opinión. También supo lo que quiso hacer con ella, e igualmente los sedanes que usted arrolló. Y el resto, el resto también sabe lo que hacer con los intrusos.

—Mire, viejo loco rematado...

—Todo cuanto tengo que hacer es decir... —alcé la voz—: ¡Cogedlos!

Uno de los hombres se volvió y lanzó un grito, pero su voz fue amortiguada por el ruido de cincuenta y un motores tronando a un tiempo. Entre las cuatro paredes del garaje estalló un fragor de ecos y salvajes gritos metálicos. Dos coches se lanzaron hacia delante, sin prisas pero sin posible error en cuanto a su destino. Otros dos rodaron tras los primeros. Todos los coches comenzaron a emerger de sus compartimentos.

Los matones avanzaron, luego retrocedieron.

—No los aplastéis contra la pared —grité.

Al parecer, ya poseían este pensamiento instintivo. Fueron evolucionando hasta enfilarse hacia la puerta del garaje.

En la puerta se volvió uno de los hombres de Gellhorn y alzó una minúscula pistola. El afilado cañón lanzó un delgado y azulado relámpago contra el primer coche. El coche era Giuseppe.

De su capó saltó una fina línea de pintura y la mitad derecha de su parabrisas se resquebrajó aunque sin romperse del todo.

Los hombres habían cruzado el umbral y corrían perseguidos por los coches alineados en fila de a dos.

Cogí a Gellhorn por el codo, aunque creo que en ningún caso se hubiera movido. Sus labios temblaban.

—He ahí por qué no tenía necesidad de vigilantes o de electrificación de alambradas. Mi propiedad se protege a sí misma.

Los ojos de Gellhorn permanecían desmesuradamente abiertos por la fascinación.

—¡Son máquinas asesinas!

—No sea bobo. No quieren matar a sus hombres.

—¡Son máquinas asesinas!

—Se contentarán con dar una lección a sus hombres. Mis coches han sido entrenados para una persecución a campo a través para ocasiones como ésta; creo que lo que sacarán sus hombres será peor que una muerte rápida. ¿Ha sido usted cazado alguna vez por un automóvil?

Gellhorn no respondió.

—Serán sombras no más rápidas que sus hombres —proseguí—, los cazarán aquí, los bloquearán allá, los atropellarán allí, los deslumbrarán acullá, y por todos lados correrán perseguidos por el zumbido de un motor. Y continuarán así hasta que sus hombres caigan, sin respiración y medio muertos, bajo las ruedas esperando ser aplastados. Pero los coches no lo harán. Se darán la vuelta y regresarán. Puedo apostarle, sin embargo, a que sus hombres no vuelven por aquí en lo que les queda de vida. Ni por todo su dinero de usted, ni por diez veces el que les habría dado. Escuche...

Le di un empujón y pareció ponerse a escuchar.

—¿No oye el ruido de las puertas de los coches? —dije.

En la distancia era lejano aunque inconfundible.

—Se están riendo —proseguí—. Se están divirtiendo.

La cara de Gellhorn se encogió de rabia. Se desasí de mi presión. Todavía empuñaba su pistola.

—Yo no lo haría. Aún hay un automático con nosotros.

No creo que notara a Sally hasta entonces. Ella se había deslizado demasiado suavemente. Aunque su guardabarros delantero derecho me estaba tocando, no podía oír su motor. Sin duda había estado conteniendo la respiración.

Gellhorn gritó.

—No lo tocará —dije— mientras yo esté con usted. Pero si usted me mata... Ya lo sabe, usted no le gusta a Sally.

Gellhorn volvió la pistola en dirección a Sally.

—Su motor es blindado —dije—, y antes de que utilice la pistola por segunda vez, estará encima de usted.

—De acuerdo, entonces —chilló y repentinamente mi brazo fue torcido y doblado contra mi espalda en dolorosa posición. Me situó entre él y Sally pero su presión no cedió. Dijo—: Retroceda conmigo y no intente escapar, vejestorio, o le sacaré el brazo de su sitio.

Comencé a moverme. Sally marchó con nosotros, estristecida y sin saber qué hacer. Intenté decirle algo pero no pude. Sólo podía apretar los dientes y gemir.

El automatobús de Gellhorn se encontraba todavía donde fue dejado. Fui forzado a entrar. Gellhorn saltó tras de mí y cerró las puertas.

—Bueno —dijo—. Ahora hablaremos con sensatez.

Yo me frotaba el brazo, intentando devolverle la agilidad, y mientras lo hacía, automáticamente y sin ningún esfuerzo consciente, estudiaba el tablero de control del autobús.

—Esto es una reconstrucción —dije.

—¿Usted cree? —dijo cáusticamente—. Es sólo una muestra de mi trabajo. Recogí un chasis, encontré un cerebro que pudiera usar y me construí un autobús privado. ¿Qué le parece?

Me lancé sobre el reparado panel, forzándolo hacia un lado.

—Qué mierda, ¡quítese de ahí! —El canto de su mano me cayó súbitamente sobre mi hombro izquierdo.

—No quiero hacerle ningún daño a su autobús —dije volviéndome hacia él—. ¿Qué clase de persona cree usted que soy? Sólo quiero echar una mirada a algunas de las conexiones del motor.

No me llevó mucho tiempo. Apenas lo había mirado, me giré:

—Es usted un podenco y un hijo de puta. Usted no tuvo derecho a instalar este motor por sí mismo. ¿Por qué no empleó un hombre que supiera de esto?

—¿Tengo pinta de loco? —dijo.

—Aunque fuera un motor robado no tenía derecho a tratarlo así. Yo no trataría a un hombre de la manera en que usted ha tratado este motor. Soldaduras, precintos y grapas, ¡Qué brutalidad!

—Funciona, ¿eh?

—Claro que funciona pero debe ser el infierno para el autobús. También usted viviría con migrañas y artritis agudas, aunque no durase mucho. Este coche está *sufriendo*.

—¡Cállese! —Por un momento miró a Sally a través de la ventana, viendo que se acercaba al autobús tanto como podía. Se aseguró de que puertas y ventanas estaban cerradas.

—Ahora vamos a largarnos de aquí antes de que los otros coches vuelvan.

—¿Cree que eso le servirá?

—A sus coches se les acabará el combustible algún día, ¿no? Usted no les ha enseñado a llenarse el tanque por sí solos, ¿verdad que no? Pues bien, regresaremos entonces y terminaremos lo empezado.

—Ellos me buscarán —dije—. La señora Hester llamará a la policía.

Pero Gellhorn estaba más allá de todo razonamiento. El autobús arrancó y se puso en movimiento, seguido de Sally.

—¿Qué puede hacer ella estando usted aquí conmigo?

También Sally parecía darse cuenta de esto. Aumentó su velocidad, nos adelantó y desapareció. Gellhorn abrió la ventanilla más cercana a él y escrutó el exterior.

Las luces del autobús iluminaban la carretera. Gellhorn disminuyó las luces exteriores hasta el punto de que la brillante y verde raya que dividía la autopista bajo la luz de la luna era cuanto nos protegía de los árboles. Casi no había tráfico. Dos coches se cruzaron con nosotros y ni uno sólo pudimos distinguir marchando en nuestro sentido, ni delante ni detrás.

Fui el primero en oír el golpeteo de las portezuelas. Rápido y cortante en el silencio, primero a la derecha y luego a la izquierda. Las manos de Gellhorn se agitaron mientras aumentaba la velocidad. Un rayo de luz emanó de un cúmulo de árboles y nos cegó momentáneamente. En otro lugar del frente surgió un segundo haz. A unas cuatrocientas yardas delante de nosotros estalló un chillido de un claxon mientras un vehículo se cruzaba en nuestro camino.

—Sally fue por el resto —dije—. Creo que está usted rodeado.

—¿Y qué? ¿Qué pueden hacer?

Se inclinó sobre los mandos, escudriñando a través del parabrisas.

—Y no intente nada, vejstorio —murmuró.

No podía. Tenía los huesos destrozados; mi brazo izquierdo me ardía. Ruidos de motores fueron aproximándose. Pude oírlos perderse en extrañas fórmulas; de pronto me pareció que mis coches se hablaban entre sí.

Un trueno estalló a nuestras espaldas. Me volví y Gellhorn echó una rápida ojeada por el espejo retrovisor. Una docena de coches nos seguían por ambos carriles.

Gellhorn chilló y rió como un demente.

—¡Deténgase! ¡Pare el vehículo! —grité.

Porque a menos de un cuarto de milla delante de nosotros, plenamente visible a la luz de los faros de los dos sedanes apostados en ambas cunetas, estaba Sally cruzada en mitad de la carretera. Dos coches cerraban el carril contrario a nuestra izquierda, marchando a la misma velocidad que nosotros, en previsión de que Gellhorn intentara dar la vuelta.

Pero Gellhorn no tenía intención de dar la vuelta. Apoyó su dedo sobre el acelerador de máxima velocidad y lo hundió hasta el límite.

—Se acabó lo que se daba, carcamal —dijo—. Este autobús pesa cinco veces más que ella y la sacará de la carretera como un minino muerto.

Sabía que podía hacerlo. El autobús funcionaba en posición manual y el dedo de

Gellhorn estaba sobre el botón. Sabía que iba a hacerlo.

Bajé el cristal de una ventanilla y saqué la cabeza.

—Sally —grité—. Apártate del camino. ¡Sally!

Entonces sobrevino un estrépito. Fui arrojado hacia adelante y escuché cómo Gellhorn lanzaba un juramento.

—¿Qué pasa? —dije. Pero era una pregunta estúpida. Nos habíamos detenido. Era todo cuanto pasaba. Sally y el autobús distaban cinco pies entre sí. Amenazada con ser aplastada por un peso cinco veces superior, no se había movido. Agallas que tenía.

Gellhorn manipuló los mandos del funcionamiento manual.

—Tiene que funcionar —murmuró—, tiene que funcionar.

—No con su manera de conectar motores, experto —dije—. Puede haberse estropeado algún circuito.

Me miró con demoledora ira y un rugido se escapó de su garganta. Su cabello le caía sobre la frente. Irguió la mano armada.

—Es el último consejo que me da, vejestorio.

Y supe que su pistola iba a hacer fuego.

Me encogí contra la puerta del autobús, al tiempo que contemplaba cómo se enderezaba su brazo y cuando la puerta se abrió repentinamente, caí a tierra con un seco golpe. Oí cerrarse la puerta de nuevo.

Me puse de rodillas y alcé la mirada para distinguir a Gellhorn que intentaba hacer fuego a través de la cerrada ventanilla. Nunca disparó. El autobús se puso en marcha súbitamente y Gellhorn fue lanzado hacia atrás.

Sally ya no estaba en la carretera y contemplé las luces del autobús perderse locamente por la autopista.

Estaba agotado. Me senté allí mismo, en medio de la autopista, y apoyé la cabeza sobre mis brazos cruzados, intentando regular mi respiración.

Oí que un coche se detenía a mi lado. Alcé la cabeza y vi que se trataba de Sally. Lentamente —amorosamente, debería decirse—, se abrió la portezuela delantera.

Nadie había conducido a Sally durante cinco años —excepto Gellhorn, claro— y sabía cuán valiosa era tal libertad para un coche. Aprecié su gesto aunque dije:

—Gracias, Sally, pero subiré a uno de los más recientes.

Me puse en pie y me di la vuelta pero, con una hábil pirueta, Sally se me puso nuevamente delante. Yo no podía herir sus sentimientos. Entré en ella. Su asiento delantero poseía la fina frescura del automóvil que se mantiene a sí mismo limpio e imaculado. Me tendí sobre él agradecidamente y, en silencio y con rápida eficacia, mis chicos y chicas me llevaron a casa.

La señora Hester me trajo el periódico al día siguiente por la tarde. Estaba muy excitada.

—Es el señor Gellhorn —dijo ella—. El hombre que vino a verlo.

—¿Qué pasa con él?



Temía su respuesta.

—Lo han encontrado muerto —dijo ella—. Imagínese. Muerto en una zanja.

—Pudo haber sido algún otro que se le pareciera —murmuré.

—Raymond J. Gellhorn —replicó ella cortantemente—. No puede haber dos. La descripción también encaja. Señor, qué forma de morir. Se le han encontrado huellas de neumático en brazos y tronco. ¡Imagínese! Afortunadamente se trata de neumáticos de autobús; de lo contrario tal vez se les habría ocurrido pasarse por aquí.

—¿Ocurrió cerca de este lugar? —pregunté.

—No... Cerca de Cooksville. Pero, por Dios, léalo usted mismo si... ¿Qué le ha ocurrido a Giuseppe?

Recibí con gusto la digresión. Giuseppe estaba a mi lado, esperando pacientemente a que terminara la tarea de repintarlo. Le había cambiado el parabrisas.

Cuando se fue la señora Hester, eché un vistazo al periódico. No había la menor duda. El forense dictaminaba que el hombre había estado corriendo y luego caído en estado de total consunción. Me pregunté cuántas millas lo habría llevado el autobús antes de que diera comienzo la carrera final. El artículo no informaba al respecto, claro está.

El autobús había sido localizado e identificado por sus neumáticos. Lo encontró la policía, e intentó seguirle la pista al propietario.

En el periódico había un editorial que también mencionaba el caso. Había sido el primer deceso de tráfico durante aquel año en todo el estado, y se protestaba vigorosamente contra la conducción manual durante la noche.

No vi la menor mención de los tres matones de Gellhorn, por lo que me sentí aliviado. Ninguno de nuestros coches había sido tentado por el placer de la caza con asesinato.

Eso era todo. Dejé caer el periódico. Gellhorn había sido un criminal. Había sido brutal su forma de tratar al autobús. No había la menor duda de que merecía la muerte. Pero aún me resentía por la forma en que ésta había acaecido.

Ha pasado un mes de aquello y no puedo sacármelo de la cabeza.

Mis coches charlan entre ellos. Ya no tengo ninguna duda al respecto. Es como si hubieran ganado confianza; como si ya no les molestara tener que guardar secretos. Sus motores vibran y zumban continuamente.

Y no solamente hablan entre ellos. También se dirigen a los coches y autobuses que entran en la Granja por asunto de negocios. ¿Durante cuánto tiempo lo habrán estado haciendo?

Sin duda, los vehículos extraños les entienden. El autobús de Gellhorn los entendió y eso que apenas estuvo una hora entre ellos. Puedo cerrar los ojos y traer a mi memoria aquella carrera por la autopista, nuestros coches flanqueando el autobús, emitiendo señales con sus motores hasta ser entendidos, conseguir detenerlo, dejarme bajar y emprender nuevamente la carrera con Gellhorn.

¿Le dijeron mis coches que matara a Gellhorn? ¿O fue idea propia?

¿Pueden los coches alimentar tales ideas? Los diseñadores de motores dicen que no. Pero ellos se refieren a condiciones ordinarias. ¿Acaso lo han previsto *todo*?

Los coches adquieren malas costumbres, ya se sabe.

Algunos entran en la Granja y observan. Empiezan a darse cuenta de algunas cosas. Descubren que existen coches cuyos motores no se detienen jamás, cuyos volantes nunca son manejados por nadie, cuyas necesidades son siempre satisfechas.

Quizás entonces van y se lo cuentan a otros. Quizá la voz se propaga con rapidez. Quizá comienzan a pensar que la vida de la Granja debiera ser la vida normal para todo el mundo. No lo comprenden. No se puede esperar que entiendan nada de legados y caprichos de millonarios.

Hay millones de coches sobre la Tierra, decenas de millones. Si tal consideración los lleva a sentirse como esclavos; si comienzan a pensar que deberían hacer algo al respecto... Si reflexionan de la manera en que lo hizo el autobús de Gellhorn...

Tal vez no ocurra mientras no pase un tiempo respetable. Luego, reservarán unos cuantos de nosotros para cuidarlos. Y acabarán con nosotros.

Quizá lo hagan. Quizá deseen hacerlo. Acaso no entiendan que necesitan a alguien para cuidarlos. Tal vez no quieran esperar.

Cada mañana, al levantarme, pienso: Tal vez hoy...

Ya no obtengo tanto placer de mis coches como solía. Recientemente he advertido que comienzo a evitar a Sally.

# REBELIÓN

Supongo que una de las frases lapidarias que pertenecen al acervo común de la humanidad es: «¿Qué ha visto él en ella?» O bien, «¿Qué ha visto ella en él?».

Es una pregunta ridícula porque lo que él ve en ella o ella en él y que tan desapercibido pasa a la observación común debe ser algo así como un no sé qué surgido de no sé dónde.

Pues bien, yo soy de los que preguntan y cuando veo una película en la que la chica se enamora de un fulano que no presenta visibles cualidades, aparte su alta estatura, su listeza, fuerza, valor y una superdotada guapura, me siento predispuesto al disgusto. «¿Qué ve ella en él?», pregunto.

Presionado por mi natural desprecio, no tardo en señalar que tal fulano, con su estatura, listeza, fuerza, valor y superdotada guapura posee invariablemente la capacidad cerebral de un cernícalo. Sus palabras y sus puntos de vista evidencian un cerebro de risa. Es conocido por todos y cada uno (y especialmente por la chica que está intentando disimular la loca pasión que siente por él) como un «gran chicarrón» o, posiblemente, como un «gran patán».

Tales chicarrones y patanes aparecen como imposibilitados para alcanzar el subhumano conocimiento de la más elemental psicología femenina, lo que se agrava al tener en cuenta que son amados y que sólo se enteran al final.

Les digo a ustedes que no puedo aguantarlo. Si yo fuera desafiado a competir por una chica con uno de esos altos y guapetones cretinos, no dudo que perdería, lo que ya me pone enfermo por anticipado. Pero me vengaría a mi modo; jamás un gran chicarrón protagonizaría ninguna de mis historias.

Ahora bien, tal cosa no me ha ocurrido jamás. Ni una ni otra, pues hasta ayer mismo no me creía capaz de introducir patanes en mis relatos. Sin embargo, mi memoria me ha traicionado: cuando acabé de leer *Rebelión* a fin de escribir su introducción correspondiente, me di cuenta con el corazón acongojado y los ojos incrédulos de que ante mí tenía una historia con patán.

¡Santo Dios!

¿Sabe?, no fue culpa nuestra. No teníamos la menor idea de que algo iba mal hasta que llamé a Cliff Anderson y le hablé cuando él no se encontraba allí. Es más, yo no sabía que él no estaba allí, si es que no se había marchado a dar una vuelta mientras yo le estaba hablando.

No, no, no, *no...*

Me parece que no voy a ser capaz de decir esto con exactitud. Estaba demasiado excitado... Bueno, escuche, yo también puedo comenzar por el comienzo. Me llamo Bill Billings; Cliff Anderson es mi hermano. Soy ingeniero eléctrico y él es matemático y ambos estamos en la facultad del Instituto Tecnológico de Midwestern. Ahora ya sabe usted quiénes somos.

Desde que dejamos la mili, Cliff y yo nos pusimos a trabajar con máquinas calculadoras. Ya sabe lo que es eso. Norbert Wiener las popularizó en su libro *Cibernética*. Si ha visto algún grabado que reproduzca alguna, se habrá dado cuenta de que son unos chismes muy grandes. Ocupan toda una pared y son muy complicadas; y muy caras también.

Pero Cliff y yo teníamos ideas. Fíjese, lo que hace que una máquina pensante sea así de grande y de cara es que tiene que estar llena de relevadores y tubos al vacío, para que las microscópicas corrientes eléctricas puedan ser controladas y convertidas en fluctuantes dentro y fuera, aquí y allá. Ahora bien, lo realmente importante son esas pequeñas corrientes eléctricas, de manera...

—¿Por qué no podemos controlar las corrientes —dije una vez a Cliff— sin tanto aparato?

—Porque no, leñe —dijo Cliff, y siguió empollando matemáticas.

Cómo llegamos a estar dos años donde estuvimos no es cosa que importe. Lo que trajo los problemas es lo que hicimos después de acabar. Ocurrió que finalizamos con algo así de alto, más o menos así de ancho y de largo...

No, no. Olvidaba que usted no puede verme. Le daré las medidas. Era más o menos de tres pies de alto, seis de largo y dos de ancho. ¿Lo capta? Su traslado ocupó a dos hombres, pues podía ser transportado y en eso consistía todo. Más aún, fíjese, podía hacer cualquier cosa que pudieran hacer los calculadores del tamaño de una pared. No tan rápido, quizá, pero daba resultado.

Teníamos grandes ideas acerca de este trasto, las más grandes jamás concebidas. Podíamos meterlas en naves o aviones. Luego, si decidíamos encogerlas, un automóvil podría transportar alguna.

Porque el caso era que estábamos especialmente interesados en esto del automóvil... Suponga que usted tiene una pequeña máquina pensante sobre el guardabarros, conectada al motor y a la batería y equipada con células fotoeléctricas. Ello permitiría elegir la ruta ideal, evitar otros coches, parar ante las luces rojas y coger la velocidad óptima según el terreno. Cualquier tipo podría sentarse al volante sin el menor peligro de accidente de tráfico.

Todo era cojonudo. Estábamos tan excitados, estaba todo tan rodeado de intriga

cada vez que hacíamos nuestras comprobaciones, que aún podría gritar cuando recuerdo la vez que llamé por teléfono a nuestro laboratorio y lo puse todo patas arriba.

Yo estaba en casa de Mary Ann aquella tarde... ¿Le he hablado ya de Mary Ann? No. Creo que no.

Mary Ann era la chica que habría sido mi novia de no existir dos condiciones. Primera, que ella lo quisiera y, segunda, que yo tuviera la sangre fría de preguntárselo. Tiene el pelo rojo y embute algo así como dos toneladas de energía en las 110 libras de cuerpo que cubre desde el suelo hasta una altura de cinco pies y medio. Yo me moría por preguntárselo, compréndame, pero cada vez que la veía a mi lado, el corazón se me embalaba y yo me desmoronaba.

No es que yo no sea de buen ver. La gente me dice que estoy bien. Ya he echado todo el pelo que hacía falta, mido cerca de seis pies y hasta sé bailar. Pero es que no tengo nada que ofrecer. No puedo decirle a usted en qué colegio me gradué, porque entre la inflación y los precios por las nubes y los salarios por los suelos no hubo nada de nada. Claro, si obtuviéramos la patente de nuestra pequeña máquina pensante, las cosas serían diferentes. Pero no puedo pedirle a ella que espere a eso. Quizá, después de todo...

De cualquier modo, aquí estoy esta tarde, deseoso, mientras ella entra en la sala de estar. Mi mano estaba a punto de alzar el teléfono.

—Ya estoy lista —dijo Mary Ann—. Vámonos.

—Un minuto —dije—. Quiero llamar a Cliff.

—¿No puede esperar? —dijo ella, arrugando la frente.

—Quedé en llamarlo hace dos horas —le expliqué.

Me llevó sólo un par de minutos. Llamé al laboratorio. Cliff tenía trabajo aquella tarde, de modo que me contestó él. Le pregunté algo y él me dijo también algo. Le pregunté algo más y él se explicoteó. Los detalles no importan, ¿sabe?, pero, como ya dije, él es el matemático de la historia. Cuando construyo los circuitos y arrejunto los trastos en lo que parece una forma imposible, él es el que se lía a tortazos con los símbolos y me dice si es imposible o no. Luego, justo cuando terminé y estaba ya colgando, sonó un timbrado en la puerta.

Por un momento pensé que Mary Ann tenía otro visitante y me quedé tieso mientras la vi dirigirse a la puerta. Mientras la miraba estaba pensando en algo que me había dicho Cliff. Pero entonces ella abrió la puerta y allí estaba Cliff Anderson.

—Pensé que te encontraría aquí —dijo—. Hola, Mary Ann. Oye, ¿no tenías que llamarme a las seis? Eres tan digno de confianza como una silla de cartón.

Cliff es bajito y pesadote y siempre le gusta buscar gresca, pero yo lo sabía y no le hice caso.

—Las cosas se alteraron y me olvidé hacerlo a tiempo. Pero después de todo te llamé, así que, ¿cuál es la diferencia?

—¿Que me llamaste? ¿A mí? ¿Cuándo?

Hice ademán de señalar el teléfono y me detuve. En aquel justo momento me di cuenta de que algo iba mal. Exactamente cinco segundos antes de que sonara el timbre de la puerta yo estaba al teléfono hablando con Cliff, que estaba en el laboratorio, y el laboratorio se encuentra a seis millas de la casa de Mary Ann.

—Yo... acabo de hablar contigo —dije.

No me estaba haciendo entender.

—¿A mí? —dijo Cliff de nuevo.

Ahora señalaba yo el teléfono con ambas manos.

—Por teléfono. Llamé al laboratorio. ¡Por ese teléfono! Mary Ann me oyó. Mary Ann, ¿no es cierto que acabo de hablar...?

—Yo no sé con quién estabas hablando —dijo Mary Ann—. Bueno, ¿nos vamos? —Esta es Mary Ann. Una luchadora de la honradez.

Me quedé sentado. Intenté permanecer tranquilo y lúcido.

—Cliff —dije—, marqué el número del teléfono del laboratorio, tú contestaste a la llamada, te pregunté si habías puesto en marcha los detalles, tú dijiste que sí y me dijiste esos detalles. Aquí están. Los anoté. ¿Es correcto o no?

Cogió el papel en el que yo había escrito las ecuaciones. Lo estuvo observando.

—Son correctas —dijo—. Pero, ¿de dónde has podido obtenerlas? Tú no trabajaste con ellas, ¿no es cierto?

—Ya te lo dije. Tú me las diste por teléfono.

—Bill —dijo Cliff, moviendo la cabeza—, no he estado en el laboratorio desde las siete y cuarto. No hay nadie allí.

—Te digo que hablé con alguien.

Mary Ann se daba golpecitos con los guantes.

—Se nos hace tarde —dijo.

Le hice un gesto de espera con las manos y luego me dirigí a Cliff.

—Escucha, ¿estás seguro...?

—No hay nadie allí, a menos que contemos a Junior. —Junior era nuestro cerebro mecánico del tamaño de una pinta.

Y allí estábamos, mirándonos el uno al otro. El tacón de Mary Ann repiqueteaba contra el suelo, como el mecanismo de relojería de una bomba que amenaza con estallar.

Entonces se rió Cliff.

—Estoy pensando en una película de dibujos animados que vi no importa dónde. Aparece un robot que contesta una llamada telefónica y dice: «De verdad, jefe, no hay nadie aquí excepto nosotras, las complicadas máquinas pensantes».

No me pareció tan divertido.

—Vamos al laboratorio —dije.

—¡Eh, tú! —dijo Mary Ann—, no me irás a hacer ahora el numerito.

—Mira, Mary Ann. Esto es muy importante. Nos llevará sólo un minuto. Ven con nosotros y nos iremos luego desde allí.

—Tenemos el tiempo justo para... —comenzó ella, pero se detuvo porque yo la había cogido por la muñeca y la había soltado a continuación.

Aquello le mostró cuán nervioso me encontraba yo. Generalmente no se me hubiera ocurrido andar con ella a empujones. Quiero decir que Mary Ann es toda una dama. Pero tenía muchas cosas en la cabeza. Ni siquiera puedo recordar realmente si la sujeté por la muñeca cuando me pongo a pensar en ello. Lo cierto es que la siguiente cosa que supe fue que ya estaba en el coche, que Cliff también estaba, y que también estaba Mary Ann, y que ella se frotaba la muñeca mascullando por lo bajo no sé qué cosa sobre los modales de la selva.

—¿Te he hecho daño, Mary Ann? —dije.

—No, claro que no —dijo ella—, suelo dislocarme el brazo todos los días para divertirme un rato. —Y acto seguido me soltó una coza en la espinilla.

Ella hace cosas como ésta sólo porque es pelirroja. Por lo común es una chica dulcísima, pero le cuesta vencer la tradición del genio pelirrojo. Yo me doy cuenta de eso, claro, aunque a veces me cabreo con ella, pobre criatura.

Estuvimos en el laboratorio en veinte minutos.

El Instituto está vacío por la noche. Más vacío que un edificio ordinariamente vacío. Fíjese, está diseñado para contener hordas de estudiantes correteando de un lugar a otro, y cuando no contiene las hordas se resiente de su soledad. O quizá fuera que tenía miedo de ver lo que había en nuestro laboratorio. Como fuera, nuestros pasos sonaron desagradablemente pesados y el ascensor automático estaba sucio.

—No será muy largo, verás —dije a Mary Ann. Pero ella se limitó a gemir y parecer hermosa.

Pero su belleza no podía sernos muy útil.

Cliff tenía la llave del laboratorio y miró por encima de su hombro cuando abrió la puerta. No había nada que ver. Junior estaba allí, pero igual que había estado la última vez que lo viera. Los diales frontales no evidenciaban nada y, a excepción de esto, sólo había una ancha caja con un cable que corría desde la articulación del muro.

Cliff y yo nos dirigimos a cada costado de Junior.

Creo que intentábamos estar al tanto de cualquier movimiento repentino. Pero entonces nos detuvimos porque Junior no estaba haciendo ninguna cosa. También lo miraba Mary Ann. De hecho, ella se limitó a pasar su dedo por encima y luego a mirarse el dedo y a frotárselo contra el pulgar para quitarse la capa de polvo recogida.

—Mary Ann, no te acerques —dije—. Quédate en la otra punta de la sala.

—Pero está muy sucio —dijo.

Nunca había estado ella en nuestro laboratorio y, claro, no podía darse cuenta de que un laboratorio no es lo mismo que una habitación para niños, si es que usted se percata de lo que quiero decir. El conserje viene un par de veces al día y todo cuanto



hace es vaciar las papeleras. Más o menos una vez a la semana, viene con una cochambrosa fregona, la pasa por el suelo y lo limpia un poco.

—El teléfono no está donde yo lo dejé —dijo Cliff.

—¿Cómo lo sabes? —dije.

—Porque yo lo dejé allí —señaló agudamente— y ahora está aquí.

Si estaba en lo cierto, el teléfono se había movido en la dirección de Junior. Hice un aspaviento y dije:

—Quizá no lo recuerdas bien. —Intenté reír sin que me saliera el menor sonido natural y añadí—: ¿Dónde está el destornillador?

—¿Qué vas a hacer?

—Echar una ojeada al interior. Para reírse.

—Te vas a ensuciar todo —dijo Mary Ann. Así que me puse la bata de laboratorio. Mary Ann es una chica que piensa en todo.

Estuve dándole al destornillador. Claro, una vez Junior fuera realmente perfeccionado, obtendríamos modelos manufacturados en una sola pieza. Incluso en hermosos modelos plastificados y en color, para uso casero. Con el modelo de laboratorio, sin embargo, teníamos que emplear tuercas y tornillos para conjuntar las diversas piezas, de manera que pudiéramos sacarle las tripas y volvérselas a meter siempre que quisiéramos.

Sólo que los tornillos no salían. Gruñí, maldije y comenté:

—Algún bromista apretó los tornillos con demasiada fuerza.

—Tú eres el único que tocas eso —dijo Cliff.

Tenía razón, por supuesto, pero eso no me ayudaba en nada. Me detuve y me pasé el dorso de la mano por la frente. Le tendí el destornillador.

—¿Quieres intentarlo tú?

Lo hizo y no obtuvo más que yo.

—¡Qué cachondo! —dijo.

—¿Qué es lo cachondo? —dije.

—Un tomillo se movió. Lo hizo aproximadamente una pulgada pero luego retrocedió solito, escapándose del destornillador.

—¿Y qué ves de cachondo en eso?

Cliff se irguió y sostuvo el destornillador entre dos dedos.

—Es cachondo que viera moverse el tornillo una pulgada y luego retrocediera.

Mary Ann se nos unió de nuevo.

—Si estáis tan ansiosos, ¿por qué vuestras mentes científicas no piensan en un soplete? —Había un soplete en un rincón y ella lo estaba señalando.

Bueno, por lo general no se me habría ocurrido utilizar el soplete con Junior. Pero yo estaba pensando algo y ambos estábamos pensando lo mismo. *Junior no quería ser abierto.*

—¿Qué piensas, Bill? —dijo Cliff.

—No lo sé, Cliff —dije yo.

—Bueno, a ver si os dais prisa o nos perderemos la función —dijo Mary Ann.

De modo que cogí el soplete y le ajusté el medidor sobre la bomba de oxígeno. Era como ir a apuñalar a un amigo.

—Pero qué estúpidos llegan a ser los hombres —exclamó Mary Ann, cosa que me detuvo—. Los tornillos están sueltos. Tal vez habéis estado girando el destornillador al revés.

No había habido demasiadas posibilidades de girar el destornillador al revés. Pero ante tamaña ocurrencia y por no contradecir a Mary Ann, me limité a comentarle:

—Mary Ann, no te acerques tanto a Junior. ¿Por qué no te quedas esperando en la puerta?

En lugar de obedecerme, exclamó:

—¡Mira! —Y me mostró un tornillo en la mano, al tiempo que señalaba un agujero en el panel frontal de Junior. Lo había sacado fácilmente y sólo con la mano.

—Por san Judas —bramó Cliff—, que vamos más de culo que san Patrás.

Uno tras otro, saltó una docena de tornillos. Lo hicieron ellos mismos, como gusanos culebreando para salir de sus agujeros, dando más y más vueltas hasta quedar fuera. Los fui sacando hasta que sólo quedó uno. El panel permaneció combado, presionando contra el último tornillo, hasta que procedí a sacarlo. Una vez realizado esto, el panel quedó sujeto libremente entre mis brazos. Lo puse a un lado.

—Lo hizo a propósito —dijo Cliff—. Nos oyó mencionar el soplete y nos dio los tornillos. —Su rostro es usualmente rosado, pero ahora aparecía pálido.

Yo comenzaba a sentirme un poco extraño.

—¿Qué intentará ocultar?

—Lo ignoro.

Nos pusimos frente a él y por un rato estuvimos mirando su interior. Oí cómo el tacón de Mary Ann repiqueteaba de nuevo. Eché una ojeada a mi reloj de pulsera y tuve que admitir para mí mismo que no teníamos mucho tiempo. De hecho, no podíamos perder ni un minuto.

—Tiene un diafragma.

—¿Dónde? —dijo Cliff, acercándose un poco más.

—Y un altavoz —dije, señalándolos.

—¿No los pusiste tú?

—Claro que no los puse ahí. Sé lo que pongo y si los hubiera puesto lo recordaría.

—Entonces, ¿cómo entraron?

Así permanecíamos haciendo cábalas.

—Supongo que los ha fabricado él mismo. O tal vez le hayan crecido. Mira eso.

Señalé de nuevo. Dentro de la caja y en dos diferentes lugares había unos rollos que parecían estrechas mangueras de jardín, con la diferencia de que éstas eran de metal. Formaban una perfecta espiral y yacían por completo en el piso interior. Al extremo de cada rollo, el metal aparecía dividido en cinco o seis finos filamentos que conformaban pequeñas subespirales.

—¿Tampoco pusiste eso ahí?

—No, tampoco puse eso ahí.

—¿Qué es?

Él sabía lo que era y yo también sabía lo que era. Algo utilizable para buscar cosas y ponerlas al servicio de Junior; algo que podía serpear hasta el teléfono y lo había hecho. Cogí el panel frontal y lo observé de nuevo. Había dos pequeños pedazos metálicos, seccionados y ajustados de manera que pudieran desplazarse y permitir la apertura de un respiradero.

Introduje un dedo en una de las perforaciones y lo sostuve así para que Cliff lo viera.

—Tampoco puse esto aquí —dije.

Mary Ann estaba ahora mirando por encima de mi hombro, hecho lo cual se acercó sin avisar. Me estaba limpiando el dedo de grasa y polvo con un papel y no tenía tiempo para detenerla. Debería comprender sus reacciones, sin embargo; está siempre tan deseosa de ayudar.

Como fuere, se aproximó a tocar uno de los —bueno, también podemos llamarlos así— tentáculos. Ignoro si los tocó realmente o no. Más tarde afirmó que no lo había hecho. El caso es que lo que entonces ocurrió fue que lanzó un pequeño grito, cayó de espaldas repentinamente y comenzó a frotarse el brazo.

—Otra vez igual —gimoteó—. Primero tú y ahora eso.

Fui a atenderla.

—Debe haber sido una conexión floja, Mary Ann. Lo siento, pero ya te dije...

—¡Y un cuerno! —dijo Cliff—. No hay ninguna conexión floja. Simplemente, Junior trata de protegerse.

Ya lo había pensado también yo. Había pensado ya montones de cosas. Junior era una nueva clase de máquina. Incluso las matemáticas aplicadas eran diferentes de cualquier cosa con las que se hubiera trabajado antes. Quizá tenía algo que ninguna máquina previamente había tenido jamás. Tal vez sintiera algún deseo de permanecer viva y desarrollarse. Acaso deseara fabricar más y más máquinas hasta que millones de ellas cubrieran la tierra y lucharan por su dominio con los seres humanos.

Abrí la boca y sin duda Cliff debió intuir lo que iba a decir, porque chilló:

—No, ¡no lo digas!

Pero no podía ya detenerme. Ya lo estaba diciendo:

—Bueno, mira, desconectemos a Junior... —Cuando me detuve—: ¿Qué pasa ahora?

—Pasa que él escucha todo cuanto decimos, so borrico —dijo Cliff con aspereza—. ¿No oyó acaso lo que dijimos sobre el soplete? Ya iba yo a saltarle por sorpresa, pero ahora seguramente me electrocutará si lo intento.

Mary Ann se estaba sacudiendo la parte posterior del vestido y elogiando la limpieza del suelo, aunque yo podía replicarle que no era mi culpa. Quiero decir que es el conserje el que pasa la bayeta.

—¿Por qué no os ponéis guantes aislantes y cortáis el cable? —dijo ella, sin embargo.

Pude ver cómo Cliff carburaba en busca de impedimentos que verbalizar. No debió encontrar ninguno, porque se puso guantes aislantes y se dirigió hacia Junior.

—¡Mira! —grité.

Era estúpido decirlo. Cliff *debía* verlo por narices; no tenía más remedio. Uno de los tentáculos se movió y ya no hubo duda sobre lo que iba a hacer. Serpeó y tendió una línea fronteriza entre Cliff y el cable de toma. Allí quedó, vibrando levemente con sus seis dedos ondulantes. Los tubos interiores de Junior comenzaron a incandescer y Cliff no intentó siquiera acercarse al tentáculo. Retrocedió y al cabo de un rato el tentáculo retrocedió a su vez. Cliff se quitó los guantes.

—Bill —dijo—, así no iremos a ninguna parte. Es más listo de lo que pensamos en un principio. Ya fue bastante listo al usar mi voz como modelo cuando construyó su diafragma. Y debe haber llegado a ser lo bastante listo ahora para aprender cómo... —Miró por encima de su hombro y susurró—: ...cómo generar su propio poder y convertirse en autoabastecedor.

»Bill, tenemos que pararlo o algún día alguien telefonará al planeta Tierra y se encontrará con que alguien responde: «De verdad, jefe, no hay aquí nadie excepto nosotras, las complicadas máquinas pensantes».

—Vayamos a la policía —dije—. Allí lo explicaremos. Una bomba de mano o algo...

Cliff sacudió la cabeza.

—No podemos permitir que lo vea nadie más. Construirán otros Junior y parecerá como que no hemos sido capaces de prever las respuestas posibles para esta clase de proyecto.

—¿Qué haremos, entonces?

—Lo ignoro.

Sentí un golpe duro contra mi pecho. Bajé la cabeza y vi a Mary Ann dispuesta escupir fuego.

—Mira, cabeza de chorlito, si tenemos una cita es porque tenemos una cita, pero si no la tenemos es porque no la tenemos. Justifícate.

—Mary Ann, ahora...

—Contesta —dijo ella—. Jamás oí cosa más ridícula. Yo toda dispuesta a pasármelo bien y tú me llevas a un sucio laboratorio, con una máquina majara y gastas el resto de la tarde dándole vueltas a diales.

—Mary Ann, yo no...

Ella no me escuchaba: hablaba. Quisiera poder recordar lo que dijo al final. Creo que no soy capaz; quizá no pueda recordarlo porque no era en definitiva muy elogioso. De vez en vez yo esbozaba un «Pero, Mary Ann...» y en cada ocasión sus palabras me arrollaban impidiéndome replicar.

No obstante, como ya dije, es la más gentil y amable de las criaturas y sólo

muestra su vena logorreica e irracionalmente bestial cuando se excita. Claro que, con su cabello rojo, siente el deber de excitarse más bien a menudo. Es mi teoría, por supuesto. Ella se siente compelida a vivir de acuerdo con su cabello rojo.

Como fuere, lo único que puedo recordar claramente es Mary Ann terminando su cadena de improperios, propinándome una patada en la pierna derecha y dándose media vuelta dispuesta a irse. Corrí tras ella y la alcancé, intentando nuevamente:

—Pero, Mary Ann...

Entonces Cliff soltó un aullido. Por lo general no nos presta atención, pero ahora se le ocurrió decir:

—Cabeza de chorlito, ¿por qué no le pides que se case contigo?

Mary Ann se detuvo en seco. Estaba ya en la puerta pero no hizo nada por abrirla. Yo también me había detenido. Sentía las palabras atravesadas en la garganta. No pude siquiera balbucir el «Pero, Mary Ann...»

Cliff estaba chillando al fondo. Lo oí aunque estaba a una milla de distancia.

—¡Hazlo! ¡Hazlo, imbécil! —Así una y otra vez.

Entonces Mary Ann se volvió y parecía tan hermosa... ¿Puedo decirle que tiene los ojos verdes con un toque de azul en sus profundidades? El caso es que estaba tan hermosa que las palabras se apelotonaron en mi garganta y cuando surgieron estallaron en un hilarante barboteo, igual que le ocurre a usted cuando hace gárgaras.

—¿Intentas decirme algo, Bill? —dijo ella.

Bueno, Cliff me lo había puesto en la cabeza. Mi voz era ronca cuando dije:

—¿Quieres casarte conmigo, Mary Ann?

El minuto que tardé en decirlo deseé que desapareciera de la memoria del mundo porque pensé que Mary Ann no iba a volver a hablarme en lo que le quedaba de vida. Pero no así el minuto siguiente, pues Mary Ann se había arrojado en mis brazos e intentaba besarme. Pasó un rato antes que me diera cuenta de cuanto ocurría, y cuando este rato pasó comencé a besarla. Así pasó el tiempo hasta que advertí el zarandeo que Cliff infería a mi hombro, sin duda para llamar mi atención.

Me volví y le dije sin agradecersele:

—¿Qué mierda quieres? •—No era muy cortés de mi parte, teniendo en cuenta que había sido él el celes-tino.

—Mira —dijo.

Sostenía en su mano el plomo conductor que Junior tenía conectado para el suministro de energía.

Me había olvidado ya de Junior, pero ahora lo volví a recordar.

—¿Está, pues, desconectado?

—Está frío.

—¿Cómo lo has hecho?

—Junior estaba tan ocupado viéndoos pelear a ti y Mary Ann que yo aproveché para deslizarme a sus espaldas. Mary Ann hizo un número excelente.

No me gustó la alusión porque Mary Ann es de esa clase de chicas dignas y

autocontenidas que odian montar números. Sin embargo, tenía demasiado en la mano como para hacerme el ofendido.

—No tengo mucho que ofrecerte, Mary Ann —dije—; tan sólo el salario de un profesor de escuela. Y ahora que hemos desmantelado a Junior, ni siquiera existe la posibilidad de...

—No me importa, Bill —dijo Mary Ann—. Sólo cuentas tú, querido cabeza de chorlito. Prácticamente, lo he intentado todo...

—Me has coceado las espinillas y pateado mis piernas.

—Y más que faltaba. Estaba desesperada.

La lógica no estaba muy clara, pero no respondí porque recordé súbitamente la función. Miré mi reloj de pulsera y dije:

—Mira, Mary Ann, si corremos aún podremos llegar al segundo acto.

—¿Quién quiere ver la función? —dijo ella.

De modo que la besé unas cuantas veces más; nunca fuimos a ver la función.

Sólo hay una cosa que me molesta ahora. Mary Ann y yo nos hemos casado y somos completamente felices. Ahora estoy en promoción y soy profesor adjunto. Cliff sigue trabajando y planea construir un Junior controlable, cosa en la que progresa.

No se refiere a nada de esto.

Pero fíjese, yo hablé con Cliff al día siguiente por la tarde para decirle que Mary Ann y yo íbamos a casarnos y para agradecerle el que me hubiera proporcionado la idea. Se me quedó mirando por largo rato y juró que él no lo había dicho; en ningún momento dijo él nada acerca de proponerle matrimonio a Mary Ann.

Claro, algo más había en la sala que la voz de Cliff.

Lo lamento, pero Mary Ann acabará descubriéndolo. Ella es la chica más amable que conozco pero *tiene* el pelo rojo. Y no puede evitar el vivir de acuerdo con ello, ¿o lo he dicho ya?

Como sea, ¿qué dirá cuando se entere de que yo no tenía el menor propósito de proponérselo hasta que una *máquina* me lo dijo?

# EL BRUJO AL DÍA

Con frecuencia (y más bien ante mi inquieta sorpresa) he sido acusado de escribir humorísticamente. Oh, y yo lo intento, lo intento, aunque sólo con mucha precaución, y durante mucho tiempo pensé que nadie lo había notado.

Véanlo, no hay margen posible para el error en lo humorístico. Se puede acometer la empresa del suspense, no incidir lo suficiente en la nota clave y resultar un relato que apenas es algo más que intrigante. De manera análoga, se puede obtener un relato que es sólo moderadamente romántico, moderadamente excitante, moderadamente misterioso, incluso moderadamente ficto-científico.

Pero, ¿qué ocurre cuando se yerra al incidir en el humor? ¿Es el resultado moderadamente humorístico? ¡Por supuesto que no! La observación no-lo-bastante humorística, la réplica no-lo-bastante ingeniosa, el episodio no-lo-bastante ridículo son, respectivamente, pesada, estúpida y cretino.

Entonces, contando con un escape que es un ojo de buey y que no es más grande que un ojo de buey, ¿prenderé fuego a la nave? ¡Claro que no! Soy fantásticamente atrevido, pero no estúpido.

De manera que he intentado ser divertido sólo ocasionalmente y aún así sólo con moderación y reserva (como en *Rebelión*). En las pocas ocasiones que intenté escribir un relato puramente cómico, la experiencia no fue del todo satisfactoria.

De ahí que por lo general construya mis historias de manera grave y sobria (como usted mismo puede comprobar).

Aun así no desistí nunca. Un día, ante el estímulo de Mr. Boucher, intenté modestamente hacer una parodia de Gilbert and Sullivan y por último acabé desmelenándome sir reserva. Leí el relato más tarde y me reí de buena gana.

Y así fue. Había encontrado mi lugar en el humor. Todo cuanto tuve que hacer fue asumir un altamente exagerado estilo pseudovictoriano y advertir que de esa manera no había problemas para resultar divertido.

¿Quiere esto decir que me metí de lleno en la ciencia-ficción humorística? De ningún modo. Mantuve el humor al nivel previo y me preservé la mayor parte grave y sobrio. Es todavía lo que suelo hacer mejor.

Sin embargo, a mediados de la década de los 60, escribí una serie de artículos para la TV Guide que no poseían sino esta clase de humor, y me gustaron (Sobre la marcha se me suele llamar la atención por afirmar, de forma tan grosera, que me gusta mi propio material, pero, ¿por qué no debería hacerlo? ¿Puede concebirse que me pase setenta horas a la semana escribiendo y dictando lecturas para que luego no me guste lo que he escrito? ¡Vamos!).

A propósito, una palabra final sobre *El brujo al día*: no es imprescindible leer primero *The Sorcerer* de Gilbert and Sullivan, aunque sería más divertido si se hiciera (supongo).



*Siempre me desconcertó que Nicholas Nitely, aunque Juez, de Paz, fuera célibe. La atmósfera de su profesión, por decirlo así, parecía tan proclive al matrimonio que seguramente a duras penas se contenía ante los gratos grilletes de las nupcias.*

*Cuando con un gin-tonic por medio se lo dije así hace poco en el Club, me replicó:*

*—Ah, bueno, tuve una pequeña aventura hace algún tiempo —y sonrió.*

*—Oh, ¿de veras?*

*—Una bella jovencita, dulce, inteligente, pura y desesperadamente apasionada, y con facultades irreprochables para despertar los sentidos físicos hasta de un viejo apagado como yo.*

*—¿Y cómo es que la dejó marchar? —dije.*

*—No tuve más remedio. —Me sonrió amablemente y su blanda y tosca complexión, su blando cabello gris, sus blandos ojos azules se combinaron para concederle una expresión cercana a la santidad. Dijo—: Realmente la culpa fue de su prometido...*

*—Ah, ella estaba liada con alguien más.*

*—Con el profesor Wellington Johns, que era, al tiempo que endocrinólogo, algo así como un brujo al día. De hecho, era justamente eso... —Se detuvo, bebió de su vaso y luego volvió hacia mí la cara apacible del que está a punto de cambiar de tema.*

*—Un momento, Nitely, viejo amigo, no puede usted dejarme sobre ascuas —dije firmemente—. Quiero saber qué ocurrió con su bella muchachita... el cuerpo del delito.*

*Se sobresaltó ante el retruécano (uno, debo decirlo, de mis más abominables esfuerzos) y se echó hacia atrás en su silla indicándome que volviera a llenar su vaso.*

*—Bueno —dijo—, conocí los detalles mucho más tarde.*

El profesor Wellington Johns tenía una larga y prominente nariz, dos ojos sinceros y un singular talento para conseguir que las ropas le quedaran siempre demasiado grandes para su cuerpo.

—Mis queridos niños —dijo—, el amor es asunto que pertenece a la química.

Sus queridos niños, que eran realmente sus estudiantes y no tan niños a fin de cuentas, se llamaban Alexander Dexter y Alice Singer. Parecían ambos saturados de química mientras permanecían sentados y cogidos de la mano. Juntos, sus edades sumarían quizá 45 años, proporcionadamente dividida esta cantidad, y Alexander exclamó inevitablemente:

—*Vive la chémie!*

El profesor Johns sonrió con reprobación.

—Más bien la endocrinología. Las hormonas, a fin de cuentas, afectan a nuestras emociones y no es sorprendente que una pueda, específicamente, estimular ese sentimiento que llamamos amor.

—Pero es tan poco romántico todo eso —murmuró Alice—. Estoy segura de que no lo necesito —y se volvió a mirar a Alexander con ojos de carnero degollado.

—Querida mía —dijo el profesor—, su fluido sanguíneo las arrastra en el momento en que usted, cómo decirlo, se enamora. Su secreción ha sido estimulada por —durante un momento consideró cuidadosamente sus palabras, siendo como era un hombre de irreprochable moral— algún factor periférico que envuelve a su jovencito y, una vez la acción hormonal ha tenido lugar, la inercia la transporta a usted. Yo podría duplicar el efecto fácilmente.

—Eh, eh, profesor —dijo Alice con amable afectación—. Sería maravilloso que lo intentara —y apretó fuertemente la mano de Alexander.

—No quiero decir —dijo el profesor, pretendiendo ocultar su embarazo— que yo personalmente fuera capaz de reproducir (o, mejor dicho, duplicar) las condiciones que crean la secreción natural de las hormonas. Me refiero, más bien, a que podría injertar la misma hormona por inyección hipodérmica o incluso por ingestión oral, desde el momento en que es una hormona esteroide. Para que se enteren —y aquí se pavoneó quitándose las gafas y limpiando sus cristales orgullosamente—, he aislado y purificado la hormona.

—¡Profesor! —Alexander se enderezó sobre el asiento—. ¿Y no ha dicho usted nada?

—Debo saber antes algo más.

—¿Quiere usted decir —dijo Alice, brillando de placer sus enamorados ojos oscuros— que puede hacer que las personas sientan el maravilloso deleite y los celestiales e impetuosos embates del verdadero amor por medio de una... una píldora?

—Puedo duplicar la emoción —dijo el Profesor— a la que usted se ha referido en términos tan empalagosos.

—¿Por qué no lo hace, pues?

—Un momento, querida —Alexander alzó una mano de protesta—. Tu ardor te está extraviando. Nuestra felicidad y próximos esponsales te hacen olvidar ciertos factores de capital importancia. Si una persona casada fuera impelida, por error, a

consumir esa hormona...

—Permítame explicarle —dijo el profesor con cierta arrogancia— que mi hormona, o mi principio amato-génico como yo la llamo... —(al igual que a muchos otros científicos, le gustaba verter cierto desdén sobre las singulares precisiones de la filología clásica).

—Llámela filtro amoroso, profesor —dijo Alice con un mohín.

—Mi principio amatogénico cortical —dijo el profesor decididamente— no tiene el menor efecto sobre las personas casadas. La hormona no puede funcionar si es inhibida por otros factores y el estar casado es ciertamente un factor que inhibe el amor.

—Sí, así suele decirse —dijo Alexander con seriedad—, aunque haré lo posible por demostrar el absurdo de esa anquilosada creencia en el caso de Alice y mío propio.

—Alexander —dijo Alice—, mi amor.

—Lo que quiero decir —dijo el profesor— es que el matrimonio inhibe el amor extramarital.

—Mire, mire —dijo Alexander—, pues yo he oído que a veces no es así.

—¡Alexander! —graznó Alice con un movimiento de cabeza.

—Sólo bajo extrañas influencias, querida, entre aquellas personas que no han recibido la educación adecuada.

—El matrimonio —dijo el profesor— puede no inhibir la mezquina atracción sexual o las tendencias hacia futelezas de menor cuantía, pero el verdadero amor, como la señorita Sanger ha calificado la emoción, es algo que no puede florecer allí donde una severa esposa y un puñado de crios berreantes traban el subconsciente.

—¿Quiere usted decir —dijo Alexander— que si suministrara su filtro amoroso (perdón, su principio ama-togénico) a un heterogéneo grupo de personas, sólo las no casadas serían afectadas?

—Exactamente. He experimentado con algunos animales que, aunque no observan los ritos del matrimonio, establecen lazos monogámicos. Aquellos que ya habían formado los susodichos lazos no fueron afectados.

—Entonces, profesor, se me ha ocurrido algo espléndido. Mañana por la noche se celebra el baile de los estudiantes de último curso, aquí en el colegio. Habrá presentes por lo menos cincuenta parejas, la mayor parte solteras. Pues bien, mi genialidad consiste en poner el filtro en el ponche.

—¿Qué? ¿Está usted loco?

—Pero si es una idea celestial, profesor —se inflamó Alice—. Pensar que todas mis amigas se sentirán como yo me siento. Profesor, sería usted como un ángel del cielo... Pero, oh, Alexander, ¿crees que los sentimientos se desatarán incontroladamente? Algunos de nuestros amiguetes son un poco salvajes y si en el calor del descubrimiento del amor no tuvieran más remedio que, bueno, dar algún beso...

—Mi querida señorita Sanger —dijo el profesor Johns, indignado—. No debe permitir que su imaginación se caldee demasiado. Mi hormona provoca sólo aquellos sentimientos que conducen al matrimonio y de ningún modo las manifestaciones que consideramos indecorosas.

—Lo siento —murmuró Alice, confusa—. Debería yo recordar a menudo, profesor, que usted es la persona con la moral más elevada que he conocido (exceptuando siempre a mi querido Alexander) y que ningún descubrimiento científico suyo posibilitaría el menor acercamiento a la inmoralidad.

Pareció tan contristada y cariacontecida que el profesor la olvidó de una vez.

—¿Lo hará, pues, profesor? —urgió Alexander—. Después de todo, asumamos que se desatará una repentina necesidad de matrimonios, de lo que yo mismo puedo ocuparme mediante Nicholas Nitely, un viejo y apreciado amigo de mi familia, que estará presente con cualquier pretexto. Es Juez de Paz y fácilmente podrá arreglar cosas como licencias, etc.

—Apenas puedo consentir —dijo el profesor, obviamente ablandado— en llevar a cabo un experimento sin el consentimiento de los experimentados. Sería poco ético.

—Pero si tan sólo va a proporcionarles regocijo. Sería una contribución moral al ambiente del colegio. Fíjese que en la ausencia de los factores que necesariamente empujan hacia el matrimonio, a veces ocurre, hasta en el colegio, que la presión de la continua proximidad de lo homogéneo desarrolla un cierto peligro de... de...

—Sí, lo comprendo —dijo el profesor—. Bueno, intentaré una solución diluida. A fin de cuentas, los re-sultados pueden hacer avanzar tremendamente el conocimiento científico y, como usted mismo ha dicho, también el índice de moralidad.

—Y, claro —dijo Alexander—, Alice y yo beberemos también del ponche.

—Oh, Alexander —dijo Alice—, un amor como el nuestro no necesita de añadidos artificiales.

—Pero no sería artificial, alma mía. Según el profesor, tu amor comenzó como un resultado de idéntico efecto hormonal, conducido, lo admito, por métodos más cotidianos.

—Entonces, amor mío —dijo Alice ruborizada—, ¿por qué esa necesidad de repetición?

—Para conducirnos más allá de toda vicisitud del Hado, cara a mi corazón.

—Oh, adorado mío, tú no debes dudar de mi amor.

—No, seducción de mi espíritu, pero...

—¿Pero? ¿No te fías de mí, Alexander?

—Claro que me fío de ti, Alice, pero...

—¿Pero? ¡Otra vez pero! —Alice se levantó furio-f sa—. Si usted no confía en mí, señor, creo que lo mejor que puedo hacer es marcharme... —Y así lo hizo, mientras los dos hombres la seguían atónitos con la mirada.

—Mucho me temo —dijo el profesor Johns— que mi hormona, aunque indirectamente, haya sido causa más bien de una separación que de un encuentro.

Alexander se tragó saliva pero orgullo vino en su ayuda.

—Volverá —dijo huecamente—. Un amor como el nuestro no se rompe tan fácilmente.

Por supuesto, el baile de los estudiantes de último curso era el acontecimiento del año. Los aprendices de caballeros brillaban por su esmero y las jóvenes damas no desmerecían de sus compañeros. Sonaba la música y los pasos de baile bullían sobre el suelo sólo a intervalos. La alegría reinaba por doquier.

Excepción hecha de algunos casos. Alexander Dexter permanecía en un rincón, cejijunto y con distante expresión helada. Por esplendoroso y guapo que fuera, ninguna muchacha se le acercaba. Se sabía que pertenecía a Alice Sanger y, bajo tales circunstancias, ninguna alumna del colegio soñaría con acercarse. Ahora bien, ¿dónde estaba Alice?

No había acudido con Alexander y el orgullo de Alexander se resistía a ir hasta ella. Bajo la implacabilidad de su ceño, sólo se permitía contemplar cautamente las parejas que pasaban a su lado.

El profesor Johns, vestido para la ocasión con ropas que, aunque hechas a medida, no conseguían ajustársele, se le acercó.

—Agregaré mi hormona al ponche —dijo— poco antes del brindis de la medianoche. ¿Está ya aquí Mr. Nitely?

—Lo vi hace un momento. En calidad de carabina ha estado ocupado en mantener la distancia conveniente entre las parejas que bailan. Cuatro dedos, creo, en el punto de mayor aproximación. Mr. Nitely se mostró muy diligente en hacer las mediciones necesarias.

—Muy bien. Oh, me había olvidado preguntarle si el ponche contiene alcohol. El alcohol afectaría adversamente el funcionamiento del principio amatogénico.

Alexander, a pesar de su dolorido corazón, tuvo humor para negar lo que todo el mundo sabía.

—¿Alcohol, profesor? El ponche está hecho según los más elementales principios que rigen en todo colegio de jóvenes estudiantes. Contiene sólo los más puros extractos de frutas, azúcar refinado y una pequeña cantidad de corteza de limón, suficiente para estimular sin peligro de embriagar.

—Perfecto —dijo el profesor—. He añadido a la hormona un sedante destinado a entregar al sueño a nuestros sujetos experimentales mientras la hormona entra en funcionamiento. Será sólo un rato, y, cuando despierten, el primer individuo que vean (del sexo opuesto, claro está) les inspirará ese puro y noble ardor que sólo puede terminar en matrimonio.

Así, cuando llegó el momento oportuno poco antes de la medianoche, se abrió paso por entre las felices parejas que bailaban a cuatro dedos de distancia y se aproximó hasta la ponchera.

Alexander, deprimido hasta rozar el llanto, caminó hacia la galería. Y al hacerlo, quiso el destino que perdiera a Alice, que, procedente de la galería, entraba en la sala de baile por otra puerta.

—Es medianoche —dijo una voz alegre—. ¡El brindis! ¡El brindis! ¡El brindis por nuestro porvenir!

Se apelotonaron en torno a la ponchera; los pequeños vasos circularon de una mano a otra.

—¡Por nuestro porvenir! —gritaron y, con el entusiasmo propio de los jóvenes estudiantes, bebieron la terrible y explosiva mezcla de purísimo extracto de frutas, azúcar y corteza de limón, con, claro está, el sedante principio amatogénico del Profesor Johns.

Mientras los vapores ascendían a sus cerebros, lentamente fueron desplomándose contra el suelo.

Alice permanecía aún en pie, sosteniendo su bebida, los ojos amaneciendo a las lágrimas.

—Oh, Alexander, Alexander, a pesar de tus dudas, todavía eres mi único amor. Querías que bebiera y beberé. —Luego, también ella, se desplomó graciosamente.

Nicholas Nitely había ido en busca de Alexander, al que su afable corazón tenía cierto cariño. Lo había visto llegar sin Alice y se había dado cuenta de que había tenido lugar una pejiquera entre novios. No se sintió muy pesaroso por abandonar la reunión a sus propios designios. A fin de cuentas no eran salvajes, sino estudiantes de buena familia y preclaro ascendiente. Se podía confiar en ellos en cuanto a la plena observación de los cuatro dedos recomendados.

Encontró a Alexander en la galería contemplando un cielo saturado de estrellas.

—Alexander, muchacho —dijo poniendo su mano sobre su hombro—. Esto no te conviene. Hay que dar salida a la depresión. Escúpela, mi joven amigo, escúpela.

La cabeza de Alexander se balanceó al oír la voz del buen viejo.

—Ya sé que no es de hombres, pero suspiro por Alice. He sido cruel con ella y ahora sufro las justas consecuencias. Si usted supiera, Mr. Nitely... —Llevó su puño cerrado hasta el pecho, comprimiéndolo contra la parte del corazón. No pudo decir nada más.

—¿Crees que porque no estoy casado —dijo Nitely tristemente— no advierto tales emociones? Desengáñate. Tiempo ha que yo también supe lo que era el amor y tener el corazón roto. Pero no hagas como hice entonces y evita que el orgullo interfiera vuestro arreglo. Ve hasta ella, muchacho, ve hasta ella y excúsate. No te conviertas en un solitario y viejo soltero como yo... Vaya, me estoy poniendo sentimental.

—Seguiré su consejo, Mr. Nitely —dijo Alexander enderezando su espalda—. Iré en su busca.

—Entra, pues. Estaba a punto de salir cuando creí verla entrar.

—Quizás ella me esté buscando ahora —dijo Alexander con el corazón galopando—. Iré... aunque no. Entre usted primero, Mr. Nitely, mientras yo me recupero un poco. No quiero que vea que he derramado lágrimas femeniles.

—Claro, muchacho.

Nitely se detuvo atónito en la puerta de la sala de baile. ¿Había acontecido alguna catástrofe universal? Cincuenta parejas yacían desparramadas por el suelo, algunas de ellas aproximadas de la manera más indecorosa.

Pero antes de poder organizar sus ideas y comprobar si estaban muertos, dar la alarma de fuego, llamar a la policía o lo que fuera, vio cómo el personal se iba irguiendo y tambaleando sobre sus pies.

Sólo una persona quedaba todavía tendida. Una chica solitaria y pálida con un brazo cruzado sobre su hermosa cabeza. Era Alice Sanger y Nitely se aproximó hasta ella, haciendo caso omiso del creciente clamor que se desataba a su alrededor.

—Señorita Sanger —dijo mientras se arrodillaba ante ella—. Querida señorita Sanger. ¿Se encuentra mal?

Lentamente, abrió ella sus hermosos ojos y dijo:

—¡Mr. Nitely! Nunca hasta ahora había advertido de qué manera encarnaba usted el amor.

—¿Yo? —Nitely retrocedió con horror, pero ya ella se había puesto en pie con un brillo en sus ojos como jamás Nitely lo viera en otra mujer desde hacía treinta años...

—Mr. Nitely —dijo ella—, no iré a dejarme, ¿verdad?

—No, no —dijo Nitely confundido—. Si usted me necesita, permaneceré con usted.

—Lo necesito. Lo necesito a usted con todo mi corazón, con toda mi alma. Lo necesito como la sedienta flor necesita, en el prurito de sus exigencias, el deseado rocío de la mañana. Lo necesito como la anciana Tisbe necesitaba al anciano Píramo.

Nitely, todavía echado hacia atrás, miró a su alrededor para comprobar si alguien más había escuchado tan desacostumbrada declaración, pero nadie parecía prestarles atención. Por lo que pudo apreciar, la tónica general estaba saturada de declaraciones similares, algunas de las cuales llegaban a métodos más directos.

Se apoyó contra la pared y Alice se le aproximó tanto que rompió la regla de los cuatro dedos. Rompió hasta la regla de un dedo y de ningún dedo y, como consecuencia de la presión mutua, algo indefinible comenzó a emerger en el interior de Nitely.

—Señorita Sanger. Por favor.

—¿Señorita Sanger? ¿Soy señorita Sanger para usted? —exclamó apasionadamente Alice—. ¡Mr. Nitely! ¡Nicholas! Hazme tu Alice, hazme tuya. Cásate conmigo. ¡Cásate!

Toda la sala estaba llena en aquel momento de gritos de «¡Cásate conmigo! ¡Cásate conmigo!» y pronto todos los jóvenes de ambos sexos rodearon a Nitely, pues sabían que era Juez de Paz.

—¡Cásenos, Mr. Nitely, cásenos! —berreaban.

Como réplica, sólo pudo gritar a su vez:

—Tengo que conseguir las licencias.

Le abrieron paso para permitirle ir en busca de tales menesteres. Sólo Alice fue tras él.

Nitely se encontró con Alexander en la puerta de la galería y lo sobrepasó yendo en busca de aire fresco. El profesor Johns se unió a ellos en aquel momento.

—Alexander —dijo Nitely—. Profesor Johns. Ha ocurrido la cosa más extraordinaria...

—Sí —dijo el profesor, balbuciendo el alborozo su manso rostro—. El experimento ha sido un éxito. El principio surte mayores efectos sobre los seres humanos que sobre los animales con los que yo he experimentado. —Advirtiendo la confusión de Nitely, le explicó lo ocurrido en breves frases.

—Extraño, extraño —murmuraba Nitely a medida que escuchaba—. Hay una cierta familiaridad deslumbradora en todo esto. —Presionó su frente con la palma de sus manos, pero no sintió ningún alivio.

Alexander se acercó sumisamente a Alice, anhelando estrecharla contra su pecho, aun sabiendo que ninguna chica correctamente alimentada consentiría tal expresión de emociones de alguien que todavía no había sido olvidado.

—Alice —dijo—, mi perdido amor, si puedo encontrar aún en tu corazón...

Pero ella se apartó de él, impidiendo que los brazos tendidos del hombre sirvieran para algo más que decorar la súplica.

—Alexander —dijo ella—, bebí el ponche. Era lo que deseabas.

—No tenías ninguna necesidad de ello. Reconozco mi error, estaba equivocado, equivocado.

—Pero lo hice y, oh Alexander, ya nunca seré tuya.

—¿Que nunca serás mía? ¿Qué quieres decir con eso?

Alice, aproximándose a Nitely, cogió su brazo y se apretó contra él.

—Mi alma —dijo— se ha entrelazado indisolublemente con la de Mr. Nitely, la de Nicholas quiero decir. Mi pasión por él (es decir, mi pasión por casarme con él) no puede ser contenida. Atormenta mi ser.

—¡Ah, pérfida! —exclamó Alexander, no del todo convencido.

—Eres cruel al llamarme pérfida —dijo Alice—. Pero no podrás impedirlo.

—Parece que no —dijo el profesor Johns, que había estado escuchando todo con gran consternación, tras sus explicaciones a Nitely—. Ni siquiera ella puede impedirlo. Es simplemente una manifestación endocri-nológica.



—Por supuesto que es así —dijo Nitely, que estaba luchando contra sus propias manifestaciones endocrinológicas—. Querida, querida mía... —Palmeó la cabeza de Alice de la forma más paternal posible y cuando ella alzó su rostro hacia él, se puso a considerar si sería paternal (naranjas, ni siquiera en plan compañeril) besar aquellos labios aunque fuera castamente.

Alexander, por su parte, más allá de su desesperación, se puso a gritar:

—Pérfida, eres una pérfida, pérfida como Cressida —y se lanzó fuera de la sala.

Nitely hubiera ido tras él, pero Alice lo tenía tan atenazado que era imposible; además, le había echado los brazos al cuello y lo invitaba a un beso que al menos tenía poco de filial.

Ni siquiera de compañeril.

Llegaron a la pequeña casa de campo de Nitely con su placa de JUEZ DE PAZ en caracteres antiguos, su aire de melancólica tranquilidad, su serenidad transparente, su pequeña estufa, en cuya cima fue prontamente situada la pequeña marmita por un movimiento de la mano izquierda de Nitely (su brazo derecho firmemente afincado en torno a Alice, quien, con astucia superior a sus años, escogió eso como un seguro método de volver imposible un repentino desbocamiento masculino).

El despacho de Nitely podía verse a través de la puerta abierta del comedor, sus paredes repletas de libros de estudio y entretenimiento.

De nuevo la mano de Nitely (su mano izquierda) corrió hasta su frente.

—Querida mía —dijo a Alice—, es sorprendente (si me permitieras desahogar un poco nuestra proximidad mi circulación sanguínea se restablecería) cómo persisto en imaginar que todo esto ha ocurrido ya con anterioridad.

—Pero estoy segura, mi querido Nicholas —dijo Alice, inclinando su hermosa cabeza sobre el hombro de Nitely y sonriéndole con el recato que la tímida luna manifiesta sobre las aguas que la reciben en la noche—, de que en ningún tiempo pretérito ha podido existir un mago tan maravilloso y moderno como nuestro profesor Johns, un brujo tan al día.

—Tan al día, un bru... —Nitely se había sobresaltado tan violentamente que había izado a Alice una entera pulgada del suelo—. Eso es lo que debe ser. Que el diablo me lleve si no es cierto.

(En algunas ocasiones y bajo la presión de superpoderosas emociones, Nitely usaba un lenguaje tan duro).

—Nicholas. ¿Qué ocurre? Me asustas, cielo mío.

Pero ya Nitely corría hacia su despacho y Alice se esforzaba en correr con él. Su rostro estaba blanco, sus labios firmemente apretados, mientras se afanaba en alcanzar un volumen de los estantes y luego, más reverentemente, en quitarle el polvo.

—Ah —dijo contrito—, cómo he negligido las inocentes alegrías de mis años

jóvenes. Mi niña, en vista de la continua incapacidad de mi brazo derecho, ¿serías tan amable de pasar las páginas hasta que yo te avise?

Así, manejando el libro juntos en equipo tan extrañamente preconyugal como nunca visto, él sostenía el volumen con su mano izquierda y ella volvía las páginas lentamente con la derecha.

—¡Estaba en lo cierto! —dijo Nitely con brusquedad—. Profesor Johns, querido colega, venga aquí. Esta es la más sorprendente coincidencia... un espantoso ejemplo del misterioso poder que sin duda juega con nosotros por algún oculto propósito.

El profesor Johns, que se había preparado su propio té y ahora daba vueltas al líquido pacientemente, con las maneras de un discreto caballero de hábitos intelectuales en presencia de dos ardientes amantes que de súbito se han retirado a la habitación contigua, gritó:

—¿Seguro que no molestará mi presencia?

—No, señor. Me gustaría consultar con usted una de sus especialidades científicas.

—Pero, oigan, están ustedes en una posición...

—¡Profesor! —gritó Alice quejándose.

—Mil perdones, querida señorita —dijo el profesor mientras entraba—. Estoy anticuado y lleno de ridículas manías. Desde que yo... —y sorbió un poco de su té (que había hecho muy fuerte), llevándolo repetidamente a los labios.

—Profesor —dijo Nitely—, mi querida niña se refirió a usted como un brujo al día y la imaginación me voló rápidamente hasta *The Sorcerer*, de Gilbert and Sullivan.

—¿Quiénes son esos Gilbert y Sullivan? —preguntó el Profesor.

Nitely elevó la mirada a los cielos, como si intentara detener el trueno que inevitablemente debía castigar aquella blasfemia.

—Sir William Schwenck Gilbert y Sir Arthur Sullivan escribieron, respectivamente, la letra y música de las más grandes comedias musicales que el mundo nunca viera. Una de ellas se llamaba *The Sorcerer*. También en ella se utilizaba un filtro: altamente moral, no afectaba a las personas casadas, pero tenía la virtud de separar a la joven heroína de los brazos de su guapo y joven enamorado para arrojarla en los de un hombre ya mayor.

—Y —dijo el Profesor—, ¿quedan así las cosas?

—Bueno, no (Realmente, querida mía, ese movimiento que imprimes a tus dedos sobre mi nuca, aunque me transporta a las etéreas regiones del placer, me hace más bien distraerme). Los jóvenes amantes vuelven a reunirse, profesor.

—Ah —dijo el Profesor Johns—. En ese caso, en vista del parecido que hay entre esa ficción y la vida real, tal vez la solución de la obra pueda servir para encontrar la manera de reunir de nuevo a Alice y Alexander. Al menos, digo yo, pues no creo que le guste a usted pasarse el resto de su vida con un brazo completamente inútil.

—No quiero reunirme otra vez con nadie —dijo Alice—. Sólo quiero a mi

Nicholas.

—Nada que oponer a ese refrescante punto de vista —dijo Nitely—, pero, claro, la juventud debe ser comedida. Hay una solución en la obra, profesor, y ésta es una de las razones principales por las que quiero hablar con usted. —Sonrió benevolente—. En la obra, los efectos de la poción son completamente neutralizados por las manipulaciones del caballero que administra la poción en primer lugar: caballero, en otras palabras, semejante a usted.

—¿Y qué manipulaciones son ésas?

—¡El suicidio! ¡Simplemente eso! De algún modo que los autores no explican, el efecto de ese suicidio consigue romper el...

Pero ya el profesor Johns había recuperado el equilibrio y comenzaba a decir con el tono más sepulcral que imaginar se pudiera:

—Mi querido señor, debo declarar en el acto que, a pesar de mi afecto por los jóvenes envueltos en tan triste dilema, no puedo bajo ninguna circunstancia consentir semejante autoholocausto. Tal procedimiento no dudo que sea eficaz para con las pociones de catadura ordinaria, pero mi principio amatogénico, se lo aseguro a usted, en nada sería afectado por el hecho de mi muerte.

—Eso me temía —suspiró Nitely—. Aquí, entre nosotros, le diré que el final de la obra es muy pobre, quizá el más pobre del género —dijo y alzó los ojos brevemente en muda defensa del espíritu de William S. Gilbert—. Todo parte de una tontería apenas esbozada en la obra. Se castiga a un individuo que no merece ser castigado. Bueno, en pocas palabras, completamente indigna del poderoso genio de Gilbert.

—Quizá no sea de Gilbert. Tal vez algún chapucero se metió por medio y remendó la obra.

—No se dice nada de eso en ningún lugar.

Pero el profesor Johns, esforzándose por reunir las piezas de un insoluble rompecabezas, dijo:

—Podemos probar algo. Estudiemos un poco el estilo de ese... ese Gilbert. Escribió otras obras, ¿no?

—Catorce, en colaboración con Sullivan.

—¿Hay otros finales que resuelvan una situación análoga de manera más apropiada?

—Sí, uno —asintió Nitely—. *Ruddigore*.

—¿Quién es?

—Ruddigore es un lugar. El protagonista se revela como el verdadero depravado barón de Ruddigore y está, por supuesto, bajo una maldición.

—Cómo no —murmuró el Profesor Johns, advirtiendo la sospechosa frecuencia de los barones depravados y la oscura simpatía que sentía hacia ellos.

—La maldición le obliga a cometer un delito o dos cada día —dijo Nitely—. Si un día no cometiera delito alguno, moriría inevitablemente entre terribles torturas.

—¡Qué horrible! —murmuró la bondadosa Alice.

—Por supuesto —dijo Nitely—, que nadie puede llevar una racha a base de delito diario, de modo que nuestro héroe se ve obligado a utilizar su ingenio para conseguir burlar la terrible maldición.

—¿Cómo?

—Razonando de esta suerte: si rehúsa deliberadamente cometer un delito, busca la muerte con su solo acto. En otras palabras, intenta suicidarse y, claro, intentar suicidarse es cometer un delito... de manera que así cumplirá las condiciones de la maldición.

—Entiendo. Entiendo —dijo el profesor Johns—. Gilbert creía obviamente resolver enigmas llevándolos hasta su conclusión lógica.

Cerró los ojos y la contracción de sus nobles cejas señalaron la contención de los pensamientos que lo ocupaban.

Los abrió.

—Nitely, viejo camarada, ¿cuándo fue producido *The Sorcerer*?

—En 1877.

—Ahí está la cuestión, mi querido colega. En 1877 estábamos en plena época victoriana. No podía jugarse con la institución del matrimonio. No podía ser transformada en algo cómico para salvar una trama argumental. El matrimonio era santo, espiritual, un sacramento...

—Basta, basta —dijo Nitely—. ¿Qué tramas?

—Un matrimonio. Cásate con la chica, Nitely. Has casado a todas las parejas a la vez. Hazlo tú también. Estoy seguro de que ésa era la intención original de Gilbert.

—Pero eso —protestó Nitely, aunque extrañamente atraído por la idea— es precisamente lo que estamos intentando evitar.

—Yo no —dijo Alice robustamente (aunque no era nada robusta, antes bien ligera como un copo de nieve).

—Pero, ¿no te das cuenta? Una vez se casa la pareja, el principio amatogénico (que no tiene poder alguno sobre las personas casadas) pierde sus efectos. Aquellos que ya estaban enamorados sin necesidad del principio, quedarán enamorados; aquellos que no lo estaban, dejarán de estarlo... y consecuentemente solicitarán la anulación del matrimonio.

—¡Por el cielo! —exclamó Nitely—. ¡Qué sencillo es todo, qué admirablemente sencillo! ¡Claro! Gilbert debió entender que hasta un productor de tres al cuarto o un empresario teatral (un chapucero, como tú has dicho) forzaría el cambio.

—¿Y funcionó? —pregunté—. Aunque usted dijo que el profesor había estipulado que los efectos sobre las parejas casadas se traducirían por una inhibición de las relaciones extramaritales.

—Funcionó —dijo Nitely, ignorando mi comentario. Una lágrima tremoló en su párpado inferior, aunque yo no sabría decir si por efecto del recuerdo o del gin-tonic.

—Funcionó —dijo de nuevo—. Alice y yo nos casamos y nuestro matrimonio fue casi instantáneamente anulado por acuerdo mutuo, sobre la base del uso de indebidas presiones. Aunque, claro, en virtud del extremo carabinaje de que fuimos objeto, la incidencia de la indebida presión entre nosotros se había convertido virtualmente en una nada. Por desgracia. —Suspiró de nuevo—. De cualquier modo, Alice y Alexander se casaron poco después y ahora ella, cosa que comprendo, como resultado de diversos sucesos concomitantes, está esperando un niño.

Apartó los ojos de la profunda meditación en que los sumiera y exclamó con repentina alarma:

—¡Pobre de mí! ¡Otra vez ella!

Volví los ojos y contemplé una imagen azul en el umbral de la puerta. Imagínense, si es que son capaces de hacerlo, un rostro encantador fabricado para el beso incontenible; un maravilloso cuerpo hecho para el amor.

—¡Nicholas! —llamó ella.

—¿Es Alice? —pregunté.

—No, no. No tiene nada que ver: una historia totalmente diferente... Pero no puedo quedarme aquí.

Se levantó y con una agilidad increíble en persona de su edad y peso se lanzó contra una ventana, saliendo al exterior. La figura femenina, con agilidad menos contrastante, fue tras él.

Moví la cabeza con piedad y simpatía. Obviamente, el pobre hombre continuaba asediado por esos maravillosos logaritmos de la belleza que, por una u otra causa, se enamoraban de él. Ante el pensamiento de tan horrible destino, apuré mi bebida y consideré el curioso hecho de que nunca tales dificultades habían entorpecido mi camino.

Y, ante tal pensamiento, extraño en exceso para ser formulado propiamente, pedí salvajemente otro vaso y una exclamación escatológica afloró, irremediablemente, a mis labios.

# **ESO LLAMADO AMOR**

Lo que son las cosas. Allá por 1938-39, durante algunos números, una revista que no quiero nombrar intentó lanzarse con lo que yo sólo puedo denominar «historias picantes de ciencia-ficción». Considerando la libertad sexual que se permite a los escritores hoy día, aquellas vetustas historietas picantes serían hoy pura bagatela, pero así y todo tuvieron su público.

Las historias incidían pesadamente en las terribles pasiones de monstruos extraños por las terrícolas. Las ropas saltaban a zarpazos y los senos eran descritos con un sin fin de frases elípticas (sí, ya sé que es un retruécano). La revista murió de muerte merecida, no tanto por su sexo y sadismo como por su homogeneidad y la ínfima calidad de sus formas.

Cae el telón y se alza de nuevo en 1960. La revista *Playboy* decidió introducir alguna nota de su cosecha en el género. Publicó un artículo titulado «Chicas para el Dios Baboso», donde se pretendía que toda la ciencia-ficción estaba dominada por el sexo y el sadismo. En verdad podían encontrar poco paño que satirizar, pues hasta 1960, exceptuando quizás las historias para niños de los boletines escolares dominicales, no había rama literaria tan puritana como la ciencia-ficción. A partir de 1960, no obstante, el libertinaje sexual la alcanzó.

*Playboy* había escogido para ilustrar su artículo toda una serie de portadas eróticas y citas procedentes de una fuente única, que no era otra que la revista que he mencionado más arriba.

Cele Goldsmith, el editor de *Amazing Stories*, leyó el artículo y me llamó. Me sugirió que escribiera un relato titulado «Playboy y el Dios Baboso», satirizando la sátira. Cosa que yo acepté por varias razones:

1) Miss Goldsmith tenía que ser vista para ser creída. Es el único editor de ciencia-ficción que se parece a lo que podemos llamar chica de buen ver y ocurre que yo soy estéticamente impresionable por las chicas de buen ver.

2) Me tomo en serio la ciencia-ficción y me molestaba que la revista mencionada proporcionara a *Playboy* la ocasión de satirizar el género. De modo que deseaba devolverles la pelota.

3) Advertí rápidamente que era lo que yo mismo quería hacer.

De manera que escribí «Playboy y el Dios Baboso» usando algunas de las citas que *Playboy* había usado e intentando mostrar que un encuentro entre alienígenas erotómanos y una terrícola podía realmente ser interesante (Debo decir que Miss Goldsmith escribió los tres últimos párrafos del relato. Mi final era sumamente pretencioso y el de Miss Goldsmith resultó mucho mejor. Así, no sólo lo conservé para la revista sino también para este lugar).

El título era un problema, sin embargo. Cuando Groff Conklin, que fue uno de los antólogos más infatigables del género, consideró la historia para una de sus

colecciones, me preguntó casi sumisamente si podía cambiarse el título. «¡Ya lo creo! —dije yo—. ¿Qué tal *Eso llamado amor?*»

Mr. Conklin y yo estuvimos de acuerdo y ése fue el título que se usó y el que ahora permanece todavía.



—Pues parecen ser dos especies —dijo el capitán Garm, mirando de cerca las criaturas traídas del planeta de abajo. Sus órganos ópticos ajustaron su enfoque hasta la máxima nitidez, bombeando hacia fuera mientras lo hacían. La coloreada membrana ubicada sobre ellos destelló en rápidos relámpagos.

Botax se sintió reconfortado de poder seguir nuevamente los cambios cromáticos, después de varios meses de espía camuflado en el planeta intentando descifrar el sentido de las moduladas ondas sonoras emitidas por los nativos. Reanudar la comunicación por relámpagos era casi como estar de nuevo en casa, allá en el lejano Perseo.

—No son dos especies —dijo—, sino dos formas de una especie única.

—Absurdo: parecen bastante diferentes. Vagamente parecidos a los perseanos, gracias a la Entidad, y no con esa repulsiva apariencia que tantas otras formas alienígenas manifiestan. Forma razonable, miembros reconocibles. Pero sin membrana coloreada. ¿Pueden hablar?

—Sí, capitán Garm —concedió Botax tras un discretamente desaprobador interludio prismático—. Los detalles se encuentran en mi informe. Estas criaturas forman ondas sonoras mediante la garganta y la boca, algo así como una tos compleja. He escuchado cómo lo hacen —añadió orgulloso—. Es muy difícil.

—Pueden ser retortijones estomacales. Eso explica sus ojos inextensibles. No hablar cromáticamente vuelve a la larga inútiles los ojos. Por otro lado, ¿cómo puede usted insistir en que se trata de una especie única? La criatura de la izquierda es más pequeña y sus zarcillos más largos; como quiera que sea, parece proporcionada de modo diferente. Tiene protuberancias donde la otra no. ¿Están vivas?

—Vivas pero inconscientes por ahora, capitán. Han sido psicotradas para reprimir su temor, a fin de ser estudiadas más fácilmente.

—¿Acaso vale la pena estudiarlas? Tenemos un plan que seguir y nos quedan por lo menos cinco mundos más importantes para sondear y explorar. Mantener una unidad cronoestática es costoso y yo preferiría devolverlas y continuar...

Pero el ahusado y húmedo cuerpo de Botax estaba vibrando con ansiedad. Su lengua tubular emergió y ascendió hasta posarse sobre la chata nariz, en tanto los ojos se contraían. Su tridigitada mano realizó un gesto de negación mientras su órgano comunicativo cambiaba casi enteramente hasta un rojo denso.

—Que la Entidad nos salve, capitán, pues para nosotros no hay mundo más importante que éste. Tal vez estemos encarando una crisis suprema. Estas criaturas pueden ser las más peligrosas formas vitales de la Galaxia, capitán, justamente *porque* son de dos formas.

—No lo capto.

—Capitán, mi tarea ha sido estudiar este planeta y no ha resultado fácil ya que es único. Tan único que apenas puedo aprehender sus facetas. Por ejemplo, casi toda la vida planetaria se basa en especies de dos formas. No hay palabras ni conceptos para describirlo. Sólo puedo referirme a ellas como forma primera y forma segunda. Si me

es permitido utilizar sus términos, la criatura pequeña es llamada «hembra» y la criatura grande «macho», lo que manifiesta que son conscientes de su diferencia.

Garm se sobresaltó.

—Qué forma tan molesta de significar las cosas.

—Y, fíjese en esto, capitán, para traer nuevas criaturas a la vida deben cooperar las dos formas.

El capitán, que había permanecido inclinado hacia delante para examinar detenidamente aquellos especímenes con expresión que alternaba el interés y la revulsión, se enderezó de golpe.

—¿Cooperar? ¿Qué absurdo es ése? No hay atributo más fundamental en la vida que aquel que estipula que cada criatura viviente pueda traer sus crías al mundo mediante una hipersecreta comunicación consigo misma. ¿Qué otra cosa puede hacer que la vida sea digna de vivirse?

—Una de estas formas pare las crías pero la otra forma debe cooperar.

—¿Cómo?

—Eso ha sido difícil de determinar. Es algo muy privado al parecer y en mis investigaciones sobre las formas avalables de literatura no he podido encontrar una exacta y explícita descripción. Pero creo haber llegado a hacer deducciones razonables.

—Ridículo —dijo Garm, sacudiendo la cabeza—. El brote es la más santa y más privada función del mundo. Sobre decenas de miles de mundos ocurre así. Como dice Levuline, el fotobardo: «En el momento del brote, en el momento del brote, en el dulce y esplendoroso momento del brote; cuando...»

—Capitán, no lo entiende. Esta cooperación entre ambas formas proporciona de alguna manera (que yo no sabría explicar) una mezcla y recombinación de genes. Se trata de un mecanismo por el que nuevas combinaciones de características emergen a la existencia en cada generación. Las variaciones son múltiples; para que los genes mutados adquieran una expresión comparable al sistema de brote, deben transcurrir algunos milenios.

—¿Está usted intentando decirme que los genes de un individuo pueden entrar en combinación con los de otro? ¿Se da usted cuenta de cuán ridículo resulta lo que me dice a la luz de todos los principios de la psicología celular?

—Puede que sea así —dijo Botax, nervioso bajo la observación del protuberante ojo del otro—. La evolución se precipita. Este planeta es un tumulto de especies. Se supone que hay un millón doscientas cincuenta mil diferentes especies de criaturas.

—No me siento impulsado a aceptar por completo todo cuanto haya podido leer usted en la literatura indígena.

—He visto docenas de especies distintas y completamente diferenciadas en un área relativamente pequeña. Le digo, capitán, que no tiene usted más que dar un poco de tiempo a estas criaturas y se lanzarán sobre nosotros y dominarán la Galaxia.

—Demuestre que existe esa cooperación que menciona, Investigador, y

consideraré sus advertencias. Si no puede hacerlo, sentiré tener que calificar sus temores de ridículos pero nos marcharemos.

—Puedo probarlo. —Los relampagueantes colores de Botax cambiaron intensamente del amarillo al verde—. Las criaturas de este mundo son únicas también en otro sentido. Prevén avances que todavía no han obtenido, probablemente como un resultado de su creencia en los rápidos cambios que, después de todo, han presenciado constantemente. Producen un tipo de literatura relacionada con viajes espaciales que no han emprendido. He trasladado el término que aplican a esa literatura como «ciencia-ficción». He dedicado mi tiempo casi en exclusiva a esa ciencia-ficción pues pensé que en sus sueños de miedo y esperanza se encontraría su más perfecto índice de expresión, al mismo tiempo que su índice de peligrosidad para con nosotros. Y fue justamente de esa llamada ciencia-ficción de donde deduje el método empleado para la cooperación.

—¿Cómo fue eso?

—Hay un periódico en este mundo que a veces publica ciencia-ficción que está, no obstante, casi enteramente dedicada a los diversos aspectos de la cooperación. No habla con entera libertad, lo que es molesto, pero insiste y persiste en rodeos y circunloquios. Su nombre, en la medida en que puedo traducirlo al sistema relampagueante, es *Entretenimiento juvenil*. La criatura a su cargo, según yo deduzco, no se interesa sino en la forma de cooperación y la busca por doquier con intensidad tan sistemática y científica que me ha provocado ciertos temores. Ha encontrado ejemplos de cooperación que son descritos en la ciencia-ficción, y permití que el material de su publicación me guiara.

Pues bien, he aprendido cómo ocurre más o menos de las historias ejemplificadas.

»Y, se lo aseguro a usted, capitán, cuando la cooperación se lleve a cabo y las crías sean paridas ante sus ojos, dará orden de no dejar ni un átomo con vida de este mundo.

—De acuerdo —dijo el capitán Garm con cansancio—, devuelva a las criaturas a la conciencia y haga lo que tiene que hacer y rápido.

Marge Skidmore advirtió repentina y completamente cuanto la rodeaba. Recordaba con claridad la estación elevada al comienzo del ocaso. Estaba casi vacía, había un hombre cerca de ella y otro más allá, en el extremo opuesto de la plataforma. La proximidad del tren se patentizaba mediante un diáfano zumbido en la distancia.

Entonces tuvo lugar el relámpago, una sensación de que se volvía al revés, el confuso vislumbre de una ahusada criatura, viscosa, que se precipitaba hacia delante; y ahora...

—Oh, Dios —dijo—. Todavía está aquí. Y hay otro además.

Experimentó asco y revulsión pero no miedo. Casi se sintió orgullosa de no

experimentar miedo. El hombre que había junto a ella, en la misma posición que su cuerpo, aunque todavía con un arrugado sombrero de fieltro, era el que había estado más cerca de ella en la plataforma.

—¿También a usted? —preguntó—. ¿A quién más?

Charlie Grimwold, sintiéndose cansado, hizo ademán de llevar la mano hasta su sombrero para quitárselo y alisarse el cabello que no cubría del todo su cuero cabelludo, pero advirtió que no podía moverse sino con dificultad contra una gomosa aunque tenaz resistencia. Dejó colgar la mano y miró morosamente el delicado rostro de la mujer que tenía frente a sí. Convino en que estaría ella en plena treintena, su cabello era bonito y sus ropas ajustadas, pero por el momento deseaba estar en algún otro lugar y no en compañía, aunque fuera ésta compañía femenina.

—Lo ignoro, señora —dijo—. Sólo sé que estaba en la plataforma de la estación.

—Lo mismo que yo.

—Entonces vi un relámpago. No oí nada. Y aquí estoy ahora. Deben ser enanos de Marte o Venus, o cualquiera de esos lugares.

—Es lo que me he imaginado —asintió Marge decididamente—. ¿Un platillo volante? ¿Le asusta?

—No. Es divertido, ya sabe. Creo que quizá estoy como una cabra o estaría asustado.

—Gracioso. Pues yo no estoy asustada. Oh, Dios, aquí viene uno de ellos. Si me toca gritaré. Mire sus repugnantes manos. Y su viscosa piel; me da náuseas.

Botax se les aproximó y con una voz gutural que era lo más cercano que podía suministrar para emular el timbre nativo, dijo:

—¡Criaturas! No vamos a hacerles daño. Pero nos atrevemos a solicitar de ustedes el favor de cooperar.

—¡Eh, si habla y todo! —dijo Charlie—. ¿Qué quiere decir con cooperar?

—Ambos. El uno con el otro —dijo Botax.

—¿Ah? —Se quedó mirando a Marge—. ¿Entiende usted lo que quiere decir, señora?

—No tengo la menor idea —dijo ella altivamente.

—Lo que quiero decir es que ustedes... —dijo Botax, usando el preciso término que había oído en cierta ocasión empleado como sinónimo del proceso.

—¿Qué? —exclamó Marge, enrojeciendo y enervando el tono de su grito. Botax y el capitán Garm taparon su membrana auditiva, que tremolaba penosamente con el exceso de decibelios.

Marge no se detuvo en su berrido, sino que prosiguió precipitada e incoherentemente:

—¡Vaya con los tíos estos! Soy una mujer casada, oiga. Si mi Ed estuviera aquí, iba a oírlo usted. Y usted, tío listo —añadió girándose hacia Charlie—, quien quiera que sea, si se piensa que...

—Señora, señora —dijo Charlie con desesperación—. De ningún modo entra en

mis propósitos. Quiero decir que está muy lejos de mí, ya sabe, pretender asaltar ninguna dama, comprenda lo que le digo. Porque yo también estoy casado. Y tengo tres niños. Escuche...

—¿Qué ocurre, Investigador Botax? —dijo el capitán—. Esa cacofonía es espantosa.

—Bien. —La membrana de Botax relampagueó purpúreamente con embarazo—. Lo que ocurre es que la cooperación exige un ritual complicado. Se supone que debe haber resistencia al principio. Ello incrementa los resultados subsiguientes. Tras un período inicial, las pieles se atraen.

—¿Van a *despellejarse*?

—Despellejarse exactamente, no. Pero hay un pellejo artificial que debe ser arrancado con dolor. Particularmente en la forma más pequeña.

—Muy bien. Dígales que atraigan sus pieles y que rompan ese pellejo. Realmente, Botax, no encuentro esto muy agradable.

—No creo que lo más indicado sea insinuar lo que tienen que hacer. Considero que haríamos mejor en seguir el ritual lo más aproximadamente posible. Traje conmigo algunos capítulos de esos cuentos de viajes espaciales donde el hombre de *Entretenimiento juvenil* lo recomienda con especial cuidado. En esos cuentos las pieles son atraídas y apartadas forzosamente. Por ejemplo, hay una descripción de un accidente «que causó grandes estragos en los vestidos de la chica, desgarrándolos y semidesnudando su esbelto cuerpo. Durante un segundo, sintió él la cálida firmeza de sus senos casi desnudos contra su mejilla»... Y sigue siempre igual. Como puede ver, el desgarrar y atraer violentamente actúa como un estímulo.

—¿Senos? —dijo el Capitán—. No puedo interpretar el relámpago.

—Lo inventé para aproximar el significado. Se refiere a las protuberancias de la parte superior delantera del torso de la forma más pequeña.

—Entiendo. Bueno, diga a la forma más grande que desgarre las pieles de la más pequeña. Qué cosa tan lúgubre.

—Señor —dijo Botax, volviéndose a Charlie—, arranque las ropas del esbelto cuerpo de la chica, ¿quiere? Le causará el alivio necesario.

Los ojos de Marge se ensancharon como bombillas y se volvieron hacia Charlie.

—No se atreva a hacerlo, oiga. No será tan cobarde de tocarme, ¿verdad, so maníaco sexual?

—¿Yo? —dijo Charlie quejumbrosamente—. No entra en mis propósitos. ¿Cree que voy a desgarrarle las ropas? —dijo volviéndose a Botax—. Tengo mujer y tres niños. Si se entera de que voy por ahí desgarrando vestidos de mujer, ya puedo ponerme a cubierto. ¿Sabe usted lo que suele hacer mi esposa cuando siquiera lanzo una mirada a una mujer? Escuche, escuche...

—¿Aún se resiste? —dijo el capitán con impaciencia.

—En apariencia —dijo Botax—. El entorno extraño, ya sabe, disminuye a veces las facultades de cooperación. Pero como sé que esto no le resulta agradable, haré lo posible por acelerar el ritual por mi cuenta. En los cuentos de viajes espaciales se escribe con frecuencia que las especies de otros mundos llevan a cabo la tarea. Por ejemplo, se dice en uno que... a ver... —Y se puso a hojear sus notas hasta encontrar lo que quería—, sí: se describe a tales especies de manera verdaderamente espantosa. Las criaturas del planeta tienen una noción estúpida de los hechos, ya me entiende. Nunca se les ha ocurrido imaginar la aparición de tipos tan guapos y elegantes como nosotros, cubiertos con una mucosa tan delicada.

—¡Siga! ¡Siga! No se esté todo el día —dijo el capitán.

—Sí, capitán. Dice en uno que el extraterrestre «se acercó hacia donde estaba la chica. Chillando histéricamente, quedó prisionera del abrazo del monstruo. Sus garras arañaron ciegamente su cuerpo, rasgando su túnica». Como puede ver, la criatura nativa grita verdaderamente estimulada cuando sus pieles son arrancadas.

—Pues adelante con ello, Botax, desgárrelas. Pero, por favor, no le permita que grite. Me pongo a vibrar de pies a cabeza con sus ondas sonoras.

Botax se dirigió cortésmente a Marge:

—Si no le importa...

Un dedo espatulado adoptó la forma de un gancho y se situó en el cuello del vestido de la mujer.

—No me toque, ¡no me toque! —se removió Marge desesperadamente—. Lo llenará de baba por todas partes. Escuche, este vestido me ha costado 24 dólares con 95 en Ohrbach. Aléjese, monstruo. Hágaselo a él. —Forcejeaba desesperadamente por evitar la mano extra-terrestre—. Monátruo baboso, con ojos de rana golpeada, eso es lo que es. Mire, me lo quitaré yo misma, pero no me lo vaya a manchar con su baba, por el amor de Dios.

Se puso a tantear la cremallera al tiempo que se volvía vigilante hacia Charlie.

—No mire, maníaco.

Charlie cerró los ojos y se encogió de hombros con resignación.

Marge se quitó el vestido.

—¿Ya? ¿Está satisfecho?

El capitán Garm se frotó los dedos de una mano con disgusto.

—¿Eso son los senos? ¿Por qué la otra criatura ha apartado la mirada?

—Se resiste, se resiste el muy pillo —dijo Botax—. Por otra parte, los senos todavía están a cubierto. Aún deben ser arrancadas otras pieles. Cuando están desnudos, los senos se convierten en un estímulo verdaderamente poderoso. Son constantemente descritos como globos ebúrneos, blanquísimas esferas, o cualquier otra cosa al uso. Tengo aquí dibujos, grabados visuales extraídos de las cubiertas exteriores de las revistas de viajes espaciales. Si las estudia con atención, advertirá que en todas y cada una de ellas una criatura aparece con un seno más o menos exhibido.

El Capitán se puso a mirar alternativa y pensativamente primero las ilustraciones y luego el cuerpo de Marge.

—¿Qué es ebúrneo?

—Otro relámpago postizo de mi cosecha. Simboliza el material colmillar de una de las grandes criaturas subinteligentes del planeta.

—Ah —y la membrana del capitán Garm se cubrió de verdosa satisfacción—. Eso lo explica. La criatura pequeña pertenece a una secta guerrera que posee colmillos para masacrar al enemigo.

—No, no. Son bastante blandos, créame —dijo Botax, señalando con su pequeña mano el objeto de la discusión, ante lo que Marge lanzó un pequeño grito y experimentó una ligera contracción.

—Entonces, ¿qué otro propósito pueden tener?

—Creo —dijo Botax no sin considerables dudas— que se usan para alimentar las crías.

—¿Se los comen las crías? —preguntó el capitán con evidente perplejidad.

—No exactamente. Esos objetos producen un fluido que la cría consume.

—¿Consume un fluido procedente de un cuerpo vivo? ¡Por todos los...! —El capitán se cubrió la cabeza con sus tres brazos con tanta precipitación que el central casi golpeó la cara de Botax.

—¡Monstruos babosos, con ojos de rana golpeada y tres brazos! —dijo Marge.

—Sí —dijo Charlie.

—Oiga, cuidado con sus miraditas. Métselas donde le quepan.

—Oiga, señora, no tengo la menor intención de mirar.

Botax se aproximó nuevamente.

—Señora, ¿le importaría arrancarse el resto?

Marge se contrajo en la medida que pudo hacerlo en las reducidas dimensiones de su vetado espacio.

—¡Jamás!

—Lo haré yo, si usted me lo permite.

—¡No me toque! Por el amor de Dios, no me toque. Lo haré, lo haré, pero usted dedíquese a mirarle la baba a este tío.

Se puso a murmurar entre dientes y a vigilar la mirada de Charlie mientras se desnudaba.

—No ocurre nada —dijo el capitán con profunda decepción—, y, además, parece un espécimen imperfecto.

Botax se sintió tocado en su sentido de la eficiencia.

—Le he traído dos especímenes perfectos. ¿Qué está mal en la criatura?

—Los senos no son ni globos ni esferas. Sé lo que es una esfera y un globo y en esos grabados que me acaba de mostrar aparecen perfectamente dibujados. Se trata de

globos grandes. Y en esta criatura, sin embargo, lo único que vemos son pequeñas burbujas de tejido seco. Además, están descoloridas.

—Absurdo —dijo Botax—. Debe usted conceder un término para la variación natural. De todos modos, se lo preguntaré a la criatura.

—Señora —dijo volviéndose a Marge—, ¿son imperfectos sus senos?

Los ojos de Marge se ensancharon mientras forcejeaba vanamente durante unos momentos sin lograr otra cosa que boquear pesadamente.

—Oiga —dijo finalmente—. Quizá yo no sea Gina Lollobrigida ni Anita Ekberg, pero estoy perfectamente bien, gracias. Oh, muchacho, si mi Ed estuviera aquí. —Se volvió a Charlie—. Oiga, usted, dígame a ese baboso de ojos saltones que no hay nada que esté mal en mi desarrollo.

—Señora —dijo Charlie penosamente—, nada sé puesto que no he mirado, ¿lo recuerda?

—Oh, claro, no ha mirado, no ha mirado. Bastante que habrá visto echándome alguna que otra mirada a hurtadillas; por lo demás, puede usted abrir sus sucios ojos y reivindicar el honor de una dama, si es que le queda un ápice de caballerosidad, cosa que dudo.

—De acuerdo —dijo Charlie, mirando abiertamente a Marge, quien aprovechó la oportunidad para tragar aire y echar los hombros atrás—. No me gustaría ser precipitado en materia tan delicada como ésta, pero usted está muy bien... creo.

—¿Cree? Pero, ¿usted está ciego o qué le pasa? Una vez me presenté para la selección de Miss Brooklyn, por si no lo sabía, y si fui descalificada fue por exceso de formas, no por...

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Charlie—. Son perfectos. Sinceramente. —Asintió vigorosamente en dirección a Botax—. Son estupendos. No es que yo sea un experto, pero para mí son estupendos.

Marge se relajó.

Botax se sintió aliviado. Se volvió hacia Garm.

—La forma más grande manifiesta interés, Capitán. El estímulo funciona. Ahora, pasemos a la etapa final.

—¿De cuál se trata?

—No hay relámpago para ella, capitán. Esencialmente, consiste en emplazar el aparato de comer y hablar del uno contra el correspondiente aparato del otro. Tengo un relámpago sustituto que indica el proceso: beso.

—¿Y no les entran náuseas? —graznó el capitán.

—Se trata del clímax. En todos los cuentos, una vez las pieles han sido arrancadas por la fuerza, se agarran el uno al otro por los labios y se prodigan locamente ardientes besos, trasladando lo más exactamente posible la frase más comúnmente usada. He aquí un ejemplo tomado al azar: «Él sujetó a la chica, su boca ávida de sus labios».

—Quizá se trate de una criatura devorando a la otra —dijo el capitán.



—Nada de eso —dijo Botax con impaciencia—. Se trata de besos ardientes.

—¿Cómo ardientes? ¿Acaso tiene lugar alguna combustión?

—No lo creo, al menos literalmente. Imagino que es una forma de expresar el aumento de temperatura. El aumento de temperatura, supongo, favorece la producción de crías. Ahora que la forma más grande se encuentra propiamente estimulada, no necesita sino situar su boca contra la de ella para producir la cría. La cría no será producida sin esa etapa. Es la cooperación de la que le he hablado.

—¿Eso es todo? Es algo... —Las manos del capitán hicieron ademán de juntarse, ya que no podía fijar su pensamiento en el relámpago adecuado.

—Eso es todo —dijo Botax—. En ninguno de los cuentos, ni siquiera en *Entretenimiento juvenil*, he encontrado una descripción de ninguna actividad física más detallada en relación con la producción de crías. A menudo, después de los besos, suele escribirse una línea de símbolos semejantes a pequeñas estrellas, pero supongo que significa tan sólo más besos; un beso por cada estrella, cada vez que desean producir una multitud de crías.

—Uno sólo, por favor, y ahora mismo.

—De acuerdo, capitán.

—Señor —dijo Botax con acentuada cortesía—, ¿quiere usted besar a la dama?

—Oiga —dijo Charlie—, no puedo moverme.

—Lo dejaré libre, por supuesto.

—Puede que a la dama no le guste.

—Puede apostar sus sucias botas a que no —dijo Marge—. Así que ya puede estarse donde está.

—Bien que quisiera, señora, pero ¿qué harán ellos si no lo hago? Mire, no quiero que se cabreen con nosotros. Así que podemos... ya me entiende... algo parecido a un pequeño picoteo.

Ella dudó al comprender lo acertado de la precaución.

—De acuerdo. Pero que no sirva de precedente ni de rechifla. No tengo la norma de hacer esto con todos los fulanos que se me ponen delante, ¿sabe?

—Lo sé, señora. No era mi intención suponerlo. Me gustaría que admitiera esto.

—Monstruos babosos —murmuró Marge irritada-mente—. Sin duda creen ser alguna clase de dioses o algo parecido, por la forma que tienen de dar órdenes a la gente. ¡Dioses babosos, eso es lo que son!

Charlie se aproximó a ella.

—A ver si resulta, señora.

Luego, hizo un vago gesto de llevarse la mano al sombrero. Entonces colocó sus manos sobre sus hombros desnudos y se inclinó hacia delante.

La cabeza de Marge quedó tan tiesa que duras líneas se marcaron en su cuello. Sus labios se encontraron.

—No siento que aumente la temperatura —dijo el capitán Garm con relámpagos de decepción. Su zarcillo detector de calor se había elevado a su plena extensión en lo alto de su cabeza y allí quedó tembloroso.

—Ni yo tampoco —dijo Botax, más bien perplejo—, pero lo estamos haciendo tal como los relatos de viajes espaciales dicen que hay que hacer. Creo que sus miembros debieran estar más distendidos... Ah, así, así. Vea, ya funciona.

Casi ausentemente, el brazo de Charlie se había deslizado en torno al desnudo torso de Marge. Por un momento, Marge pareció apretarse contra él, pero rápidamente se contrajo contra el campo aprisionador que todavía la sujetaba con firmeza.

—Apártese.

Las palabras fueron farfulladas contra la presión de los labios de Charlie. Le mordió de súbito y Charlie se apartó con un espontáneo grito, al tiempo que se acariciaba el labio inferior y miraba si había sangre en sus dedos.

—¿Qué es lo que le pasa, señora? ¿Qué intenta? —preguntó quejumbrosamente.

—Acordamos en que sería un mero picotazo, eso es lo que pasa —dijo ella—. ¿Qué comenzaba a hacer? ¿Es usted un playboy o algo parecido? ¿De qué estoy rodeada en este lugar? ¿De un playboy y dioses babosos?

El capitán Garm relampagueó con rápidas alteraciones de azul y amarillo.

—¿Ya está? ¿Cuánto tenemos que esperar ahora?

—Me parece que tiene que ocurrir de golpe. En todo lo ancho y alto del universo, si uno va a tener una cría, la tiene y se acabó. No hay que esperar nada.

—¿De veras? Después de las marranadas que me ha estado describiendo, no creo ser capaz de parir en el futuro. Por favor, acabemos de una vez.

—Justo en un momento, capitán.

Pero los momentos pasaron y los centelleos del capitán fueron tornándose lentamente hacia el naranja, mientras los de Botax disminuían progresivamente.

—Perdóneme, señora —dijo Botax finalmente y no exento de vacilaciones—, pero, ¿cuándo va a parir usted?

—¿Cuándo voy a *qué*?

—A tener niños.

—Ya tengo uno.

—Quiero decir parir un niño ahora.

—Me parece que no. No estoy dispuesta a tener un segundo niño por ahora.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —graznó el capitán—. ¿Qué dice?

—Parece —dijo Botax débilmente— que por ahora no tiene intención de tener crías.

La membrana coloreada del capitán centelleó brillantemente.

—¿Sabe lo que creo, Investigador? Creo que tiene usted una mente enferma y perversa. Nada les ocurre a estas criaturas. No hay cooperación entre ellas ni paren los niños conjuntamente. Creo que componen, como dije al principio, dos especies

diferentes y que usted ha estado jugando a algún juego de cretinos conmigo.

—Pero, capitán —dijo Botax.

—Ni capitán ni ostras. Ya he tenido bastante. Me ha enfermado usted, me ha revuelto el estómago, me ha llevado al límite de las náuseas y me ha provocado el máximo de los disgustos con esa absurda idea de crianza, amén de hacerme perder el tiempo. Se ha preocupado tan sólo por su gloria personal y ya veré el modo de que no la obtenga de ninguna manera. Devuelva a esas criaturas ahora. Devuélvale sus pellejos a la más pequeña y condúzcalas al lugar donde las encontró. Descontaré los gastos de la cronoestasis de su salario.

—Pero, capitán...

—Sanseacabó. Devuélvalas al mismo lugar e instante de tiempo. Quiero que este planeta permanezca in-tocado y me las arreglaré para que así sea eternamente. — Lanzó una furiosa mirada sobre Botax—. Una especie, dos formas, senos, besos, cooperación, caca para usted: está usted chiflado, Investigador, y no es sino un bobalicón y, lo que es peor, una criatura enferma, enferma, muy enferma.

No hubo réplica. Botax, los labios temblorosos, se puso a trabajar en la devolución de las criaturas.

Estaban en la estación elevada, lanzando rápidas miradas a su alrededor. El ocaso caía sobre ellos y la proximidad del tren se patentizaba mediante un diáfano zumbido en la distancia.

—Señor —dijo Marge, vacilante—, ¿ocurrió realmente?

—Lo recuerdo al menos —asintió Charlie.

—No podemos decírselo a nadie —dijo Marge.

—Claro que no. Dirían que estamos chiflados. ¿Sabe a lo que me refiero?

—Sí, sí, perfectamente —dijo ella.

—Oiga —dijo Charlie—, siento haberla puesto en un compromiso. No era mi intención.

—De acuerdo. Ya lo sé. —Los ojos de Marge se quedaron mirando la plataforma de madera que había a sus pies. El sonido del tren se volvió pesado.

—Quiero decir, entiéndame, que usted no estaba realmente mal. De hecho estaba usted muy bien, pero yo tuve cierta vergüenza en reconocerlo.

—Claro —dijo ella, sonriendo repentinamente.

—¿Aceptaría tomar conmigo una taza de café para relajarnos? Mi mujer no me espera hasta más tarde.

—Oh, bien, Ed se encuentra fuera de la ciudad durante este fin de semana, de manera que estoy sola en el apartamento. —Luego concretó—: Mi hijo está de visita en casa de mi madre.

—Vayamos, pues. Será una buena forma de recuperarnos.

—Y que lo diga —rió ella.

El tren llegó a la estación pero ellos se dieron la vuelta y echaron a andar hacia la estrecha escalera que llevaba a la calle.

Tomaron un par de cócteles pero cuando salieron Charlie no estuvo de acuerdo en dejarla sola en mitad de la noche, de manera que la acompañó hasta la puerta de su casa. No obstante, Marge no quiso aceptar tamaña descortesía y lo invitó a pasar. Por unos momentos, claro.

Mientras tanto, en la nave espacial, el derrotado Botax hacía un último esfuerzo por probar su tesis. Mientras Garm aprestaba la nave para la partida, Botax, con el ánimo medio desfallecido, lanzaba una última mirada a sus especímenes a través de la videopantalla. Conectó las coordenadas para enfocar a Charlie y Marge en el apartamento de ella. Sus zarcillos se enderezaron súbitamente y su membrana comenzó a relampaguear con todos los colores del arco iris.

—¡Capitán Garm! ¡Capitán! ¡Mire lo que están haciendo ahora!

Pero justo en aquel mismo momento, la nave abandonó el Tiempo estático.



ISAAC ASIMOV (Petrovichi, Bielorrusia, 2 de enero de 1920 - Nueva York, Estados Unidos, 6 de abril de 1992). Nació en Petrovichi, en la entonces República Socialista Soviética de Bielorrusia. Sus padres emigraron a Estados Unidos cuando él apenas tenía tres años. El propio Isaac consiguió la ciudadanía americana a la edad de ocho.

Criado en Nueva York, concretamente en Brooklyn, se educó en sus escuelas públicas, completando sus estudios superiores en la Universidad de Columbia, en la especialidad de Bioquímica, hasta conseguir el doctorado por la Universidad de Boston, siendo el mismo Catedrático de Bioquímica.

Mucho antes, a los nueve años, descubrió la ciencia-ficción en los pulp que su padre vendía en la pequeña tienda de golosinas que regenteaba en Brooklyn. Cuenta el propio Asimov que aquéllas eran lecturas prohibidas, puesto que su padre consideraba aquellas publicaciones de una calidad ínfima.

A los once años empezó a escribir sus propias historias, y a los dieciocho, hecho un manojo de nervios, se decidió a presentar su primer relato a J. W. Campbell. Fue rechazado. Pero sólo cuatro meses después consiguió vender su primera historia, y así continuó hasta el día de su muerte.

En 1941, escribió el relato, ya clásico, *Anochecer*. Poco antes había empezado a publicar sus *Historias de robots*, en las que introdujo las famosas tres leyes de la robótica, y, poco después, siguiendo la pauta de *Decadencia y caída del Imperio Romano*, comenzó su serie de la Fundación.

El espectro literario de Asimov no se limita a la ciencia-ficción, es quizá uno de los divulgadores científicos más amenos que se puedan leer y su *Introducción a la ciencia* uno de los volúmenes más recomendables para adquirir una mínima pátina al respecto. No es una obra que profundice excesivamente en los muchos temas que toca, desde química hasta astronomía, pero es suficiente para orientar adecuadamente al lector, puesto que además, a cada nueva edición se la actualiza para ponerla al día con las nuevas teorías y descubrimientos.

Asimov obtuvo la distinción de Gran Maestro Nébula en 1986. Es, con toda seguridad, el autor de ciencia-ficción más conocido (si no el único) por el público en general, fuera del ámbito de los aficionados al género. Su estilo sencillo y sin complicaciones literarias lo hacen muy asequible, y aunque algunos críticos tachan su obra de insustancial basándose en esa circunstancia, lo cierto es que es el más claro representante de la ciencia-ficción clásica entendida como literatura de ideas.

# Notas

[1] Veáse el penúltimo relato de esta antología. <<



[2] Publicado en ISAAC ASIMOV, *Los ojos hacen algo más que ver*. Luis de Caralt, Editor, S.A., Barcelona, 1977. <<

[3] Publicado en ISAAC ASIMOV, *Los ojos hacen algo más que ver*. Luis de Caralt, Editor, S.A., Barcelona, 1977. <<

